LA TIERRA MÁS SALVAJE



LAUREN GROFF

Lumen

La tierra más salvaje

Lauren Groff

Traducción del inglés de
Ana Mata Buil

Lumen

narrativa

Para mi hermana, Sarah

1

La luna se escondió detrás de las nubes. El viento escupió una hiriente nieve helada.

Desde la alta pared negra de la empalizada, por una rendija que parecía demasiado estrecha para que se colase un ser humano, la chica se adentró en la inmensa y terrible espesura salvaje.

Llevaba una capucha grande que le cubría la cara; era de constitución delgada, tanto huesuda como aniñada, pero la hambruna le había arrancado la poca carne que tenía, para dejarla en raíz y hebras, fibra y tendones. Incluso tan famélica y cegada por la noche, era rápida. Se puso de pie como pudo, trastabilló al dar el primer paso y estuvo a punto de caerse, pero se enderezó y echó a correr, avanzando a toda prisa sobre los surcos congelados del campo entre todas las plantas muertas de maíz que habían salido en verano, ahora ennegrecidas y sin fruto y atacadas por la plaga.

Venga, más rápido, chica, se dijo, y debido al miedo y la angustia, sus piernas aceleraron todavía más.

Esas botas tan buenas se las había robado al hijo de un caballero, un chaval con la mitad de su edad pero del mismo tamaño, que había muerto de viruela la noche anterior, el sarpullido como un óxido que se había extendido sobre su hambriento esqueleto. Esos guantes de cuero y la gruesa capa los había robado a su propia señora. Borró el pensamiento de la mujer todavía sollozando, de rodillas en el terreno helado del patio de aquel lugar infernal. A cada paso se iba liberando, todas sus ataduras aflojaban el nudo con que la oprimían.

Sin embargo, había un extraño brillo sobre la tierra oscura del campo que había ante ella, y al moverse vio que era la camisa del soldado al que un par de semanas antes habían pillado arrastrándose despacio por el suelo para escapar de los horrores del asentamiento y adentrarse en otros horrores distintos, los del bosque. El joven había logrado cubrir la mitad de la distancia hasta los árboles cuando, en medio del silencio, una sombra agazapada fue cobrando densidad, creció, y se hizo visible al fin convertida en el más temible de los hombres de esa tierra, el guerrero que era dos cabezas más alto que los hombres del fuerte, quien acentuaba su aspecto terrorífico cubriéndose los hombros con un manto oscuro y ancho de plumas de pavo real. Levantó con una sola mano al temeroso soldado agarrándolo por el pelo y con un cuchillo le dibujó una boca larga, mojada y roja en la garganta. Luego lo arrojó al suelo para que derramara la sangre de su corazón sobre la tierra helada, y allí yacía desparramado el hombre muerto, innoble. Durante todos esos días quedó sin sepultura, pues los soldados del fuerte estaban tan débiles y se habían vuelto tan cobardes con la hambruna que no habían recuperado el cuerpo.

Ya había dejado atrás el cadáver y el hedor que se le metía por la nariz y casi había llegado al bosque cuando tropezó de nuevo, porque pensar en esos dos hombres despertó los pensamientos de otros hombres que podían acechar en el bosque, hombres escondidos allá fuera, esperándola. Y ahora, mientras escudriñaba la oscuridad del bosque, iba viendo hombres acuclillados, listos para una emboscada, en la sombra más negra y más profunda si cabe de cada árbol, tal vez un hombre con un cuchillo o un hacha o una flecha y una mirada asesina.

Dejó de correr para tomar aire, pero no le quedaba alternativa, volvió a sacar fuerzas de flaqueza y siguió a la carrera.

Y conforme avanzaba, cada uno de esos hombres imaginarios se convertía de nuevo en otra mera sombra.

Había elegido fugarse, y con esa decisión había dejado atrás todo lo que tenía: su techo, su hogar, su país, su idioma, a la única familia que

había conocido, a la pequeña Bess, a quien había cuidado desde que nació, cuando ella era apenas una chiquilla de cuatro o cinco años, su inocencia, su concepción de sí misma, los sueños sobre quién podría llegar a ser si lograba sobrevivir a aquella época de hambruna.

No lo pienses, chica, se decía, no lo pienses o te morirás de pena.

Y no se dio la vuelta para mirar por encima del resplandor de las hogueras del fuerte que pintaban el cielo nocturno de rojo. Era analfabeta, pero una gran devota, una muchacha buena y piadosa, y había prestado atención cuando los pastores de la iglesia leían el libro sagrado, había repasado sus palabras y las había asimilado enteras, en largas frases, hasta hacerlas suyas. Había aprendido la lección de avanzar siempre sin mirar atrás de la esposa de Lot, quien había vuelto la vista una vez mientras huía de la destrucción de sodoma, y por su debilidad y la ira de dios se había convertido en estatua de sal.

Hasta que se adentró en el bosque, el viento no le quitó las manos de las mejillas y de los faldones. Entre los árboles hacía menos frío, pero eso no significa que hiciera calor. Se detuvo y apoyó la frente en la corteza rugosa de un pino, y su aspereza sobre la piel la mantuvo anclada al lugar. La poca luz que podría haber bajado del cielo no bajó en absoluto, pues los cielos estaban cubiertos por la espesura de las nubes. El bosque ante ella también era tupido y negro como el alquitrán, aunque en los hoyos de los árboles relucían cúmulos de nieve. Tenía la respiración agitada, pero con esfuerzo logró apaciguarla. Dejó que el silencio volviera a colarse dentro de su ser, dentro del bosque, y fue como un bálsamo que cubrió el recuerdo de sus pasos, que crujían al avanzar, y se preguntó si con el ruido al caminar habría despertado a los hombres del fuerte o a los hombres originales de ese bosque. Hombres conocidos, hombres desconocidos. Cualquiera de ellos podía estar siguiendo sus pasos en ese momento, acechándola.

Aguzó el oído por encima del rasgueo y el arco del viento, tronco frío rozando otro tronco en una melodía de violines, pero no oyó pasos ni

ramitas quebradas. Aunque la falta de ruido no fue un auténtico consuelo.

Al final, cuando la sangre se calmó en sus oídos, oyó el río que había cerca, el fluir del agua bajo la coraza helada. Siguió avanzando tan rauda y sigilosa como pudo, y cuando bajo los pies descubrió el resbaladizo hielo, y después el estrecho sendero de la orilla pedregosa por la que el arroyo se había desbordado en primavera, lo siguió rumbo norte, agradecida de escapar de los afilados y ásperos matorrales y las ramas que le arañaban la cara y la ropa.

En la profundidad de la noche corrió y corrió la chica, y el frío y la oscuridad y la espesura y el miedo y la magnitud de sus pérdidas, todas esas cosas juntas, hicieron menguar el ser que había conocido antaño hasta reducirlo a nada.

Una nada no es nada, una nada es algo sin pasado.

Aunque también era cierto que, sin pasado, pensó la chica, una nada podía ser libre.

Con el tiempo, su mente, congelada en la huida, empezó a recuperar el pensamiento.

Tomó conciencia de los ojos que la vigilaban.

Y aunque se imaginó que eran los ojos hostiles de los hombres, en realidad eran los ojos del propio bosque, que observaba a esa nueva forma de criatura de respiración entrecortada y sonoras pisadas y acre hedor humano, todas las aves nocturnas y las criaturas deambulantes se detenían en un asombro silencioso conforme pasaba la chica. E incluso cuando esas criaturas ya no pudieron ver u oír a la apresurada muchacha y el último rastro del olor de la ansiedad se desvaneció en su apremio de los hocicos y las narices de las bestias rastreras, cuando la única prueba de su presencia se redujo al olor entre las hojas, a la tierra y la nieve desplazadas por sus pies, el sentido temporal del bosque se estremeció y avanzó a trompicones, y el corte que había hecho la chica

a la fuga sanó y el quehacer cotidiano de los deseos de las criaturas se despertó de nuevo tras ella. Tuvieron que transcurrir horas desde su paso por el bosque para que la chica se convirtiera para ellos en un sueño extraño apenas recordado entre las urgencias del momento.

Tal vez fueron minutos, tal vez horas, no había forma de averiguarlo, pero sin duda había pasado un largo lapso corriendo hacia el norte por la orilla del arroyo cuando la chica vio un resplandor más oscuro y profundo cerca de donde había puesto la bota, con la suavidad del hielo debajo, y supo que era agua liberada de su corteza helada, que fluía en libertad. Se inclinó y se quitó los guantes de cuero con los dientes y se puso las manos entumecidas entre las piernas hasta que se deshelaron lo suficiente para poder doblarlas, luego abrió el saco que llevaba aferrado en un puño tenso, metió la mano y sacó la taza de peltre que había robado, la hundió en el agua corriente y dio un buen trago. El frío la cortó por la mitad igual que la punta de un cuchillo. Le hizo daño. Los dientes le castañeteaban y reverberaban en los huesos del cráneo. Su estómago, que llevaba aquellos cuatro días vacío, protestó ante la nueva plenitud de agua. Guardó de nuevo la taza y se ató el saco a la cintura, después de levantarse la capa y las demás prendas para pegárselo a la piel y poder notarlo contra la carne de su cuerpo, y sentir el consuelo de llevarlo siempre cerca. Deseaba hundirse en el pequeño montículo de nieve y dormir, notaba la cabeza embotada, palpitante, pero sabía que no podía hacer eso, así que se obligó a continuar, hacia delante, más lejos, sin fin.

Y mientras corría, rezaba en su alma: Oh, dios, que guías a los mansos por el buen camino y arrojas tu luz para los piadosos, concédeme en todas mis dudas e incertidumbres la gracia de preguntar qué deseas que haga para que el espíritu de la sabiduría me salve de las decisiones erradas y en tu luz vea la luz y en tu camino recto no tropiece.

Prestó atención, preparada para lo que fuera, para el gemido

ahogado del ave nocturna como emisaria de lo divino, para un cambio sutil en el viento que le desvelara su deseo, pero en respuesta solo recibió los ruidos de sus pasos y el viento frío que tocaba contra el apático bosque.

Y de ese modo echó a correr de nuevo, y mientras corría con tanto sigilo como le era posible, recordó el consuelo del canto y pensó que tal vez así calentase los bordes de su miedo hasta que se derritiera dentro de ella.

Así pues, solo para sus adentros, cantó con toda la alegría que pudo aunar, la primavera vestida de gala de la tristeza invernal se jacta, fa la la la la la la la la etcétera etcétera.

Conocía muchas canciones, por supuesto, pero esa fue la única que le salió al encuentro, qué extraña ausencia de cantos había dentro de su mente, y eso que en otra vida había sido una tontorrona alocada danzarina y bromista que recordaba cientos de canciones. Pero sabía que alguien tan despreocupado solo podía existir cuando había indulgencia y libertad suficientes para la risa, con que era natural que, durante la huida, todas las demás melodías se hubieran esfumado. Aun así, esa canción solitaria le dio todo el consuelo que pudo, pese a que en tal tesitura dicho consuelo fuera pequeño.

La luna empezaba a mostrar la cara y el bosque era una sucesión de franjas de luz y oscuridad, con nieve que discurría en vetas por debajo.

Algo se rompió en los cielos y la nueva nieve que caía ahora tamizada ya no parecía una ráfaga de agujas de hielo como cuando acababa de escapar del asentamiento, sino que se había convertido en un cúmulo de suaves copos lentos que se iban agrupando sobre la capa de nieve vieja y tapaban las huellas de los pasos a su espalda.

Gracias por tu ayuda, bondadosa nieve, pensó la chica.

Apresúrate, chica, decía la nieve al caer.

No mucho después las voces descendieron sobre ella desde el cielo.

Al principio no lograba distinguir qué decían, pero al poco alzaron la

voz y adoptaron los tonos de su señora, reprendiéndola. Último mono, alimaña rastrera, inútil y nula inculta Zeta, que has incumplido tu deber cuando más te necesitaba tu ama. Pues dicen las escrituras, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes.

Así le bisbiseó la voz de su señora desde el oscuro bosque.

Y olvidándose de sí misma, la chica dijo en voz alta a la nieve que caía: Ah, pero ¿acaso no dice el libro sagrado también escapa al monte, no sea que perezcas?

Y se echó a reír porque sabía que sí decía eso y que había ganado la contienda.

Pero el bosque recibió con recelo su risa, ese sonido nuevo que se colaba en su adormilada quietud, y la chica tuvo que darse cachetes en las mejillas para tranquilizarse y azuzar a su cuerpo para que prosiguiera.

La voz de su señora cayó transformada en copo de nieve y la chica, en su fuga, la dejó atrás.

Entonces la luna salió por completo de su colcha de algodón y la noche envejeció. La chica estaba tan agotada, tan agotada... Corría alimentada con poco más que el aire de los pulmones y el imperioso impulso del terror. Su aliento se apreciaba en las columnas de humo blanco que flotaban hacia arriba tras ella.

Y una voz nueva le dijo al oído: Chica, ¿por qué diriges tus pasos hacia el norte?

Corro hacia la vida, corro hacia los vivos, le dijo la chica a esa nueva voz. Lejos de una miserable muerte segura, lejos del demonio que merodea invisible en el asentamiento. Hacia lo que una vez entreví por encima del hombro del gobernador, un pergamino, un mapa, una amplia bahía dibujada al este y una sucesión de ríos como rayos del sol que escalaban siempre rumbo al norte desde allí. El gobernador daba golpes en el trazado con su grueso dedo y le decía al hombre que tenía

al lado que allí arriba, en las tierras dibujadas, en el norte, estaban los asentamientos de los franceses, canadá, y en el sur, por allá, estaban los asentamientos de los españoles, la florida. Y mientras recogía mis cosas rápido rápido y las metía en el saco antes de fugarme, me dije que, aunque tanto los franceses como los españoles son repugnantes papistas, claro, por lo menos siguen siendo hijos de un dios similar, del mismo libro, el más sagrado de todos. Y que dado que parecía haber casi la misma distancia hacia el norte y hacia el sur hasta los asentamientos, debía elegir el de los franceses, porque no hablo ni una palabra de español, pero chapurreo un poco el francés y podré hacerme entender.

Pero no conoces las dimensiones de este lugar, ¿verdad?, dijo la voz con sorna.

Y la chica dijo: No, pero seguro que es más pequeño que mi lejano e inmenso país, al otro lado del océano, donde todos los campos están tan cargados de leyendas y mitos y antiguas batallas que un paso no se da únicamente en el espacio, a diferencia de este nuevo mundo, sino también a través de capas de tiempo. Aquí no hay nada, solo terreno, toda la tierra y las montañas y los árboles continúan siendo vírgenes de historia. Este lugar en sí es una hoja de pergamino aún por escribir.

Y si llegaras a sobrevivir al periplo, dijo la voz, ¿qué esperarías que hicieran esos repugnantes papistas con una joven como tú, con un cuerpo joven como el de tu propia persona femenina?

Por favor, no inclines mis pensamientos hacia un fin tan vil, dijo la chica muy seria.

Pero la voz insistió: Y tú, que hasta ahora solo has conocido la comodidad y la compañía, que has dormido toda tu vida junto a otros cuerpos cálidos, tú, que has buscado a otros seres humanos incluso cuando estabas un único instante sola, porque la soledad te resultaba insoportable, ¿estás preparada para encontrarte tan devastadoramente privada de amistades en estos páramos en los que reina el eco?

Y le entraron ganas de llorar, pero no lo hizo, y en lugar de eso dijo: Pero no estoy sola, porque llevo a dios en mi corazón, siempre.

Y así era, sentía a dios, un puntito de luz en el fondo de su ser.

Pero la voz dijo: ¿Y si el mayor peligro no es el hombre sino la propia naturaleza salvaje de dios, el amenazador paisaje, las bestias que acechan y cazan en este lugar?

Y entonces la chica pensó por primera vez en el frío letal de aquellos días del final del invierno, después en los lobos y en los pumas y en las serpientes que tenían su hogar en esa tierra salvaje e incivilizada.

Y eso solo eran los peligros conocidos, pero pensó que debía de haber también peligros desconocidos. Monstruos ignotos para la imaginación del hombre, dificultades imposibles de salvar.

Cuando era bastante pequeña y el hijo de su señora, Kit, no se dedicaba a atormentarla, las pocas veces en que se había enternecido en cierto modo y la había sentado sobre sus rodillas para enseñarle las cosas terribles de sus libros, la chica había visto la imagen de un hombre sin cabeza con los ojos clavados en los hombros y una boca por debajo de las costillas. Un hombre con cabeza de perro. Y Kit también le hablaba de cosas asombrosas, cosas que sabían los chicos con estudios, por ejemplo de los lémures, que eran sombras de los muertos malignos, y de lugares del océano donde los marineros eran, o bien succionados por unas fauces abiertas que se los tragaban, o bien arrebatados del barco por una enorme bestia que los engullía. Misteriosas mujeres con cuerpo de león. Las vengativas hadas de los bosques que robaban niños para criarlos en sus escondites bajo las colinas y los sustituían por chillones bebés de barro. Y lo que no estaba escrito en un libro ni le contaba Kit, su mente rápida y rebosante de ideas lo creaba: por ejemplo, una mujer con dientes de víbora o una neblina negra de veneno que se iba escurriendo, lista para atacar.

Estaba segura de que semejantes monstruos podrían prosperar en un lugar tan vasto y diverso como aquel.

Y, por supuesto, incluso los hombres más temibles del fuerte estaban aterrados por los peores terrores que albergaba el bosque, que no eran los osos ni los monstruos, sino los hombres inteligentes que los odiaban y que los matarían a traición.

Pero, a la vez, había vivido lo bastante entre los hombres del asentamiento para comprender que incluso entre ellos había también

hombres malos, pues había caballeros de los que las chicas advertían entre murmullos que había que alejarse y soldados con el resplandor rojo del diablo en la mirada y mercenarios que mataban con la misma facilidad con la que dormían, y a uno de esos sería a quien mandaran a buscarla, porque sabía que al menos enviarían a un hombre malo tras ella; lo que había hecho no podía tolerarse.

Se estremeció y tuvo que apartar de su mente las torturas que aquel hombre malo le infligiría si, en efecto, la atrapaba.

Pues incluso un hombre bueno era más letal que el peor de los osos, y eso que ella había visto lo que hasta un oso viejo y ciego podía hacer con los dientes arrancados de las encías negras y las garras cortadas y los ojos cegados por cicatrices rosadas en cruz. En los jardines de la orilla sur, con el calor estival, se había unido al grupo de espectadores vestidos de gala, fervientes de exaltación; y no había podido apartar la mirada del punto en el que habían atado a la estaca el collar de acero del pesado fétido baboso miserable oso. Pero cuando soltaron a los perros feroces para despellejar a esa mullida y cochambrosa bestia, el oso los derribó con calma, uno dos tres, hasta que los tres chuchos quedaron destrozados, gimieron y se apartaron, dándose impulso con las patas delanteras, en busca de algún rincón en el que morir a solas y en paz. Y a su alrededor todo el mundo vitoreaba a las bestias, tanto a la victoriosa como a las caídas. Pero la chica había vuelto a casa caminando con el hielo del horror metido en las entrañas, y esa noche el pobre oso viejo entró en la peor de sus pesadillas, mostrando sus encías llenas de pus verde, hasta que, asqueada, la despertaron las campanadas de la mañana. Y ese famoso oso de pelea no era más que un oso de ciudad, nada acostumbrado a los bosques más antiguos y espesos de ese nuevo lugar salvaje, era un oso que había sido domesticado. Un oso salvaje sería mil veces más despiadado y brutal que lo que ella había conocido, como todo lo que procedía de esta tierra sin civilizar. Sería imposible imaginar su magnitud y su ferocidad. Y los hombres serían aún peores.

Empezó a tambalearse, el aire frío le raspaba la garganta al respirar.

Debía de haberse alejado varias leguas del fuerte, se dijo, y por primera vez se atrevió a mirar atrás, hacia donde debería haber estado el asentamiento. Pero no pudo encontrar rastros de su luz en el cielo, ni signo alguno de que su gente hubiera llegado a ese lugar. Y eso era bueno.

La voz regresó una vez más y dijo con tranquilidad: Ay, qué incauta. Nunca se aprende de los errores.

Silencio, le ordenó a la voz que hablaba en su mente. Y la voz le obedeció y se quedó callada. Y la chica se quedó de nuevo sola en la terrible oscuridad.

2

Continuó corriendo, aunque estaba exhausta, corrió hasta que la luz de la luna menguó y su cuerpo, tras tantas horas de correr, hubo entrado en una acalorada euforia.

De repente, inspiró el frío con satisfacción y notó las piernas ligeras y libres. Sentía ardientes cosquillas en la piel.

Y cuando este júbilo fruto de la carrera se despertó en ella, también se despertaron pequeñas visiones que pasaron ante sus ojos.

Allí, en la silueta de un olmo arrancado de cuajo por algún remoto vendaval, con las raíces retorcidas aún más oscuras que la noche, vio a un encabritado semental negro y reluciente.

Pero no, chica, se dijo, no hay sementales en este nuevo mundo, porque los únicos caballos que se podían encontrar en esos parajes eran los que habían traído en los barcos, y esos se los habían comido hacía tiempo, en las etapas más crudas de la hambruna.

Más adelante, en lo alto de un promontorio, a la luz tenue y plateada de la luna vio el viento que levantaba la nieve más suelta y la esculpía en forma de resplandeciente ciudad con tejados y chimeneas y un campanario e incluso el humo del fuego que ascendía jubiloso desde las chimeneas hacia el cielo, y le alegró tanto el corazón que gritó a pleno pulmón. Luego el viento cambió y derrumbó la ciudad de fantasía.

Y, devastada, la chica echó a correr.

Por fin, el arroyo que había estado siguiendo se ensanchó y los árboles

en penumbra se abrieron para mostrar un espacio de amplia, agonizante y fría luz de luna ante ella. Y ahí estaba el río, congelado con su blanco verdoso, y bajo la superficie corrían aguas profundas y enfadadas que se agitaban deseosas de salir, primero hacia la bahía, luego hacia los océanos más inmensos, más salvajes y más fríos.

Y aquel río estaba tan lejos del punto en el que había empezado su fuga que era improbable, decidió, que incluso un hombre con tanta sed de venganza como cualquiera de los que podrían haber mandado a buscarla desde el fuerte hubiera llegado hasta ese lugar antes de rendirse y arrastrarse rendido de vuelta a casa. Porque todas las almas que habían llegado al país estaban ahora famélicas al final de ese invierno de horror, y muchos de los más robustos y rollizos se habían quedado en los huesos, habían cagado y tosido hasta entrar en el reino definitivo de la muerte, e incluso los más violentos de los hombres que habían surcado el océano se habían debilitado y adquirido una extraña indolencia, se pasaban el día tumbados en los catres con la mirada perdida en los cielos grises que meaban y cagaban hielo.

En la orilla del río descubrió una grieta entre las rocas que era poco más grande que su propio cuerpo y se apresuró a convertirla en refugio, porque la primera luz nueva del día empezaba a surgir por el este y pronto podría verla cualquiera que merodeara por allí.

Metida en la grieta, alejada del azote del viento, se caldeó las manos de nuevo bajo las faldas en la caliente separación de sus muslos. Cuando pudo mover los dedos, desató el saco y extrajo sus valiosos objetos: las dos mantas marrones que, aunque infestadas de piojos, eran gruesas y cálidas, luego la afilada hacha, luego el cuchillo, luego la taza de peltre con su pálido brillo, luego el pedernal.

Esos eran todos los bienes que se le había ocurrido llevar consigo en el momento del arrebato. Habría cogido también comida, pero hacía muchos días que no quedaba comida que robar.

Cuando se hubo calentado lo suficiente en la grieta, a salvo del viento fuerte, corrió hasta un pino que tenía algunas ramas secas y las arrancó y las arrastró por las rocas, y luego las pisoteó hasta que quedaron lo bastante pequeñas para meterlas en su cobijo. Cogió un puñado de agujas secas que aún colgaban de las ramas más pequeñas. Se acuclilló en la cavidad y golpeó y golpeó y golpeó el pedernal con la empuñadura del cuchillo, pero no salió ninguna chispa. Siguió dando golpes hasta que las manos se le entumecieron y la cara se le empapó de lágrimas de desesperación.

Chispa, cae sobre estas hojas y conviértete en llama, susurró.

Padre todopoderoso, tu sierva te pide ayuda.

Pero durante un buen rato la chispa hizo oídos sordos a sus súplicas, y tuvo que calentarse las manos entre las piernas dos veces más para ser capaz de moverlas de nuevo.

Sin embargo, al final saltó una chispa, y ella la acunó entre agujas secas y hojas secas y le sopló con cuidado, y la chispa era tímida, casi volvió a extinguirse, pero la chica rezó y sopló otra vez, y entonces la chispa creció, tenía hambre, mordió un bocadito de hoja seca y descubrió que quería más, la engulló y la lamió hasta convertirse en una alegre llama parpadeante. La chica alimentó la llama hasta que dio lugar a una pequeña y candente hoguera por la que se sintió tan agradecida y emocionada que tuvo el impulso de ponérsela en la boca y comérsela.

La llama bailaba hermosa, movía su descarada cabecita de un lado a otro como una criatura viva. Cuando la chica estuvo segura de que era lo bastante grande para no apagarse, escupió en el fuego para que le diera buena suerte.

A continuación, por encima del refugio extendió una de las mantas de lana para formar una tienda y se envolvió el cuerpo con la otra manta, y al nuevo calor del fuego, en la oscuridad de la tienda, todas las piedras que la rodeaban se fueron caldeando. Los pocos copos de nieve que se colaban y caían sobre las piedras calientes próximas al fuego

siseaban. Su cuerpo, respiración tras respiración, fue soltando su tirantez. Se sintió extraña, y pronto se percató de que la extrañeza provenía de no temblar por primera vez en muchos meses, que ella recordara. La larga carrera nocturna durante la noche y esa nueva hoguera la habían calentado lo suficiente para calmar el antipático temblor de su cuerpo. Pues, dentro del miserable fuerte, todos los leños se habían agotado durante el largo curso del asedio, y la escasa madera que podía rescatarse de las casas en ruinas se destinaba a calentar primero a los señores, y ella, que era una mera sirvienta, aunque antaño hubiera sido la preferida de aquel hogar liberal y artístico, había sido abandonada junto con los seres inferiores y arrojada a las ávidas fauces del frío.

Convertida en témpano de hielo por el día, solo le quedaba el consuelo de arrastrarse por la noche hasta el calor del cuerpo febril de la pequeña Bess, para apropiarse de lo que quedaba de su cuerpo y, a su vez, intentar calentar a la chiquilla.

La comodidad de su refugio era tan maravillosamente inesperada que suavizó las aristas de su pánico y su horror, y la muchacha se sumió en un rápido y profundo sueño. Tan dormida estaba que, si una bestia se le hubiera acercado y le hubiera lamido la cara, o si el escurridizo y fiero soldado que incluso ahora, con la luz del alba, seguía sus pasos hubiera recorrido toda esa distancia en un abrir y cerrar de ojos y con sigilo se hubiera abalanzado sobre ella con un cuchillo en la mano, la chica no habría podido despertarse lo suficiente para tener miedo.

3

En la superficie del hielo, pequeños remolinos de nieve y viento se agitaban en un frenesí canino.

La luz cobró fuerza, y la orilla más alejada del río relució con nitidez en la oscuridad.

Al otro lado del hielo, si la chica hubiera estado despierta y vigilando, habría visto el rastro de mujeres y niños nacidos en esa tierra, caminando en una línea difusa desde su aldea hasta los cantos rodados de la orilla. Al cabo de poco, las dos hogueras que prendieron revelaron que habían cortado bloques de hielo del río con pulcritud para recoger agua y bañarse.

A la luz del alba, aquellos cuerpos distantes se acercaron al agua y allí se bañaron pese al frío, primero entraban corriendo y salpicaban mucho y luego salían corriendo igual de rápido para calentarse junto al fuego, docenas de mujeres y niños bien alimentados, resplandecientes a la luz de las llamas y el tímido amanecer. De haber estado cerca, la chica habría visto que llevaban una pintura de medio dedo de grosor, una mezcla de grasa y hierbas y arcilla que los mantenía calientes en invierno y les daba sombra en los meses de calor, además de protegerlos de los insectos que picaban en todas las estaciones. Habría visto que no estaban tan desnudos como su gente suponía, sino más bien ataviados con una espléndida prenda flexible y pegada a la piel, que se doblaba cuando ellos se doblaban y se movía si se movían.

Aunque estaba profundamente dormida, abrió los ojos y se sentó y miró alrededor, y mientras soñaba, vio pequeñas formas al otro lado

del río cocinando carne y pan, las madres arrojaban al aire manojitos de musgo y cada uno de los niños disparaba al musgo con unas diminutas flechas, incluso los más pequeños, que se tambaleaban al sujetar la flecha, pero aun así disparaban. Sobrevolando el agua casi al ras llegaban unas voces ininteligibles y risas tan amortiguadas por la distancia y el viento y el sueño profundo que la chica creyó que tales sonidos eran los sonidos de la ciudad que la vio nacer cuando se despertaba para saludar al día.

Tras el ruido denso que se propagaba por el agua congelada, le llegó el olor de lo que cocinaban entremezclado con el humo, y la chica lo olfateó desde las profundidades de su sopor, pero como ya había imaginado de manera tan vívida la comida durante todo el largo periodo de hambruna en el fuerte, como la había visualizado hasta hacerla casi real, incluso dentro del sueño creyó que aquella comida era soñada.

Aun así, movió la boca como si masticara y tragara hasta que, dentro del sueño, su hambre se vio saciada.

Cerró los ojos del todo sin dejar de soñar y se recostó y continuó durmiendo, y mientras pasaba así toda la mañana, la gente apagó las hogueras y desapareció por el camino para volver a su aldea.

Durmió y durmió, y mientras tanto, en su mente entraron los terrores nocturnos.

Esos terrores no eran desconocidos para ella; la habían visitado desde mucho antes de que aprendiera a hablar, cuando todo en el mundo era asombroso y nuevo, y cuando bajo la piel de su percepción le parecía que cosas horribles acechaban continuamente.

En ese momento vio bestias hechas de huesos descarnados que salían de los campos del paraje de su mente con placas de arcilla que se desprendían de sus articulaciones y caían con estrépito al suelo, y sus vértebras crujían conforme se movían, y todas ellas eran negras y secas, pues en una extensión tan gris y desértica como la que veía en su terror solo los muertos podían hacer caminar a sus huesos fantasmales.

Esas visiones habían empeorado a causa del hambre, aunque las

había tenido como malas compañeras de su sueño desde siempre y estaba acostumbrada a despertarse angustiada por cosas que no había visto nunca.

Incluso cuando vivía en casa de su señora en la ciudad, alimentada hasta que no le cabía más comida ni más bebida en el cuerpo y acostada sobre juncos verdes trenzados con hierba fresca, había visto curiosos tormentos en sueños: buitres hechos de noche, aceitosos charcos de oscuridad que se formaban en el techo sobre su cuerpo y crecían como crecen las gotas de lluvia, hasta precipitarse chillando sobre ella con caras provistas de fauces.

Cuando despertó ahora, sola dentro de su rendija, los terrores nocturnos le habían arrebatado el bienestar que había logrado al calor del fuego y se sintió hueca y vacía por dentro.

Durante toda su vida, en lo primero que había pensado al despertarse había sido en la pequeña Bess, en su hambre, su necesidad, su felicidad. Ahora que no existía una pequeña Bess en la que pensar, se quedó petrificada, porque no sabía cómo pensar en sí misma antes que nada.

El fuego todavía era un montoncito de hormigas relucientes. Tenía el cuerpo tan dolorido a causa de la huida que gimió cuando se inclinó para soplar las llamas y reavivarlas. La manta que había sobre su cabeza estaba mojada por los copos de nieve que el viento había arrojado allí, que se derretían con el calor de su cuerpo.

Intentó reseguir mentalmente la distancia que había caminado durante la noche para tratar de percibir si alguien la seguía.

Olfateó el aire, como si eso pudiera sacarla de dudas.

Pero la distancia que había cubierto y el aire que olfateaba no le dijeron absolutamente nada.

La chica sabía que el mundo era peor que salvaje, el mundo era impasible.

Y no le importaba, no podía importarle, lo que le ocurriera a ella, ni

un ápice.

Ella era un copo, una brizna, una mota de polvo que flota con el viento.

Mientras yacía en la cálida oquedad de la piedra, sintió que la decisión que debía tomar aguardaba ante ella. O bien cruzaba el peligroso río que se estaba derritiendo, o bien seguía avanzando hacia el oeste por esa misma orilla para tratar de encontrar un punto más estrecho por el que poder salvar el agua. Le daba la impresión de que se le había hinchado la lengua, la tenía entumecida y seca, así que cogió el hacha y la taza y se puso en pie, gruñendo, pese a lo mucho que necesitaba el silencio, pues el dolor era extremo y afilado.

Trepó por las rocas a cuatro patas, aun a riesgo de que la vieran los ojos que pudieran estar observándola desde la otra orilla. Se dirigió hacia el día más sombrío del bosque.

Mientras gateaba y reptaba, sentía los huesos envejecidos por el hambre y el frío, pero siguió adelante, hacia el sonido del riachuelo. Una vez allí se agachó sobre las nudosas rodillas de un ancho roble y se levantó las faldas, y el frío le azotó las nalgas desnudas cuando se puso en cuclillas y orinó, tan caliente salía el pis que le volvía a la cara convertido en vapor. Había una grieta en el arroyo congelado por la que el agua corría libremente en medio del hielo, detrás de una roca, así que la chica se deslizó con cautela sobre el hielo y se arrodilló al borde del agua, que recogió con la taza para beber hasta que su cabeza casi se puso a nadar entre el frío.

Se quitó los guantes, y cerrando los ojos para no ver que estaban manchados de rojo, metió las manos en la frígida agua y frotó y frotó, pero cuando las sacó de nuevo, tras dejar de sentir que le pertenecían, vio que todavía tenía cercos de sangre alrededor de las uñas, así que se puso los guantes a toda prisa para ocultarlos y calentarse otra vez las manos.

Luego miró hacia abajo y vio que la media luna del tacón de la bota había dejado al descubierto algo que brillaba en el hielo. Lo observó

más de cerca. Era un ojo dorado que le devolvía la mirada, sin parpadear.

Entonces se puso a restregar con fuerza y descubrió que era la cabeza de un pez enorme que se había congelado dentro del hielo, con los labios azules redondeados, como si besara la superficie.

Vamos, no llores, chica, se dijo muy seria ante la maravilla de semejante regalo, pero aun así el mundo se tornó caliente y líquido para sus ojos.

Había sido escuchada. Bendito dios, gracias por tener piedad de mí, dijo en voz alta.

Y cogió el hacha con una mano y, con sumo cuidado, partió el hielo alrededor de la cabeza del pez, luego liberó sus agallas rascando con cautela, y después el cuerpo, que formaba un ángulo con la capa superior de hielo, la aleta serrada y las aletas laterales y la gorda barriga pálida que había debajo. Lo hizo con delicadeza y lentitud e intentó camuflar el ruido de sus movimientos con la capa.

Pero antes de que las rodillas se le quedaran congeladas sobre el hielo perdió la paciencia y tiró de golpe del pez para sacarlo del todo, aunque debido a las prisas dejó una buena porción de cola aún empotrada en el hielo.

Y entonces se metió el hacha y la taza dentro del corpiño para sujetarlas mientras se inclinaba y agarraba el pez entre los brazos, y tal era su debilidad y su flaqueza que apenas pudo levantarlo a pulso y volver a incorporarse, pero el animal pesaba tanto y estaba tan frío que lo dejó caer de nuevo sobre el hielo, donde aterrizó con un golpe seco. Por un instante contempló el medio pez sobre el hielo, luego le dio una patada para que fuera resbalando hacia la bahía.

De ese modo, dándole patadas y deslizándolo, empujó el pez congelado hacia su pequeño refugio entre las rocas, donde, confiaba, todavía estaría encendida la hoguera y calentaría las piedras y el aire de la cavidad. Pero en el camino el pez perdió las escamas, dejando un resplandeciente rastro plateado, y luego empezó a perder su carnosa piel, en hililllos que ella iba recogiendo y se metía en la boca para probarlos. Con el sabor se le revolvió el estómago, vacío desde hacía

tanto.

Por fin, el pez y la muchacha llegaron al río más ancho, donde sería tristemente visible en caso de que hubiera ojos que la vigilaran, algo que, presintió, sí había. Confió en que esos ojos fueran solo los de los cuervos que abarrotaban los árboles del linde del bosque, que discutían a gritos las penalidades de la chica con el pez y se reían con esa voz áspera y burlona.

Apurada, empujó el pez cuesta arriba por las lascas de hielo de la orilla del río hasta que por fin vio la manta extendida como si fuera musgo sobre el refugio de piedra, hincó los dedos en las agallas a ambos lados de la cabeza del animal y lo arrastró caminando de espaldas por encima de las rocas de la ribera, y luego, de una patada, lo metió en su madriguera, donde el fuego había menguado de nuevo hasta convertirse en la pobre llama de una vela.

Cuando a continuación deslizó el cuerpo bajo la tienda que formaba la manta, comprobó que el pez era tan enorme que casi no dejaba sitio para su propio ser. Miró con fijeza la cabeza boqueante, empuñó el cuchillo y le abrió la barriga, y con la hoja afilada despegó la piel de la carne congelada. La carne estaba tan helada que se resistía al cuchillo, pero no podía arriesgarse a los olores y el humo de la cocción. Agarró la superficie del músculo pálido, cortó una fina loncha de carne y se puso esa fina loncha en la lengua, y ahí, para su regocijada boca, se fundió y se convirtió en algo dulce y mantecoso que se disolvió por su garganta.

Hacía cuatro días que no comía nada, desde el especiado caldo de raíces similares a las zanahorias que, en el punto álgido de su histeria y su desesperación, había robado junto al fuerte a medianoche, forcejeando contra el suelo congelado.

Porque la pequeña Bess se moría, reducida a nada. Labios azul pálido, mejillas frías.

La desgarradora soledad cuando la pequeña Bess no volvió a abrir los ojos.

En otoño había visto la ladera de una colina cubierta con una elegante capa de flores blancas que parecían de encaje y le resultaban familiares, y cuando, distraída, había arrancado una y se la había llevado a la nariz, le había olido igual que una verdura que vendían en los mercados de su tierra. Y cuando la necesidad se había vuelto tan imperiosa que daba la impresión de que todo el asentamiento moriría de hambre, la chica se había arriesgado a que le cortasen el pescuezo y se había colado por la rendija de la empalizada y había reptado hasta el bosque, volando por la traicionera noche hacia aquella colina, que encontró entonces cubierta de nieve, para cavar a plena vista con el hacha que en su fuga posterior se convertiría en una de sus escasas amigas. Entonces, cuando el hacha ya no pudo hendirse más en la tierra pedregosa, había rascado y escarbado con sus propias manos. Y luego, muerta de frío, entumecida y con el aliento flotando como plumas blancas en el aire, se había escabullido como una alimaña al amanecer, para regresar por la abertura.

Entre los peligros del fuerte dormido descubrió un escondite que quedaba oculto a la vista, sacó un buen y ancho dintel de una casa abandonada que era solo un esqueleto, y encendió una hoguera y robó una cazuela, y mientras la luz del alba ganaba fuerza y el día se hacía evidente, peló las raíces arrancadas tan rápido como le permitían sus dedos congelados, y las cortó en trozos que echó al agua hirviendo. Y entonces, con patadas, maldiciones y piedras, apartó a los chiquillos que se habían escapado de la cama y miraban cómo cocinaba con sus caras hambrientas de perros callejeros.

Pero pronto se ablandó, porque eran niños, y les tiró las peladuras y ellos se las metieron en la boca sin pensarlo, con tierra y todo.

Ya había empezado a nevar cuando terminó de cocinar la sopa, justo hasta el punto de ser comestible, y levantó la pesada cazuela entre las manos y corrió entre las sombras por las callejas, donde cualquier hombre que hubiera caminado por la calle a esas horas habría podido detenerla y robarle el plato que la chica reservaba para más tarde. Pero no vio a ningún hombre paseando y casi se desmaya de alivio al encontrarse dentro del amplio salón de la casa del gobernador, donde

se agrupaban los enfermos y los agonizantes y las almas poderosas.

Corrió entre las hileras de gente que vomitaba y cagaba, entre los muertos, dejó atrás a los desquiciados famélicos que aullaban al oler la comida caliente, y por fin llegó hasta sus señores y la pequeña y querida Bess, que agonizaba en su gélido catre.

Apartó el pelo claro de la frente de la niña y le dio un beso y olió la dulzura de su cuerpo que se devoraba a sí mismo en busca de combustible, y se apresuró a verter un plato de sopa y sopló encima de la cuchara para enfriarla y la acercó con mano temblorosa a los labios de la pequeña, pero los labios y los dientes de la pequeña Bess permanecieron cerrados ante ella y dejaron que la valiosa sopa resbalara por la almohada. Su rostro, antaño de una belleza pálida y redonda como la luna, estaba ahora consumido, enjuto y hundido, y su piel era cerosa y amarilla como el cuerno, y el pelo rubio se le había oscurecido con la grasa y el sudor de los moribundos.

Pero no se moría de ninguna enfermedad, esa dulce e inocente idiota, ninguna enfermedad salvo el horror de aquel lugar. Ella, cuya mente ocupaban muy pocos pensamientos preciadísimos, se moría justo a causa de un pensamiento.

Y había sido la lenta y voluntaria muerte de la pequeña Bess la que había llevado a la chica a adentrarse en el bosque para arrancar las raíces de las flores, habría hecho cualquier cosa para devolver a la vida a la pequeña Bess, su corazón más querido, y alejarla del abismo de la muerte.

Hubo un rumor, un movimiento, y vio que la señora y su marido, el ministro de la iglesia, se erguían con ansia al oler la comida, y para evitar que le arrebataran la cazuela caliente, la chica sirvió un plato para ella y otro para él, y ellos engulleron la sopa tan rápido mientras estaba aún ardiendo que les salieron ampollas amarillas en los labios, la lengua y las encías.

Cuando quedó demostrado que la pequeña Bess no iba a comer por mucho que la animara con susurros, por mucho que la chica tratara de separarle los dientes con la punta de la cuchara, el clérigo, que era el segundo marido de la señora, alargó el brazo y robó el plato de la

pequeña Bess.

Pero la chica, cuyo cuerpo seguía congelado tras la larga noche a la intemperie, tras haberse enfrentado a la tierra helada y al terror de ser descubierta, lo vio y odió al pastor con toda la inmensidad de su corazón, y le arrebató de nuevo el plato de Bess con sus propias manos y se bebió la sopa, mientras miraba a los ojos a su señor.

Pues, aunque él tenía todo el derecho a lo que ella había hecho con sus propias manos, dado que ella era una mera sirvienta a su servicio y todo lo que tocaba le pertenecía a él, incluido su propio cuerpo, era ella la que se había arriesgado a salir del fuerte y a los niños famélicos y a los peligrosos hombres hambrientos que habría podido haber en la calle; era ella la que había encendido el fuego y pelado las raíces y preparado la sopa. Y dentro de su ser sintió el airado convencimiento de que, en esa cuestión, sus derechos eran superiores a los de su amo.

Así pues, vertió en el plato lo que quedaba en la cazuela y, mirando al clérigo con seriedad, se lo tomó también.

El hombre no podía ponerse a gritar sin que la gente se diese cuenta de que la familia había tomado comida caliente cuando nadie más alrededor había probado bocado desde hacía días. Lo que hizo, él, que era pacífico y suave y tan poco violento cuando vivían en la ciudad al otro lado del océano, fue levantarse de la cama y alzarse sobre ella para darle un puñetazo en el estómago con todas sus fuerzas, pues el señor de la casa tenía derecho a castigar a las mujeres y sirvientes que vivieran en ella.

La chica se dobló hacia delante entre jadeos, luchando por respirar y mantener en el estómago la comida que tanto esfuerzo le había costado ganarse, mientras su amo se abalanzaba sobre la cazuela y rascaba con la cuchara los restos quemados del fondo.

Ahora, en su refugio de piedra junto al río, tras el primer mordisco de pescado, el estómago encogido de la chica protestó, se puso de pie y vomitó la carne masticada sobre la roca desnuda, donde se congeló al instante. Después volvió a sentarse dentro de su cálido escondite oscuro

y cortó una lámina de pescado para intentar comer una vez más. Respiró sobre la frialdad de ese bocado sobre la lengua hasta que fue capaz de tragar, respiró unas cuantas veces más hasta que la comida se fue asentando. Alimentó la hoguera con unos palos mientras dejaba que su estómago empezara a trabajar, y con ese resplandor más cálido y con suma paciencia, empezó a recordar qué significaba comer. Las láminas de pescado se derretían más rápido, se desprendían del pez descongelado cada vez más gruesas, bajaban por su garganta con mayor facilidad.

Y así, bocado a bocado, el pez entró dentro de ella, y allí dentro se quedó.

4

Poco a poco, a lo largo de la tarde, fue comiendo pescado, y cuando acabó de dejar limpias las espinas de un lado, le dio la vuelta y le pareció que estaba entero otra vez, aunque curiosamente sin cola.

Pero, en cuanto le dio la vuelta, una milagrosa resurrección, el pez ahora descongelado sobre el suelo dio un coletazo con el muñón de la cola. Boqueó en silencio, luego cerró la boca de nuevo. Ya le había destripado la mitad del cuerpo y, aun así, al parecer, el pez continuaba vivo.

Horrorizada, blandió la hoja plana del hacha con fuerza y golpeó a la criatura para propinarle una muerte más incuestionable. El ojo que se había reavivado se nubló. Luego la chica extrajo la carne del otro lado del pez, y luchando contra las náuseas, se comió lo que quedaba.

Se comió las dulces mejillas del pez; se comió sus sesos. Los ojos que la miraban fijamente, apabullados, se los comió en último lugar.

Recogió unas cuantas ramas secas para avivar el fuego, bebió agua fría, defecó en forma de chorro caliente porque hacía semanas que no contenía nada en el cuerpo que pudiera cagar luego, y ahora su cuerpo empezaba a despertarse de nuevo. Esos despertares eran abruptos. Los nervios de las yemas de los dedos y de los labios estaban al rojo vivo. Tenía el vientre hinchado, la piel dolorosamente estirada, como la de una mujer encinta casi a punto de dar a luz.

Tras dejar las espinas secas de tanto chuparlas y arrojarlas a las rocas,

fuera del escondite, para los cuervos que la miraban desde los árboles, se tumbó junto al fuego y notó que su bienestar casi la sobrecogía con su dulce inundación, su bondad. Había entrado en calor, tenía la ropa seca, la carne del pescado se iba fundiendo con la suya, estaba lejos de la amargura del fuerte.

Durmió el resto de la tarde, y se despertó con unos calambres tan intensos en el vientre que se puso a sudar, y justo a tiempo, trepó aferrándose a las rocas, se metió entre los árboles y se levantó las faldas; al instante notó que la totalidad de sus entrañas salía de su cuerpo.

Fue ahí, acuclillada y presa del dolor, cuando comprendió que mientras dormía había llegado a una conclusión acerca de lo que debía hacer. Quizá el pez que salía dando coletazos de sus intestinos fuera la cosa que había tomado la decisión por ella. Cruzaría el río congelado. Se arriesgaría a pisar el traicionero hielo.

Volvió con el hacha a la grieta en el hielo de donde había desenterrado la mitad superior del pez y apartó el hielo de la cola, que continuaba allí encastrada. La sacó y se la guardó en el saco para más adelante.

De vuelta en el refugio, metió la taza, el hacha, el cuchillo, el pedernal y las dos mantas en el saco, se levantó la capa y los faldones, volvió a atarse el saco a la piel de la cintura. Sin las mantas que mantenían resguardado el calor de la hoguera, notó que el frío volvía a colarse dentro de su cuerpo.

Espero hasta que el día adquirió de nuevo el negro profundo de la noche y la luna se elevó casi por completo; entonces salió de su pequeño refugio entre las rocas y se acuclilló al borde del hielo liso blanco verdoso, con el cuerpo agarrotado por el miedo. No tenía sentido quedarse más tiempo allí, era poco probable que hallase más comida y no podía saber si alguien la seguía, aunque algo dentro de ella le hablaba en voz baja pero urgente y le decía que, en efecto, la seguía alguien, y que su perseguidor se aproximaba. Si pensaba irse,

debía hacerlo ya, pues pronto sería imposible cruzar el río debido al caudal del deshielo.

A la luz desnuda de la luna el hielo parecía grueso y seguro, pero el hielo era engañoso cuando estaba cubierto de nieve, y hacia finales del invierno los ríos se volvían quebradizos, así que estaba segura de que habría puntos que no soportarían su peso.

Si por casualidad pisaba una capa de hielo muy fina y la atravesaba y se la tragaban las gélidas corrientes, bueno, tal vez no fuera la peor opción: un marinero del barco en el que había surcado el océano le había dicho que ahogarse era una forma de morir más amable que muchas otras. Al principio se notaba, le había contado mientras recogía una cuerda alrededor de su brazo con tatuajes de rosas, un terror afilado como un cuchillo, se sentía pánico, todos los miembros se revolvían, pero luego el frío robaba cualquier rastro de movimiento del cuerpo y los pulmones se llenaban de agua, y aunque la primera sensación de ahogo pudiera ser dolorosa, al poco una quietud se apoderaba del ser, una pausa, y la vida se marchaba con la marea mientras el alma, a la deriva, se dirigía hacia el sol.

Y la chica le había creído, porque al marinero se lo había contado un hombre que se había caído por la borda durante una tempestad en el mar del Norte y el hombre había muerto ahogado, pero había vuelto a la vida solo después de que le apretaran las piernas contra la barriga un centenar de veces y le metieran un fuelle de atizar el fuego por el recto hasta que echó toda el agua que llevaba dentro y pudo volver a entrarle el aire.

No le resultaba triste esa idea del río recogiendo su cuerpo inerte entre sus oscuras manos y llevándolo a trompicones bajo el hielo hasta llegar a la gran bahía, donde los peces más grandes y violentos la encontrarían y la devorarían entera, igual que ella había devorado el pez que se sacudía ahora dentro de sus entrañas. Con deleite, esos peces enormes le arrancarían la carne de los huesos y meterían la cabeza en sus vísceras, y dejarían que las vértebras de su columna se les cayeran de la boca y acabaran enterradas en el fango, al fondo de la bahía. Prefería los peces a los gusanos de la tierra, porque los peces eran una

forma de vida más elevada. La repetición albergaba cierta poesía: el pez dentro de la chica, la chica dentro del pez. Quizá la eterna cadena del ser no era una cadena en absoluto sino un anillo, una vida no acaba donde la otra empieza, sino que todas las almas se superponen.

Y al otro lado de la vida se reencontraría con la pequeña Bess, quien ahora estaba sola en el valle de la muerte, su padre el orfebre sería el único que la habría recibido allí, y los impersonales ángeles la estarían esperando para atarle las hebillas y cepillarle la melena e impedir que se metiera el dedo en la nariz. La pequeña Bess, que en su idiocia y su bondad era tan mimosa como un gatito y se enroscaba alrededor del primer cuerpo cálido que la abrazara, sin dudar nunca del amor, lloraría a mares si los ángeles, en su ajetreo y su fría perfección, se apartaran ante su necesidad.

La chica dio un paso sobre el hielo. El río se extendía en su pálida enormidad, agrandado aún más por su miedo. Levantó un pie muy despacio y lo alargó suavemente antes de apoyarlo en el suelo, luego el otro. Aguzó el oído en busca de crujidos, tratando de percibir cualquier superficie blanda debajo. Pero al cabo de poco, presa de las sacudidas de terror que la sobrecogían y la zarandeaban, empezó a deslizar los pies y después echó a correr.

Y en ese momento se vio como solía hacerlo en los momentos intensos, como desde el aire, como un pájaro planeando o como la luna misma. Se vio a sí misma como una cosa negra que se arrastraba por la resbaladiza y traicionera superficie verdosa del hielo, entre los cristales de nieve que refulgían, captaban y emitían destellos de luz de luna.

Solo una vez notó que el tacón de la bota atravesaba la fina superficie del hielo, tocaba el agua del río que discurría por debajo, pero ya estaba en el aire, a punto de dar el siguiente paso, y ese segundo pie aterrizó en terreno sólido que aguantó el peso, y la chica corrió aún más rápido; al saber lo cerca que había estado de hundirse en el río, voló, y la velocidad y el miedo fueron las velas de su navío.

Por fin sintió los guijarros de la otra orilla bajo los pies y luego la roca sólida, y entonces se permitió detenerse y respirar agitadamente. Se aferró al primer árbol con el que se topó, apretó la frente contra la corteza y se echó a reír. Había interpuesto el traicionero río entre ella y la oscuridad de la que huía; se rio porque descubrió que estaba plenamente viva.

El árbol que abrazaba olía a dulzor y a almizcle y a la savia que se agitaba en lo más profundo de sus anillos, porque el árbol sabía que pronto llegaría la primavera y que después de ese sueño blanco se elevaría el verdor de la vida nueva.

Y ella no estaría muy lejos cuando el manto blanco del hielo fluvial se rompiera por completo.

No lo vería resquebrajarse, pero sí lo oiría mientras avanzara por el bosque, el boom del hielo al romperse. Y se imaginaría una avalancha, un alud de rocas al caer por un desfiladero, quizá incluso el estruendo de una tormenta invisible fraguada en las nubes.

Entonces se desplazó con cuidado por la orilla negra como la noche, hacia los árboles, y dedicó un buen rato a escuchar sin más. Levantó la cabeza porque con el viento le llegaba un olor levemente familiar.

Cuando comprendió que lo que olía era el humo de una aldea de los habitantes de ese lugar, se apresuró a regresar a la orilla y fue alejándose de allí agazapada, lo más sigilosa que pudo, hasta que, cuando se detuvo de nuevo y olfateó e intentó detectar el olor a humo para saber si la aldea continuaba cerca, lo único que llegó a oler fue el invierno, el hielo y el barro, y pensó que había dejado atrás el poblado.

Al cabo de poco llegó a un claro entre los árboles que resultó ser un camino que iba del río hacia el norte. La chica no sabía que ese sendero pasaba por delante del extremo más alejado de la aldea. Cuando lo recorrió, todos los perros que había ovillados en el sitio en que enterraban a los muertos levantaron la cabeza y se quedaron petrificados, muy atentos, espiando los movimientos de la chica a lo

largo de los límites de su reino, y cada uno de ellos sopesó si debía dar la voz de alarma al oír a esa criatura que se movía con tal agilidad, y cada uno de ellos decidió que la criatura era demasiado enclenque para suponer una amenaza y optó por guardarse el ladrido hasta que la extraña bestia se alejara y la noche, en su estela, volviera a colarse, llena de los sonidos cotidianos.

La chica siguió el sendero a lo largo de un rayo de luna y ascendió una colina. En la cumbre, se detuvo, se dio la vuelta y vio las columnas de humo de la aldea dormida que subían al cielo, y bajo el humo se apreciaba la larga piel reluciente y serpenteante del río que había cruzado.

Le dio la espalda, retomó el camino y continuó avanzando, y apenas un instante después el soldado que habían mandado del fuerte llegaba al claro de la otra orilla del agua congelada, al punto exacto en que el arroyo que la chica había seguido vertía sus aguas en el río más caudaloso.

El hombre llevaba un mosquete a la espalda y puñales en el cinto. Era un hombre sombrío y despiadado que infundía miedo en los corazones, no por su aspecto, que era anodino y nada especial, con sus mejillas sanas y sonrosadas y la pequeña boca de labios fruncidos, sino por la mirada que desprendían sus ojos, como una criatura salvaje que hubiera olido la sangre y se hubiera vuelto loca de ansia. Lo habían elegido para dar caza a la sirvienta asesina que había huido porque, según los hombres del asentamiento, no conocía la piedad. O quizá fuera, murmuraban cuando él no los oía, que no temía a dios.

A la luz de la luna vio las huellas de las botas de la muchacha, que conducían hasta su refugio entre las piedras. Allí se acuclilló y notó en los dedos el calor del lugar donde había encendido el fuego, y tocó las cenizas y vio que eran frescas, y se fijó en las espinas y escamas desperdigadas, y olió el grasiento olor a pescado, que hizo que le entrase aún más hambre. La cavidad entre las rocas conservaba cierta fragancia que, imaginó, procedía de la piel de la chica, y de la bolsita

de dulces hierbas aromáticas que llevaba atada alrededor del cuello para contrarrestar el hedor rancio de la muerte en el asentamiento. Ya había visto antes a esa chica, había estado esperando la ocasión de encontrarla a solas. En ese momento, el hombre metió la cabeza en el espacio que había contenido su cuerpo y lamió la piedra caliente.

En el fuerte decían que esa sirvienta era tonta, pero no era nada tonta; tal vez fuera lista, pensó, al ver lo que había logrado: comida y cobijo en un clima tan hostil. Siguió sus pasos hasta el borde del hielo y vio que se extendían con arrojo, destacados en la nieve a la luz de la luna, hasta el otro lado del río. Quizá se había caído, o quizá había llegado a la otra orilla. Se percató de que la superficie del hielo era inestable, vio que había puntos más oscuros donde se había resquebrajado, y no se fiaba del hielo, porque sabía que era un mentiroso. Ya había arriesgado bastante el pescuezo al seguir a esa chica a través de la zona sitiada. Y era imposible saber si el hielo que había aguantado el peso de una cría escurridiza aguantaría también el de un hombre que doblaba su tamaño.

Pasarían semanas hasta que hubiera barcos, no los habría hasta que el hielo se derritiera y se quebrara y el agua fuera transitable; y él perdería semanas en la espesura del bosque si tenía que seguir el río hasta que se estrechara lo suficiente para poder cruzarlo de forma segura con el fin de perseguir a esa nada, a ese escuálido y ridículo pedazo de asesina.

Qué pena, pensó. Porque ya había saboreado la fantasía de estrujarle la garganta hasta que se pusiera negra y cayera muerta en sus manos. Una vez, en la ciudad, había estrangulado a una furcia hasta que había dejado de patalear y de respirar y los ojos se le habían salido de las órbitas, y desde entonces ansiaba hacerlo de nuevo, le había gustado tanto notar el vigor de sus propias manos, el tacto de la tráquea de la mujer al partirse. Hacía falta una fuerza tremenda para estrangular a una mujer hasta matarla, no era una actividad apta para los débiles. Sí, una auténtica lástima que no tuviera ocasión de repetirlo ahora, había muy pocas oportunidades de satisfacer sus instintos más bajos en aquel lugar, los ataques contra los hombres de aquellas tierras solían ser

sangrientos, pero existe una diferencia entre la violencia personal y la violencia de luchar para asegurarse una parcela de ese mundo nuevo. La primera podía llevarse a cabo en privado, saborearse, la otra era una obligación divina.

En lugar de eso, debía regresar e informar de que la chica había muerto al caer al río, ahogada, algo que muy probablemente hubiese ocurrido. Poco importaba. Escupió por el hueco del diente que le faltaba a un lado de la boca y se ovilló en el pequeño agujero que había ocupado la chica, todavía caliente por el fuego y por su cuerpo y protegido del viento, y allí durmió a ratos hasta que acabó la noche. Sabía que debía esperar a que el día que empezaba muriese de nuevo y la noche volviera a cernerse sobre él, pero para alentarlo a cumplir la misión, el gobernador, a quien todavía le quedaba un poco de harina, le había prometido pan, que no había probado en meses, y habría dado casi cualquier cosa por probar ese pan de nuevo, pan caliente, salivaba solo de pensarlo, y eso le dio ánimos para creer que sería capaz de llegar al fuerte con vida durante el día. Dio media vuelta y cubrió con largas zancadas las millas que había recorrido persiguiendo a la chica y mató una comadreja e hizo una pequeña hoguera y cocinó la comadreja a la española: la despellejó y la ensartó en un palo para asarla sobre las llamas. Fortalecido por el alimento, se veía con ánimo de regresar pese al fracaso de su misión, que era llevar a la chica de vuelta para que recibiera su castigo, viva o muerta, pues habrían atado su cuerpo desnudo y lo habrían colgado de la alta empalizada como advertencia para los demás. Pero entonces, a poca distancia del asentamiento, los hombres powhatan emergieron de repente del bosque circundante. Y conocía a algunos de ellos a raíz de sus propios arrebatos de violencia previos y de incursiones en las que había disfrutado de un sangriento placer extático, riendo mientras mataba. Así que, en cuanto levantó el mosquete, comprendió que ya era hombre muerto.

Y pese a que la chica no estaba en absoluto cerca del soldado cuando él se había imaginado que la estrangulaba hasta el último suspiro, algo

maligno del pensamiento de aquel hombre extendió sus zarcillos a través del espacio hasta alcanzarla, y un escalofrío le recorrió de pronto toda la espalda e hizo que mirara alrededor, histérica, y echara a trotar por la pendiente por la que hasta entonces caminaba.

Pues ¿qué mujer no ha percibido, al caminar en la oscuridad de la noche o a lo largo de un sendero perdido en el campo, las brutales fantasías de un hombre que la acecha desde su escondite? ¿Cuál de ellas no ha sentido el mismo escalofrío recorriéndole la piel y no ha apretado el paso para escapar?

Si bien era cierto que el río había puesto una barrera entre los hombres del fuerte y ella, la chica sabía, por más que tratase de olvidarlo, que eso no la protegía de los hombres que moraban en estas otras tierras, quienes podían estar en cualquier parte, quienes podían estar vigilándola en ese preciso instante. Tembló. El miedo a esos hombres era el miedo a lo desconocido, dado que los había visto muy poco, solo una vez en otoño, cuando los powhatan habían sido amigos de los del asentamiento, aunque a regañadientes. Una chiquilla lista y risueña que según los rumores era hija del rey powhatan había llegado con sus sirvientes para obsequiarles con venado y cestas de maíz; era tan enérgica, tan segura de sí misma, que había retado a los muchachos del fuerte a dar volteretas y se había puesto a dar volteretas con ellos en su radiante desnudez, con el largo mechón trenzado en la parte posterior de la cabeza, por lo demás rapada, dando coletazos sin parar. El pastor, el marido de la señora, la estuvo observando desde la puerta de la iglesia, y al notar que la mirada sarcástica de su esposa lo veía mirar a la chica, se había ruborizado y había siseado: Qué vergüenza que esa criatura lasciva muestre sus partes pudendas ante los ojos de los hombres.

Y la señora, cuya lengua siempre había sido como una daga, dijo: Ay, qué vergüenza que mires las partes pudendas de una niña.

Y el clérigo escupió y se quedó quieto, y tras un largo silencio también se echó a reír, ya que al principio del largo y oscuro invierno

todavía le quedaba una vena de oro dentro.

Había sido por detrás de los hombros de sus señores por donde la chica había observado con admiración a aquella niña tan libre y a los jóvenes y fuertes porteadores que llevaban la comida, todos ellos con un lado de la cabeza afeitado y palos colgando de la cintura y tatuajes en la cara, y uno incluso tenía una serpiente amarilla de mascota y un pendiente ensartado en la oreja. Y aunque la chica, desde dentro de la iglesia, había sentido una inmensa curiosidad y había querido acercarse a hurtadillas a aquellos jóvenes, no tuvo tiempo, porque se marcharon casi tan pronto como habían llegado. Así que se quedó sin saber nada de ellos, salvo lo poco que le habían contado.

En cuanto la relación con el pueblo de los powhatan empezó a agriarse, se propagaron los rumores sobre sus oscuras artes, y el temor cundió en el corazón de los colonos al saberse entre enemigos que eran muy superiores a los ingleses en número, unos enemigos que, además, comprendían la tierra mucho mejor y tenían costumbres envueltas en sombra. Eran desconocidos y, por lo tanto, extraños. Esos rumores se desbordaban por los alrededores y regresaban a los oídos de la chica en oleadas de terror, de modo que las historias que oía por casualidad o le contaban por la mañana siempre volvían a ella por la noche para ser relatadas de un modo infinitamente peor.

Porque una de ellas, reflexionó mientras caminaba tan rápido que casi parecía que corriese, era la historia de aquel soldado al que le arrancaron la cabeza del cuerpo para luego meterle pan en la boca, como para burlarse de la desgarradora hambruna que todos los colonos sufrían.

Porque otras eran las numerosas historias de los hombres que tenían que volver arrastrándose al fuerte después de los ataques o de salir a hacer trueques, con las manos apretadas sobre la coronilla para evitar que la sangre manara a borbotones, pues les habían arrancado el pelo y la piel hasta dejar a la vista el hueso del cráneo.

Y porque aún otra, la peor, era una historia que se remontaba a la primera oleada de colonos, cuando los caballeros que habían llegado a esas tierras se habían negado a mancharse las manos con el

imprescindible trabajo duro y los soldados tenían sed de tesoros y no hacían otra cosa que buscar oro, algo que no encontraron. En esa época sin dios, había existido un soldado que se había topado con una de las chicas powhatan en el bosque, y enloquecido por las ansias de la compañía de una mujer, había tirado al suelo a la chica y se había apoderado de su cuerpo mientras ella chillaba y lloraba, y tras abusar de ella, la dejó allí tirada, sangrando entre la tierra y el polvo. Transcurrió algún tiempo, y entonces, un día en que ese mismo hombre estaba en la bahía recogiendo ostras, levantó la mirada y descubrió que sus compañeros no estaban cerca, que habían desaparecido como si alguien les hubiera dicho que huyeran, e incluso los pájaros en los árboles guardaban silencio y esperaban. Entonces, como si salieran por arte de magia de la niebla que flotaba sobre las aguas, varias mujeres empezaron a tomar forma a su alrededor y se fueron acercando hasta acorralarlo en silencio. Antes de que pudiera gritar, le pusieron una tira de cuero en la boca para que estuviera callado y no chillara, luego lo arrastraron lejos por la cabellera, y esa misma noche, cuatro mujeres lo ataron desnudo como un recién nacido a los árboles gemelos que se veían desde las puertas del fuerte, con las piernas y los brazos bien abiertos y el cuerpo tan estirado que casi le chasqueaban las articulaciones. Después encendieron una hoguera delante de él, de modo que su piel pálida relucía contra la oscuridad que había a su espalda, y soltaron la mordaza para que sus alaridos se oyeran incluso en el corazón del fuerte. Entonces, de repente, más mujeres surgieron del bosque con afiladas conchas de ostra en las manos. Con esas conchas a modo de cuchillo, las mujeres fueron despellejando lentamente al hombre, y lo primero que le arrancaron fueron los párpados para que no tuviera más remedio que ver lo que le estaban haciendo. Después, le desollaron los brazos, las piernas y la barriga, y fueron tirando la piel al fuego ante sus ojos en carne viva. Luego le arrancaron la lengua de la boca para que, aunque no pudiera pronunciar palabra ni rezar a su dios, todavía fuese capaz de gritar a través de esa boca anegada en sangre. Luego le quitaron sus partes pudendas. Primero los testículos, después el miembro viril. En ese

momento, por fin, perdió el conocimiento por completo, y ellas esperaron a que se despertara de nuevo, cantando y riéndose, antes de hacerle contemplar cómo arrojaban sus inútiles partes masculinas al fuego devorador que no paraba de crepitar. Solo entonces tuvieron piedad de él y le rebanaron el pescuezo y dejaron que su sangre caliente cayera formando vapor sobre el suelo helado.

Esa historia se contaba entre murmullos como prueba de la impiedad y el ateísmo que reinaba entre esas gentes, pero los pensamientos de la chica ya habían quedado atrapados por una atrocidad anterior, la cometida contra la muchacha de las gentes del lugar a la que habían tirado al suelo y violado; era como si ella misma pudiera sentir la tierra en la boca, la presión del pesado cuerpo del hombre sobre sus huesos, porque esa brutalidad de los cuerpos de los hombres… ella, sí, ella misma, también la conocía.

Y a la vez, mientras los hombres del fuerte susurraban y contaban esas historias de miedo, había una parte de la chica que se resistía, que cantaba un bajo contrapunto, para recordarle el puente que cruzaba el río en la ciudad que la vio nacer y el modo en que los enemigos de la difunta reina habían acabado con la cabeza clavada en picas a la vista de todos, las barbas ondeando al viento y la boca abierta incluso muertos, como si gritaran en silencio. Y mientras tanto, bajo ese alarde de violencia, las carretas cargadas de verduras, con sus nabos y sus coles, avanzaban sin inmutarse, y los campesinos pensaban en la cerveza y el pan que les esperaba y ni se fijaban en esos horribles símbolos de muerte.

Porque, en efecto, la impiedad, el ateísmo y el asesinato, como bien sabía la chica, no estaban en absoluto limitados a los habitantes de ese nuevo país.

Ocurrió también, cuando algunas mujeres y niños del fuerte desaparecieron durante la larga y abyecta hambruna, que los hombres del consejo dijeron enfurecidos que los hombres del lugar se habían deslizado en el fuerte, sigilosos e invisibles como el viento, y los habían secuestrado. Pero la chica siempre se preguntó si de verdad había sido así, si no podía ser que las mujeres más inteligentes, al ver el peligro en

ambos bandos y sopesarlo, hubieran agarrado a sus hijos y se hubieran fugado para unirse a la vida de los otros, incluso aunque eso implicase que las emplearan como esclavas. Porque era cierto que las madres, habiendo perdido ya su libertad cuando parieron a esos hijos, habiendo quedado atadas a la tierra a través de ese nuevo cuerpito tierno y suave que ahora debían proteger para siempre, eran las únicas que comprendían el delicado equilibrio entre el precio de la libertad y el precio de la vida de sus retoños.

Hubo un tiempo, durante los mayores sufrimientos por la renuncia de la pequeña Bess, en que la propia chica estuvo a punto de hacer lo mismo, agarrar a su querida niña, cargársela a la espalda y huir con ella lejos del fuerte para tratar de salvar su frágil vida.

Y sin embargo, existía una vergüenza tan honda que no podía admitirse a plena luz, pero que casi todo el mundo sabía y susurraba: que algunos de los hombres de la otra gente, aquellos que conocían el terreno y vigilaban el fuerte y sitiaban a los ingleses desde el territorio de los powhatan, habían nacido en realidad con nombres como John y Peter y Richard, habían conocido las campanas de la iglesia y el estrépito de los caballos y las carretas por el empedrado. Que esos hombres habían sido ingleses que se habían fugado del fuerte cuando los colonos empezaron a morir, que habían dado la espalda a la luz de dios y entregado sus almas al diablo en un desesperado trato por mantener sus cuerpos con vida. Se decía que esos ingleses apóstatas conocían perfectamente las debilidades de sus semejantes y el ridículo alcance de sus provisiones, y que habían ofrecido ese conocimiento a cambio de su vida.

5

Cuando salieron las estrellas, su luz cayó sobre la tierra casi con la misma fuerza que la del sol un día nublado, y la chica anduvo hacia el norte por el camino salpicado de luz y sombra.

Al cabo de un rato se preguntó qué pies habrían creado aquel sendero, e imaginó a los hombres de ese país en su tranquilo y constante avance por el bosque. Eso la asustó, y a toda prisa sustituyó en su mente a esos hombres por las pezuñas de los ciervos, de una cierva y su tembloroso cervatillo recién nacido. De ese modo consiguió tranquilizarse.

Esa noche se sentía exultante en sus articulaciones, exultante en sus huesos, y bajo la piel, su sangre bombeaba fuerte dentro de ella. Tenía unas botas recias y secas que la transportaban, y dentro de la gruesa capa con capucha, su cuerpo estaba caliente. Las criaturas nocturnas susurraban en los árboles sin importarles que ella pasara por debajo. La embargó una felicidad fruto de la fuerza de su cuerpo y su soledad, y se alegró de estar donde estaba en esa noche luminosa y clara como el cristal.

Más adelante, mientras caminaba con sigilo, llegó a la orilla de un arroyo donde el hielo se había retirado para dejar al descubierto la piedra desnuda, y allí encontró dos imponentes cornamentas entrelazadas que desprendían un brillo blanco a la luz de las estrellas.

Inscrita con nitidez en esos cuernos entrelazados estaba la historia de la lucha muda y furiosa que había tenido lugar, la de dos ciervos que se habían atacado mutuamente y habían chocado con tal estruendo y se

habían enredado de tal manera que incluso cuando habían perdido las fuerzas y renunciado a su ira no habían podido separarse. Después, cada uno de ellos había caído de rodillas, unido a su enemigo, y había exhalado el último aliento en compañía del ser que odiaba.

Los cuernos eran enormes, blanquecinos y llenos de sombras que destacaban sobre la piedra gris, tan inmensos que la chica detuvo en seco su apresurada caminata para contemplarlos. Su respiración se apaciguó, y el cuerpo, sorprendido por el abrupto movimiento, vibró. Ninguna escultura, ningún cuadro, ningún tapiz hecho por las manos del hombre le había causado hasta entonces semejante torrente de emoción. Observó los cuernos hasta que sintió que se le habían grabado a fuego, para poder imaginárselos más tarde en el interior de sus párpados cuando quisiera invocar un arrebato de melancolía. Pero pronto su cuerpo se enfrió tanto que la chica se sintió incómoda, y para entrar de nuevo en calor, retomó el camino.

Conforme acababa la noche, se elevó desde la tierra una pálida neblina que primero le envolvió los tobillos luego las rodillas luego la cintura luego el pecho luego la totalidad de su persona, y al momento cubrió la luz de las estrellas y el nuevo día que nacía por el horizonte oriental. La neblina llegó acompañada de un malvado frío húmedo que se deslizó por su piel y la hizo jadear. Los temblores se volvieron más pronunciados, y gritó tanto que a ella misma le pareció un escándalo. Si a sus oídos les parecía un escándalo, sabía que también lo sería para cualquier oído animal o humano que hubiera cerca.

El camino se había oscurecido en la repugnante cortina de niebla y sus botas tropezaban con las raíces y las piedras, no veía nada. Las ramas de los árboles y los troncos que aparecían de golpe y no se advertían hasta que estaba a punto de darse en la cara con ellos. Si continuaba así, acabaría cayéndose por un precipicio, o descubriendo al levantar la mirada que estaba en medio de una aldea de las gentes de ese lugar, que quizá no le desearan ningún bien, que quizá la llevaran de vuelta al fuerte para cambiarla por algo y, con eso, la destinaran a

una muerte segura.

Así pues, se detuvo, y con las manos enguantadas y extendidas fue palpando el aire por el camino entre los árboles. Y cuando encontró un terreno plano y sin nieve, se arrodilló y trató de encender una hoguera con cualquier materia seca que llegara a sus manos. Pero en la húmeda exhalación de la tierra derretida, todo lo que tocaba estaba húmedo también, toda la corteza y las ramas y hojas y musgo que encontraba, y no halló palos muertos en los árboles que pudiera arrancar para prenderles fuego. Las chispas que conseguía hacer saltar del pedernal flotaban en el aire hasta que la humedad las ahogaba.

Fracasó y fracasó y fracasó aún más, y al cabo de poco, con el cuerpo entumecido por haber dejado de moverse, el frío se coló todavía más dentro de ella, y la chica jadeó de nuevo, porque era terrible.

Por fin, anduvo a gatas por el suelo y descubrió una roca plana puesta contra un árbol, o un árbol que crecía dentro de una roca, costaba discernir cuál de las dos cosas era, y extrajo las dos mantas del saco y con una montó una tienda lo mejor que pudo, con ayuda de dos ramas en horquilla que había cortado del árbol que tenía encima. Con la otra manta se abrigó, apretándola con fuerza sobre el cuerpo, pero el frío se arrastró como un gusano dentro de la manta, y la roca que tenía debajo también irradió su frío hacia arriba para metérsele en los huesos. Qué desdicha. Y aunque estaba infinitamente agotada, el sueño se le resistía.

Esa era una lección, se dijo, que había aprendido mientras soportaba el dolor, que debía recoger las plantas y ramas secas que fuera encontrando durante el día y almacenarlas en el saco para cuando estuviera demasiado exhausta para continuar. Porque no podría encontrar comodidad alguna en esos bosques inhóspitos sin el calor de un fuego; y sin fuego, su cuerpo estaba expuesto a las bestias más peligrosas, que podían olfatearla y acercarse a ella.

Entró en un duermevela salpicado de sueños. Al poco tuvo la impresión de que el suelo que tenía debajo no era sólido, no era tierra firme y

segura, sino movediza y cambiante, como si durante el sueño la hubieran llevado de vuelta al barco, que incluso en aguas tranquilas se movía y bamboleaba y generaba una estabilidad imperfecta, voluble como las olas y las corrientes que había debajo.

Desde el principio, cuando todavía estaban amarrados al muelle en la ciudad, le había encantado ese balanceo del agua. Y más tarde, cuando surcaron las olas más bravas, ella fue una de las pocas personas a bordo a las que no se les revolvió el estómago. Cuidaba de los demás mientras se mareaban y vomitaban y jadeaban y gemían en su agonía, mientras sus cuerpos adelgazaban, incapaces de ingerir comida. De todas formas, aunque hubieran sido capaces de hacerlo, la comida era imposible, casi reducida a un engrudo medio cocido de guisantes llenos de gusanos.

Acaso tengas algo de sal en la sangre, mi querida Lamentaciones, murmuraba la señora mientras la chica le colocaba la mano en la frente caliente para aliviarla. Acaso hayamos resuelto uno de los misterios de tu parentesco. Y se reía, no sin aprecio. Pues era cierto que la chica había salido del hospicio de la parroquia para entrar en el hogar de la señora cuando tenía cuatro años más o menos; la habían descubierto de recién nacida, completamente sola un amanecer aciago, todavía con los fluidos del parto y desnuda entre la inmundicia de una sucia calleja, casi muerta de frío.

La señora se había quedado apabullada: qué madre podía estar tan perdida para dar a luz en un lugar tan repugnante, qué madre podía estar tan desesperada para abandonar a su retoño allí para que muriera. Únicamente, decía la señora con fingida tristeza, una furcia. Y como era una mujer fantasiosa e imaginativa, resumía en unas cuantas frases la vida de semejante criatura: sola y sin dios, llegada en barco de algún lugar remoto, sin conocer a nadie, tal vez sin hablar una palabra de inglés salvo las expresiones más viles, escabulléndose del cuchitril en el que la habrían tenido metida en el rincón más oscuro y húmedo de la ciudad para acuclillarse en la calle y traer a su hija a este mundo entre lágrimas. Y la señora estaba dotada de una lengua tan hábil que a la chica le parecía que todo eso tenía que ser verdad y que sus palabras daban cuenta sin duda de uno de sus progenitores.

En cuanto al otro, el padre, a la chica le gustaba esa nueva idea de que habría sido marinero, porque eso podría explicar su piel mucho más oscura que la piel de los sajones o los celtas o los normandos y su pelo oscuro y sus ojos oscuros. Incluso a bordo del *Blessing*, el barco que los llevó al nuevo mundo, había habido marineros que habían nacido portugueses o morunos e incluso un hombrecillo curtido por el sol cuya cara no era muy distinta de la que la chica veía cuando se miraba en el espejo de su señora. Pero a diferencia del rostro de aquel hombre, el de ella era, como le decían las otras sirvientas y los amigos artistas de la señora, delicado y precioso y con las mejillas de un suave sonrosado. Tenía motivos para sentirse vanidosa por la impresión que causaba ese rostro y por el cuerpo fuerte y danzarín que poseía.

Allá en el barco, mientras a su alrededor todo el mundo tenía sueños agitados, la chica disfrutó de largos días de paz por primera vez en su vida. Ahora ella, acostumbrada al ajetreo y el trabajo constante, solo debía cuidar de los suyos, y tenía tiempo de escaparse volando a las cubiertas superiores para tomar el aire fresco, pues abajo estaba tan viciado, acre y húmedo como en las peores mazmorras del infierno. Cuando el viento lo permitía, se quedaba arriba procurando no molestar a los marineros atareados y contemplaba la inmensidad azul y sentía una profunda emoción surgiendo dentro de ella. Por la noche, le encantaba contemplar el alargado reflejo de la luna sobre el agua ondulada y las extrañas criaturas que veía o imaginaba que salían a la superficie para mirar el barco en su travesía. Le encantaba el sabor del viento, tan salado, y dejaba la boca abierta para que entrara en ella.

Y una noche, en la quietud de la cubierta, estaba arropada con una manta para protegerse del viento fuerte, ensimismada, cuando se percató de la presencia de un hombre que se había acercado a ella en silencio y ahora estaba sentado a poca distancia. Lo miró de soslayo, y él le devolvió la mirada ocultando la boca, porque tenía los dientes estropeados, aunque era guapo, tímido y de mejillas grandes y con arrugas en la comisura de los párpados. Era un holandés corpulento y

silencioso, apenas sabía inglés, y tenía pocos años más que ella, todavía un muchacho pero fuerte dentro de su cuerpo varonil. Se había formado como soplador de vidrio, le dijo a la chica haciendo gestos con las manos, y le mostró la marca de una cicatriz que le corría desde la muñeca hasta el codo, provocada por el cristal ardiendo, o eso imaginó ella. La chica le tocó la cicatriz, y bajo sus dedos la notó suave en el centro y abultada por los bordes. Luego acercó despacio la boca a la cicatriz y la lamió. Él le puso las manazas en las mejillas, y después una mano le recorrió el cuerpo por encima de la ropa hasta que se detuvo en el hueco entre sus piernas, donde la chica sintió un sobresalto, un arrebato placentero. Y entonces se acercó más a él y su olor la excitó, y pronto se encontró aplastada contra la pared, con las nalgas en las manos de él, las faldas levantadas y el chico dentro de ellas. La muchacha se rio sorprendida, porque con él, con sus fuertes hombros bajo los brazos, había encontrado un anhelo, una agitación líquida que la volvía a la vez fuerte y débil, y eso le resultaba tan extraño, tan inesperado, porque hasta esa noche a bordo del barco, ese mismo acto frenético, esa amenaza sobre su cuerpo que se resistía, solo había traído consigo un seco y frágil pánico y la rápida vía de escape de la resignación, luego un escupitajo en la palma y los ojos cerrados de la chica, que sabía que las puertas estaban cerradas, que la familia se había quedado sorda para ella, de modo que, aunque gritara, nadie se destaparía los oídos para ir en su ayuda. Esto no era aquello, ni por asomo. Esto estaba bien. Sintió que se le hinchaba el cuerpo. El chico sonrió pegado a la mejilla de ella, que notaba las arrugas de la piel junto a los ojos, encantada. Le mordió el hombro, hizo crujir su piel como una nuez entre los dientes y descubrió que era una carne muy sabrosa.

Él terminó, y aunque había algo forjándose dentro de la muchacha que deseaba que él se quedase un rato más, la situación le pareció bastante próxima a su propia versión de los gemidos y el abandono de él, la chica no llegó a la cima esa noche, ni le importó. Y más adelante, durante los largos días de periplo siempre hacia el oeste con viento fuerte y bancos de delfines que seguían el barco, la chica se apresuraba

a cumplir con sus obligaciones de sirvienta, corría y recogía y limpiaba y cuidaba para poder robar unos instantes y volar hacia el rincón de la cubierta donde se sentaban los jóvenes artesanos holandeses y vislumbrar aunque fuera un destello de su pelo, tan pálido que brillaba como el agua. Y sentía que una luz similar brillaba en ella; le gustaba todavía más cuando podía verlo y él podía mirarla, ruborizado, aunque durante el día no pudieran tocarse.

Estaba ebria, pensó, de los poderes ocultos de su propio cuerpo, que jamás había considerado más que como la herramienta danzarina, cantarina y airosa que había sido. Con esa tierna luz que surgía dentro de su ser, incluso el clérigo, a quien había aprendido a odiar con tanta saña, había empezado a emanar ante sus ojos los cegadores rayos que había irradiado en la ciudad, cuando la chica se sentaba junto a su señora a observar cómo predicaba en la iglesia durante los meses previos a que se desposara con ella. Pues aunque el hombre ocultaba su vanidad y sus ávidos apetitos bajo la plana hermosura de su rostro igual que un yesero perezoso oculta la podredumbre de la pared tras una superficial capa blanca, también había un encanto inconsciente en el pastor que se elevaba para llegar a las mujeres hacia quienes sentía el calor del amor.

Y aunque la chica escuchaba con dos oídos y su oído más sabio seguía odiándolo, dejó que sus rezos y sus sermones la consolaran en el barco y la llenaran, y él, al notar que se estaba ablandando, le sonreía con sus dientes sanos y una cara de belleza sin par. Y como a bordo del barco todo era más hermoso para ella que la vida en la ciudad, incluso su odio se vio aplacado y una nueva y vacilante amabilidad nació entre ambos.

Una noche el soplador de vidrio le puso algo parecido a una pelota en la mano, algo que notó un poco blandito al apretarlo con los dedos, y cuando se lo llevó a la nariz, suspiró, porque olió que le había dado una naranja. La chica había conocido las naranjas y los limones en la ciudad, caprichos poco comunes. Él se rio al verla feliz, le quitó la fruta

de la mano y, con cuidado, la peló con la navaja, luego le puso un gajo en la boca. Sabía igual que la sensación que tenía su cuerpo cuando estaba con él. El joven arrimó la cara y le lamió el jugo de la barbilla. Ella le besó la nariz. Él dijo algo en su idioma. Ella lo entendió sin entender las palabras y dijo: Yo también te aprecio mucho. Se metió una tira de piel de naranja en el corpiño, y cuando se inclinaba durante el día para trabajar, olía la naranja y su cuerpo se encendía y notaba los huesos de las caderas como si fueran líquidos.

Cuando se quedó dormida pegada al calor de la pequeña Bess, quien mientras estaban en el barco todavía hablaba, sonreía, se reía, la chica se puso a soñar con su soplador de vidrio. En el sueño tenían una casa en algún lugar bonito del nuevo mundo y acres de terreno propio que crecían exuberantes alrededor. Estaba pulcra con la pulcritud de todo el trabajo de la chica, e iluminada por velas buenas y una chimenea, y sobre la mesa había comida abundante. Y la cama de ella se calentaba con el cuerpo de él. Por favor, que así sea, pensaba, o aunque solo sea un cuchitril oscuro y deprimente, con un único vestido ajado y sucio y comida escasa, cualquier cosa mientras aquel chico estuviera con ella, él sería cobijo y calor y carne en el estómago.

Pero llegó un día en que el borde del cielo empezó a hervir y las olas se hicieron tan grandes que alcanzaron el tamaño de una colina considerable. El barco se tambaleaba, borracho, de lado a lado. En medio del fuerte vendaval, la lluvia caía con tal caudal que parecía un río precipitándose en cascada desde las nubes, el aire estaba tan cargado de agua que el cuerpo no podía respirar sin introducirla en los pulmones.

Entonces las colinas de olas se transformaron en montañas. La cubierta del barco quedó abandonada a los elementos. En la bodega, donde languidecían las personas y las bestias, se apagaron los candiles; así empezaron los días de oscuridad, los días de auténtica desdicha.

Las olas rompían contra el casco y el viento aullaba, y el ruido de fuera se veía igualado por las oraciones y los gritos de dentro.

Cuando el barco se alzaba por la pendiente de cada inmensidad de agua, aquellos que no estaban todavía demasiado débiles o muertos se aferraban a las redes de la borda y aguantaban. Entonces llegaba la terrible pausa en la cresta, lo bastante larga para rememorar todos los pecados y horrores y decepciones que el alma había absorbido en el trecho de vida vivido hasta entonces. Ahí, en la pausa, la certeza de lo que iba a suceder los hacía llorar y gemir en voz alta, aterrorizados. Luego, con una sacudida mareante, el barco se precipitaba y caía caía caía caía caía caía caía, y los alaridos subían antes de que los pulmones se quedasen sin una pizca de aire y entraran en un silencio sin voz, todos los objetos insensatamente abandonados sin sujeción al principio de la tempestad salían volando, los cubos en los que habían recogido el vómito, los orinales igual o peor, y cucharas y libros mojados que aleteaban tan rápido como murciélagos y pequeños baúles y un recién nacido arrancado mientras mamaba de los brazos de su madre, ahora tieso y frío, y los cuerpos más grandes de los muertos que no habían atado con cuerdas. Y como la oscuridad era casi total en la bodega cuando esas cosas sueltas golpeaban al caer los cuerpos de los vivos, era como si un látigo cayera sobre ellos o un puñetazo los despertara de su sueño plácido, y sollozaban en medio de sus tormentos como si volvieran a ser niños piadosos. Entonces el barco se zambullía con violencia en el fondo de esa vaguada y los tablones crujían como si estuvieran a punto de romperse, y el agua sucia caía en cascada sobre ellos. Todos los corazones rezaban por que ese fuera el momento de la arremetida, por que el mar al fin los anegara y arrancara todas las almas de esa inmensa agonía y las depositara en la negrura más allá de la muerte, pues no creían que pudieran sobrevivir a un nuevo ascenso por la cadena montañosa de las olas y otra temible caída. Pero sí lo hicieron.

O mejor dicho, casi todos lo hicieron. Y los vivos sufrieron durante tres días infernales sin descanso. Desde el instante en que las olas se convertían en colinas, la chica se había atado con cuerdas alrededor del cuerpo de la pequeña Bess, que estaba demasiado débil para agarrarse a las redes y tampoco habría tenido la voluntad de hacerlo. Con la fuerza

de su propio cuerpo evitó que la pequeña Bess fuera dando bandazos de una punta a otra de la bodega y se rompiera la nuca. Y aunque sentía todo el cuerpo roto cuando las olas se calmaron por fin, ambas seguían vivas. El pelo de la pequeña Bess metido en la boca, que sabía a lavanda y a leche, la sensación del tembloroso cuerpecillo caliente de la niña contra el suyo, era la única verdad sólida en aquella oscilante oscuridad, y tal vez fuera incluso la única cosa que mantenía a la propia chica entre los vivos. En el punto más crítico de la tortura rezó por su soplador de vidrio y lo echó de menos; pero él, lejos de la chica en la urgencia del tormento, había quedado en la distancia, como un recuerdo de otra vida.

Y al final del tercer día de semejante infierno, el mundo se apaciguó. Las olas volvieron a ser grandes laderas que el barco subía y bajaba con vigor, y luego pequeños montículos que rozaban el casco sin sacudirlo apenas. La chica estaba tan dolorida y exhausta que, cuando se desató, sintió que agonizaba. La pequeña Bess gimoteaba, lágrimas gruesas le rodaban por las mejillas, y babeó con la mano puesta en la boca para consolarse sola.

Los supervivientes se arrastraron como pudieron hasta la luz del sol en la cubierta, magullados, con la piel amoratada y ennegrecida, muchos con huesos rotos, todos sumidos en el dolor. Ni un alma había salido indemne de la tempestad, y todos intentaron llegar a un acuerdo con dios desde el fondo de sus corazones y prometieron renunciar al orgullo y la vanidad y la avaricia si lograban sobrevivir a tamaño terror. Pero las promesas tan grabadas en sus carnes se desvanecerían en cuanto se disipara la tormenta, igual que los moratones sanarían y los huesos volverían a soldarse, y luego continuarían siendo los pecadores que siempre habían sido.

Tras llevar a la pequeña Bess al aire libre y regresar a sus funciones de sirvienta para atender primero a la señora y luego al señor y ayudarlos a subir a cubierta, la chica se alzó de puntillas y caminó entre los cuerpos que gemían en busca de su soplador de vidrio. Pero no lo encontró. Al final logró acercarse al grupito de muchachos con los que solía estar, unos chicos holandeses pálidos y agotados que tenían

cuerpo de hombre pero aún la mente de un chiquillo, y con las pocas palabras que había aprendido de su propio chico holandés, y por medio de gestos, les preguntó dónde estaba. Y ellos levantaron la mirada, tristes y sofocados, algunos con lágrimas brillantes en los ojos, y le contaron lo mejor que pudieron que su amigo había subido a la cubierta al principio del temporal, cuando las olas no eran tan altas, que había ido a buscar a la chica, y que nadie lo había visto desde entonces.

Así se enteró de que su amado había sido barrido de la faz del barco. Y luego había luchado frenéticamente en las negras aguas revueltas, solo, arrastrado a la deriva por el remolino de las olas, hasta que una se lo había tragado, lo había apresado dentro de sí y el muchacho había respirado la oscuridad y se había ahogado. El hermoso cuerpo que tanto la deleitaba, el hermoso sueño de una casa, campos e hijos, se había ido con él al fondo mismo del mar, comida para los tiburones y los peces.

A partir de entonces, la chica se quedó callada y sin apenas moverse. Dejó de cantar. Se pasaba los días entre las otras sirvientas, frotando y limpiando y lavando todo lo que se había ensuciado durante la tempestad, que era como decir todo. Solo dejaban de frotar para ayudar a coser los sudarios de quienes habían muerto. Después se colocaban en un apenado círculo alrededor de los cadáveres y escuchaban al pastor, el marido de la señora, mientras ofrecía un breve panegírico; a continuación, los marineros tiraban los cuerpos a los tiburones que rondaban el barco. Habían muerto nobles y habían muerto siervos; la muerte no entendía de rangos sino que llegaba para todos. Hay que decir que el clérigo lloraba de verdad por esas almas que habían partido. Aunque la chica había aprendido a odiarlo de corazón, durante ese periodo de duelo en el barco lloró junto a él, pues sentía que su dolor se atenuaba con el dolor de él y con el de los otros dolientes.

Entonces corrió el rumor de que, al final de la tormenta —cuando aquellos hombres que podían arrastrarse y caminar, incluso el gobernador y los hermanos más jóvenes de los condes y el médico y el capitán, los caballeros que en otras circunstancias no habrían trabajado, todos ellos habían colaborado para achicar el agua que se colaba por el casco del navío—, alguien había mirado hacia lo alto del mástil y había visto una bolita de luz que saltaba alegremente a su alrededor. Y se murmuraba que la luz era el fantasma de un alma cuyo cuerpo había perecido de terror durante la tempestad. Todos los que habían perdido a alguien, las madres de los bebés muertos y los amigos de los ahogados y los desnucados, creían que esa alma era su ser querido, que regresaba para ofrecer consuelo a quienes había dejado atrás.

Durante un tiempo, la chica se preguntó si sería posible que esa pequeña bola de luz fuera el soplador de vidrio. Pero recordó su gentileza y su modestia y pensó que no podía ser, porque una bola de luz era algo presumido y aparatoso, desde luego. Cuando el alma de su amor dejó su cuerpo, ascendió directamente a través de la tormenta y fue a descansar a la derecha de dios, estaba segura.

Aunque los cadáveres dieron mucho trabajo, al igual que la limpieza a fondo del insoportable hedor, la peor pérdida que experimentaron fue cuando los supervivientes lograron arrastrarse, casi destrozados, hasta la cubierta y miraron en todas direcciones para descubrir que los otros barcos habían desaparecido. No había peor soledad que no ver signo alguno de civilización en esos yermos acuosos. Creyeron que las otras naves habían caído presa de monstruos marinos, pues solo el *Blessing* seguía bajo la luz del sol. E incluso aquellos que se habían aferrado con uñas y dientes a la vida durante los tres días del temporal se desesperaron y anhelaron la muerte.

Así pues, se llenaron de regocijo cuando, la tarde del primer día de aquella terrorífica soledad, a lo lejos apareció el *Falcon*, luego el *Lion*, después el *Unitie*. Todos habían sufrido pérdidas. En su triste flotilla, se

tambaleaban enfermos sobre el último trecho de océano.

Por fin aparecieron en las aguas los desechos de la tierra: marañas de algas enredadas con palos y hojas, y las aves marinas empezaron a sobrevolar los barcos como si fuesen las palomas más grandes del mundo. Y entonces vieron la tierra misma, una oscuridad garabateada contra el horizonte que se volvía más verde conforme se acercaban, que parecía un verdadero paraíso, rico y frondoso. Se postraron de rodillas y dieron gracias con fervor. Más cerca de tierra, vieron aves moradas, rosadas y verdes revoloteando, y los árboles eran inmensos, rectos y fuertes y altos, y de ellos colgaban plantas trepadoras. Todavía más cerca, las aves marinas chillaron con tal familiaridad que les recordaron a las gaviotas del muelle de la ciudad donde habían dejado su hogar.

Con dificultad, los cuatro barcos supervivientes entraron en la bahía a trompicones, y con las pocas fuerzas que les quedaban los tripulantes se encontraron por fin donde tenían previsto llegar, en el asentamiento que había siguiendo el cauce del río James, bautizado en honor de su rey.

Pero allí el humo pendía denso y pestilente sobre el fuerte, y los hombres que salieron a recibirlos boquiabiertos eran esqueletos pálidos en la orilla del río. Había más humo saliendo de las bocas hambrientas de esos hombres, fumaban tabaco para atenuar los pinchazos de su inanición, pues la hambruna ya empezaba a enraizar.

Desde la cubierta, al lado de su señora, la chica observaba la debilidad y la enfermedad de aquellos hombres, sus caras, que mostraban la evidente desesperación al ver que los barcos no les proporcionarían un verdadero consuelo, sino solo más bocas hambrientas que alimentar.

La señora, que había envejecido considerablemente a bordo, o cuando menos había renunciado a sus artificios dejando que aflorara su verdadera edad, dijo, horrorizada y con los labios lívidos: Nos hemos equivocado al venir aquí.

A lo largo de días y semanas llegaron al río algunos otros barcos de la

flota que habían dado por perdida para siempre: el *Diamond*, el *Swallow*, y mucho más tarde el *Virginia*. Y aunque era una bendición que se hubiera perdido menos de lo que todos temían, continuaba siendo una lástima, decían de forma unánime, que los dos barcos que transportaban la mayor parte de los víveres y a la mayoría de los líderes hubieran quedado reducidos a astillas en el naufragio y estuvieran en el fondo del mar.

Incluso ahora, entre el tupido manto de niebla que hacía estremecer a la chica; incluso mientras la tierra parecía respirar como si ella fuera una pulga y el terreno el pecho de un gigante, incluso con la envergadura de todo lo que había perdido, que era prácticamente todo, pensar en la travesía hacia el nuevo mundo le provocaba un dolor insoportable. Lamentaba de corazón todo lo que habían sufrido juntos los viajeros, pero en especial lloraba su propia pérdida personal, la del soplador de vidrio. Lo que había vivido en su cuerpo hermoso y verdadero, y lo que había supuesto para sus sueños. Todos esos robustos hijos de pelo claro nacidos en el nuevo mundo que habrían engendrado se desvanecieron con él, y los acres de prados que comprarían o les quitarían a las gentes del lugar para ararlos y plantarlos y defenderlos y convertirlos en un reino que les perteneciera, todo eso no lo tocaría jamás con sus propias manos en esta vida. Ella envejeciendo como la orgullosa madre de unos chicos fuertes. Amor para llenar una vida. Todo arrasado.

Entonces ese segundo ser fantasmal que ya nunca llegaría a ser echó a volar y salió de su cuerpo, se elevó en el cielo y se dispersó en la niebla que se la tragaba en el suelo frío, y la chica volvió a quedarse sola en la temblorosa tierra.

6

Supo que había salido el sol porque la niebla había empezado a cambiar. Ahora le permitía ver el perfil de su mano a un palmo de distancia de la cara. Su propio cuerpo se convirtió en una aparición espectral que surgía y desaparecía de su vista.

El calor comenzaba a colarse en el mundo, la neblina baja captaba los rayos del sol y acumulaba el calor dentro.

Alrededor de la chica se acrecentó un golpeteo que la alarmó, pues sonaba como millares de patas de animales merodeando por el bosque, y pensó asustada en una estampida de algo diminuto y veloz, algo parecido a las ratas, sí, una riada de ratas que se abalanzara sobre ella. Luego, cuando una gota de agua resbaló por la rama vertical de la tienda hecha con la manta y le cayó en la frente, comprendió que el día se había caldeado tanto que estaba deshaciendo la nieve que aún seguía en los árboles y los copos de nieve derretidos caían al suelo en forma de lluvia.

La manta de fuera había absorbido la humedad. Tenía sed, así que escurrió las puntas de la manta dentro de la taza de peltre y pescó los insectos que habían caído con una ramita limpia antes de beberse el agua lanosa.

Con tanta humedad, esa mañana no podría descansar, lo sabía. Y pese a que la noche había intensificado aún más su ya larga fatiga, se puso en pie, tambaleándose un poco y gruñendo de dolor. Metió las cosas en el saco y, cuando estaba a punto de ponerse a buscar a tientas el camino entre los árboles, notó un alboroto cerca. Allí, delante de ella, dando

vueltas alrededor de un tronco, vio a una ardilla furiosa que chillaba y hacía rechinar los dientes y la amenazaba con la mullida cola en alto. La chica palpó el árbol hasta que vio, justo por encima de su cabeza, el agujero negro de un nido. Metió la mano y sacó cinco rosadas crías de ardilla que se retorcían, a las que mató una por una pasándolas por el cuchillo, y luego ensartó sus cuerpecitos en un palo. Regresó al nido para extraer la materia suave con la que la ardilla lo había forrado y se metió esa capa blanda dentro de las botas para que la aislara del frío, y luego guardó en el saco lo que sobraba para cuando tuviera que hacer fuego. Regresó una vez más junto al nido y halló una provisión de frutos secos, y para su alegría, descubrió que eran avellanas buenas y dulces. Gracias, ardilla, le dijo a la cosa furiosa que ahora se le encaraba, chillando y tal vez llorando la muerte de sus retoños. Pensó que el animal tenía ganas de saltarle al cuello y matarla a mordiscos; su ira estaba justificada, pero no tenía el coraje necesario para acercarse.

Entonces, todavía a la vista de la madre ardilla, con la sensación de una profunda indecencia, pero, tal como pensó avergonzada, tenía tanta hambre…, sacó otro puñado de pelusa del nido, reunió unas tiras secas de corteza e hizo fuego, y en él asó a las crías de la ardilla, que eran tan tiernas que sus huesos se deshacían al masticarlos. Y como todavía quedaban unas ascuas, metió la mano hasta el fondo del saco y extrajo la cola de pescado, porque había empezado a oler mal, y la coció sobre las brasas. En cuclillas, se terminó el pescado y se sintió muchísimo mejor. Había colocado la taza debajo de un goteo persistente que caía de una rama, y para cuando terminó de comer había recogido suficiente nieve derretida para aplacar la sed.

La niebla se había disuelto un poco y las siluetas de los árboles emergían del linde cercano del bosque, y más adelante incluso pudo distinguir los árboles más alejados, aunque con líneas algo difusas. El aire estaba lleno de relucientes gotas. Cuando una le cayó encima de la cabeza sin previo aviso, fue tan repentina y tan fría que sintió un arrebato de indignación, como si alguien le hubiera tirado un huevo.

Anduvo tan rápido como pudo sobre la tierra todavía dura, antes de que el barro se espesara. Con el deshielo, su avance se volvería resbaladizo y lento, y el cuerpo se le enfriaría dentro de la ropa mojada, y eso, si no encontraba fuego pronto, significaría la muerte por congelación.

Para entretenerse mientras caminaba, se puso a imaginar qué forma podría tener su salvador, porque la habían criado para esperar un salvador, le habían dicho desde el instante de su nacimiento que un salvador llegaría para librarla de los peligros. Debía esperar con humildad y paciencia su llegada. Eso también estaba bien grabado en ella.

Tras pensarlo un rato, y quizá porque todavía albergaba en el corazón la pérdida de su holandés, se convenció de que la rescataría un extranjero, un francés. Porque, razonó, aunque había ido a pie todas esas noches, ya había cubierto tanta distancia hacia el norte como la mayoría de los hombres del fuerte que habían salido en barco para sus exploraciones, quienes se reunían con los powhatan y los pamunkey y les ofrecían objetos de metal y sábanas y azúcar a cambio de mazorcas de maíz y pescado seco. Cuando los exploradores regresaban, los famélicos ingleses los trataban con gratitud y cortesía, como a embajadores, y los escuchaban con ojos crédulos mientras contaban historias de esos encuentros. Así pues, no habría más gente de su país tan al norte del territorio a lo largo de muchas leguas, no hasta que merodearan por las gélidas aguas del bacalao en el extremo septentrional, y no alcanzaba a imaginar cómo podría lograr que la encontraran en aquella intrincada costa. Su presencia sería sin duda demasiado insignificante en la orilla para hacerles desviar la atención del punto en el que pescaban, e incluso si dedicaba semanas a construir una hoguera lo bastante grande para que alguien la divisara, seguro que atraía antes a los nativos que a los ingleses. Y no creía que le fuese posible sobrevivir si la salvaban los habitantes de ese lugar, porque con toda seguridad se moriría si tenía que mezclarse con esa gente que se

burlaba de su dios y lo despreciaba.

No, pensó en los franceses porque sentía una gran predilección por ellos, porque había franceses entre los lores y artistas y escritores que iban a beber cerveza ligera en casa de su señora y a comerse sus tartas. Todos sus queridos franceses llevaban tal cantidad de perfume encima que la chica casi se mareaba; era como si sintiera el suave ataque de las flores. El mejor era un hombre con una enorme nariz roja como una rosa y gota en los pies, una dolencia que le obligaba a caminar a pasos muy cortos, gruñendo como un ganso pero con júbilo en los ojos. Le había gustado la chica y la llamaba su apetitoso bocadito con su extraño acento, y tiraba de ella para sentarla en su regazo, y cuando la señora estaba ocupada con otras cosas, le metía la mano por debajo del corpiño y siempre le dejaba allí algo dulce, pieles de limón confitada o jengibre y dátiles azucarados. Semana tras semana asistía a las veladas de su señora, y cada una de esas semanas le enseñaba a la chica una frase en su idioma a cambio de un beso. Semblé fransé, un beso. Tushé mua labá, un beso. Ya que la habían educado desde los cuatro años para ser un monito de repetición que bailaba y cantaba, y, de ese modo, con los besos que apenas le importaban y con los dulces que sí, fue aprendiendo lo suficiente para conversar en francés con cierto esfuerzo.

Entonces recordó la grosería y la necesidad de ese país incivilizado en el que se encontraba inmersa y se rio de sí misma, porque ningún francés tan fino como los que llevaban perfume y bombachos de seda y la cara empolvada y colorete en las mejillas se presentaría en un lugar semejante. No, los únicos que decidirían recalar ahí serían tan brutos como los hombres del asentamiento del que había huido, o campesinos y soldados y cazadores, o los ávidos hijos amorales de la nobleza que matarían para convertirse en amos de más tierra y fortuna que sus hermanos mayores.

Por ese motivo, sospechaba la chica, era por lo que el pastor, el segundo esposo de su señora, había entablado relaciones con la compañía de los barcos. Aunque, como en el fondo era un hipócrita, algo que ella ya sabía muy bien entonces, su sermón de un domingo

pintó una historia muy distinta, una mucho más misericordiosa. Porque ahí se había erguido ante el resplandor invernal que se colaba por las ventanas de la iglesia y había introducido en la mente de los feligreses unas feroces visiones de las pobres almas ignorantes que vivían en la oscuridad de aquel lejano continente, que vivían sin conocer el amor y la piedad del único dios verdadero. Sin embargo, aunque eran habitantes de un continente impío, también ellos habían salido del molde de Adán, y al igual que los ingleses, llevaban en sus cuerpos la imagen y semejanza del gran creador. Y era la obligación, ¡no!, la vocación de todos los ingleses piadosos con valor y fe sincera ir donde más los necesitaban, para elevar hacia la luz a esas almas atrapadas en la oscuridad de la ignorancia.

Hizo una pausa efectista y juntó las manos y dedicó a toda la congregación su mirada más hermosa y más sentida, luego anunció que había reservado un pasaje en el siguiente barco al nuevo mundo. Y los corazones de los feligreses saltaron de júbilo al oír la noticia, y el cepillo de las limosnas pesaba un quintal al final del día; y si algún miembro de la congregación sintió pena al perder a un pastor tan guapo y con la lengua tan dulce como ese, pues no eran solo las mujeres de la iglesia las que soñaban con él por las noches, hizo un donativo todavía más grande por el remordimiento de ese pensamiento egoísta.

Solo la chica había visto cómo la señora, que hasta entonces no conocía esa decisión precipitada por parte de su nuevo esposo, su segundo marido, se había clavado las uñas en las palmas con tanta saña que le habían salido medias lunas de sangre, y la sirvienta había tenido que deslizar su propio pañuelo entre las manos ensangrentadas de su señora y la elegante tela rosada de su falda para evitar que la sangre le manchara el vestido.

Al llegar a casa, la señora ordenó que todas las criadas sacudieran las alfombras en el patio y que la cocinera cantara a pleno pulmón para que los vecinos no oyeran la disputa conyugal en la que se iba a enzarzar. La chica ayudó a su señora con la capa y se quedó apenas el tiempo suficiente para oír sus palabras como puñales: Ese regalo de

dios del que hablas, esposo mío, no será el don de la fe que con tanta generosidad pensabas otorgar a los hombres sin dios del nuevo mundo, sino más bien la riqueza y la tierra con las que dios tendrá a bien bendecirte una vez allí, ¿verdad?

El bello rostro del clérigo se iluminó con una sonrisa que pretendía calmarla cuando dijo, con voz dulce: Admite, esposa mía, que con tu espíritu y belleza y don para la música y buen gusto serías una duquesa mucho más elegante que esa furcia que mi hermano tiene por esposa.

Cierto es, dijo ella, aunque no se dio por vencida, y al cabo de un momento añadió: Pero preferiría ser la esposa de un pastor, incluso la viuda de un pastor, antes que duquesa por un mes en tierras lejanas y estériles, para acabar asesinada con una flecha en la garganta.

A lo que él respondió: Sí, ya lo había imaginado, y he hecho planes para dejarte en inglaterra hasta que cuente con comodidades en el nuevo mundo. Entonces podré mandar a buscarte para recibirte del modo que te corresponde.

Y eso, tal como sabía la chica, sería el auténtico detonante de la discusión, porque la señora era una esposa celosa que veía amenazado su matrimonio por todas partes, y no le faltaba razón, pensaba la chica, y jamás aceptaría que su marido la dejara atrás, por miedo a las mujeres más jóvenes y hermosas que él podría conocer en otra parte. La chica se escabulló escaleras abajo. Y en la cocina, procuró no escucharlos, pero no podía evitar oírlos más que tapándose las orejas con los dedos. Y mientras seguía la conversación notó que el alma se le caía a los pies, porque sabía que el cuerpo del pastor, el nuevo marido de la señora, era un vino muy potente que emborrachaba de lujuria a la señora, y no habría forma de separarla de la bebida que había elegido. El tiempo dio la razón a la chica en esto. Vendieron la casa, guardaron en un almacén el mobiliario familiar, el hijo malo de la señora, Kit, que acababa de dejar la universidad, recibió una casa más barata para él con solo tres sirvientes; y la señora, la pequeña Bess y la chica compraron pasajes para viajar en el mismo barco que el señor. Nadie pensó en preguntarle a la chica si deseaba ir. Hasta ese momento no comprendió que ella tampoco se había planteado la pregunta.

Para librarse del regusto amargo de ese pensamiento, se concentró de nuevo en la idea de su futuro salvador. Echó a andar y le dio forma mentalmente, imaginando el lugar en que viviría, mucho más al norte, sumido en la nieve, algo que no le importaría mientras tuviera un fuego con el que calentarse. Ubicó su cabaña en un lago reluciente entre colinas verdes, y después creó su persona, le dio los ojos grandes e inocentes del soplador de vidrio en sus momentos de buen humor, su propia cara dulce pero tal vez oculta bajo una barba descuidada, la misma altura y los hombros anchos, y manos suaves y cubiertas de heridas sanadas de color rosa por doquier. Sus figuraciones la dejaron sin respiración, y no pudo apartar ya la mirada de los músculos marcados de la espalda del francés, que era también la espalda de su chico holandés.

A continuación, dedicó un rato a visualizar la cabaña, que sería cerrada y oscura para que no entrase el frío, pero limpia, con las esquinas forradas de suaves pieles de visón y castor con las que su trampero y ella fabricarían la cama. Guardarían la carne ahumada en un hueco excavado en la tierra por debajo de los tablones del suelo, y lo único que tendrían que hacer sería abrir la trampilla y meter un cuchillo para cortar una porción generosa de venado o descolgar una trucha. Encima de los estantes imaginó conos de azúcar tan grandes que sería imposible acabárselos en una vida entera, y buenos tés y hierbas, y pimienta y sal, y tarros de mermelada y miel y fruta desecada y nueces y harina. Su amado guardaría allí también tabaco que le dejaría fumar a ella en su propia pipa, quizá incluso en una pipa hecha de arcilla con la cara de un hombre riendo, como la que tenía el amigo de su holandés. Nunca se cansarían el uno del otro, porque él saldría a vigilar sus trampas cuando el clima fuera tolerable, incluso ya entrada la primavera, y ella esperaría en generosa soledad, entre el calor y la limpieza de su hogar, y prepararía un guiso rico para cuando él regresara, y con la música, que cantaría tan alto como pudiera, asustaría a los coyotes y a los lobos que se acercaran a husmear con

intención de escarbar junto a los cimientos para hacerse con la carne almacenada. Algunas noches, sola, oiría a esos mismos lobos aullando en las colinas y no sentiría miedo, pues dentro de la cabaña, y con el trampero avanzando a paso ligero entre la nieve para regresar con ella, estaría a salvo.

Decidió que le gustaría llevar esa vida tranquila con su buen trampero, sola con él, desnuda con él al aire libre, en la cabaña forrada de pieles, por lo menos durante unos cuantos años. Una mujer del fuerte le había enseñado a preparar una planta que se encontraba con facilidad por aquellos parajes y era lo bastante fuerte para evitar que la semilla de un bebé se le plantara en el vientre, así que bebería con frecuencia esa tisana, porque dar a luz sin otra mujer cerca en la desolada espesura salvaje sería un horror inimaginable.

Luego, después de que él hubiera curtido las pieles tan bien que ya no necesitaran más, cogería la barca que habría construido con sus dos fuertes manos y navegaría río arriba hacia el asentamiento francés, donde intercambiaría las pieles por oro. Cruzarían el océano de nuevo, aunque eso ya no le atraía nada; solo de pensar en la travesía de vuelta se le erizaba la piel, pero valdría la pena cuando bajaran del barco en francia y vieran todos esos preciosos vestidos, olieran los perfumes, comieran las exquisiteces de una ciudad civilizada una vez más. Entonces irían, ya bastante ricos, capaces de permitirse un carruaje, a la granja de la familia de él, en algún sitio bonito con vacas. La chica no tenía una idea clara de la geografía de francia, ni de cómo era el campo, ya puestos; era una chica que solo conocía la ciudad y esos páramos desolados. Una vez en la granja, abrazaría a la madre de él y la agasajaría con todo el hermoso idioma que habría aprendido del trampero durante los años de soledad y naturaleza, y vivirían felices en la granja con muchos criados, comprarían todas las tierras colindantes, pues su riqueza del nuevo mundo se traduciría en monedas del antiguo. Y lo único que se le exigiría a ella, como esposa, sería supervisar a los sirvientes y probar la mantequilla que prepararían las lecheras y envejecer y engordar con la rica comida que no cesaría de comer ni un momento; comería hasta no poder más, ya que en ese lugar había

conocido una necesidad tan extrema. Sí, en su vejez se pondría enorme, tan oronda que las tablas del suelo temblarían cuando caminara por encima, y se pasaría el día saboreando el queso y las mermeladas hechas por ella misma; llevaría una vida de trabajo duro, bueno y piadoso, y gozaría del amor de su marido, y moriría a una avanzada edad en una elegante cama de plumas propia, rodeada de parientes que llorarían su pérdida. Ni siquiera le importaría volverse papista, ni rezar a un crucifijo ni creer en los santos. Pues, pese a lo mucho que odiaban a los papistas en su país, ella tenía la silenciosa convicción de que, aunque las formas difirieran, el dios de los papistas continuaba siendo el mismo dios de todos los cristianos. Y las muertes de toda esa gente que había insistido en lo contrario eran tragedias que podrían haberse evitado. Pero claro, los hombres, en especial los hombres devotos, no tienen mucho sentido común.

Transportada a lo largo de tantas millas por sus ensoñaciones sobre el futuro, caminó durante toda la mañana.

Se había sumido tanto en la fantasía que perdió el sentido de la orientación.

A media mañana, bajó la mirada y descubrió la huella de una bota en el barro. Se detuvo.

Una bota significa un pie, pensó.

Un pie embotado significa un hombre cristiano.

Un pie embotado tan al norte, tan lejos de los franceses, significa que uno de los hombres del fuerte la sigue, que la persiguen como a un animal.

Le dio un vuelco el corazón y sintió tal terror que se acuclilló allí mismo y soltó un gemido, y luego se odió por hacer ruido.

Así agachada, con la capucha de la capa cubriéndole la cabeza y las manos enfundadas en los guantes de cuero, tal vez no la distinguieran como una forma humana; tal vez se fundiera con los matojos pardos del bosque.

Pero al mirar más de cerca vio, incluso a través del terror, lo pequeña

que era la huella de la bota en el barro, que era de su tamaño. Y cuando levantó la mirada, vio el mismo prado por el que había pasado unas horas antes, pero que en sus ensoñaciones no había registrado del todo hasta ese momento. Y aquel pino inclinado y raquítico del linde sin duda lo había visto, porque, bañada por la ternura de su vida imaginaria, le había dado al tronco una palmada afectuosa al pasar por delante.

Por fin comprendió que había estado caminando en círculos. Se apretó los ojos con los nudillos y respiró hondo para tranquilizarse y alejar esa rabia candente contra sí misma que se había despertado en lugar del miedo.

Al poco, recordó a un niño del fuerte que le había enseñado un truco. Igual que el niño, rompió un palo largo y lo clavó en el suelo y marcó el final de la sombra del palo con una piedra. Bebió agua mientras esperaba, orinó y se comió las últimas avellanas que le había robado a la pobre ardilla.

Cuando la sombra se hubo movido, marcó el nuevo borde de esta, y así fue capaz de trazar una línea de oeste a este con el fin de averiguar dónde se hallaba el norte. Luego, mirando en esa dirección, atisbó la línea de un árbol cercano, después de un árbol más alejado, después de un tercer árbol todavía más lejos, y sin perder de vista esos tres árboles en fila, se puso en marcha.

Mucho después, cuando la tarde ya acababa, llegó a un retazo de bosque quemado hacía tan poco que era como si caminase por una tierra desprovista de todo color; todo era negro y gris, y no se oía ni una sola ave o bestia viva allí. Pensó en su terror nocturno, el paisaje gris y negro y las grandes bestias de huesos descarnados que se elevaban del suelo para merodear por él, las capas de tierra seca que se desprendían de sus articulaciones, y tembló. No se quedaría en aquel lugar. Había oído que los papistas creían en algo llamado purgatorio donde debían esperar las almas; y el purgatorio no era el cielo ni el infierno, sino un tercer lugar indeterminado en el que los recién nacidos que morían sin ser malos, porque los recién nacidos todavía no habían desarrollado los órganos de la maldad, pero que no estaban

bautizados, rondaban para siempre, y las almas más nobles de entre los paganos jugaban con los espíritus de las palomas. Había oído que los espíritus de los animales iban allí; la tierra estaba plagada de las almas de los asesinados. Ese lugar le pareció similar al paraje al que había llegado, ese bosque quemado.

Más adelante, a los pies del esqueleto calcinado de un enorme roble, descubrió una abundancia de hongos secos por el fuego y se sentó a probarlos. Qué buenos estaban, ricos y ahumados. Aguardó por si el veneno le hinchaba la lengua o comenzaba a tener sueños delirantes —los sirvientes del fuerte solían recoger setas silvestres que comían para disfrutar de sueños coloridos que hicieran soportable la desdicha de la vida—, pero después de un rato sin sentir ningún mal decidió que aquellos hongos eran comestibles. Recogió todos los que encontró y se los guardó en el saco.

Después se abrió paso a través de los últimos restos de luz para regresar al mundo no calcinado, donde los arbustos todavía desnudos relucían con buena salud, donde los pájaros cantaban y se quejaban por encima de la cabeza de la chica, donde casi podía oír la savia que ascendía susurrando una cancioncilla por dentro de los árboles vivos.

En lo alto de una pendiente se topó con un claro y vio, en su asombro, una maraña de zarzamoras tan tupida y tan alta que ni los pájaros más pequeños y ágiles ni los osos de pelaje más espeso y acolchado habían podido terminar con todos los frutos secados por el invierno, por mucho que hubieran comido. Las bestias y las aves solo habían tocado las moras de la parte externa y todavía quedaban muchísimas bayas secas entre los arbustos. Si metía los brazos con cuidado a través de la espinosa maraña y cortaba con el cuchillo hasta poder introducir el cuerpo en la abertura, podría acceder a esas zarzamoras y metérselas en el saco. Pero primero se llenó la boca, y los ojos se le anegaron de lágrimas al principio por la aspereza de los frutos y luego por su dulzor.

Fue echando bayas en el saco, después se metió otras cuantas en la boca, y entre una cosa y otra acabó recogiendo más de las que podía

transportar; el saco rebosaba. De nuevo le dolía la barriga, y tuvo que salir con delicadeza de entre los zarzales y agacharse junto a un árbol para soltar en una deliciosa cascada el chorro pestilente que las moras y los hongos antes que ellas habían formado en sus entrañas. Bebió el agua que goteaba despacio de un árbol bajo el que había tenido la previsión de colocar la taza de peltre.

Para entonces, sin embargo, el crepúsculo había empezado a acentuarse; y tenía que encontrar cobijo antes de que fuera noche cerrada, con todos sus depredadores errantes. Además, le daba la impresión de que sería una noche muy fría.

Cuando se incorporó, descubrió que le costaba moverse con agilidad; tenía el cuerpo agarrotado y dolorido después de la larga caminata.

Con el día más cálido, el terreno se había vuelto traicionero. El camino que seguía la chica, si es que en efecto era un camino, ahora estaba lleno de regueros fruto del deshielo, y en algunos puntos tenía que pisar con sumo cuidado entre el agua que corría y el barro resbaladizo en el que se hundían sus botas.

Llegó un momento en el que le costaba ver lo que tenía delante y aún no había encontrado un sitio donde guarecerse, así que empezó a preocuparse.

Pero entonces vio un huequito negro que se abría en la pared rocosa de un cerro cuyo pico ascendía hacia el cielo hasta la altura de un tejado. Cuando se acercó, la oscura boca de la cueva exhaló un calor extraño y rancio que la atrajo.

Algo dentro de ella le decía que debía ir con pies de plomo, así que decidió aproximarse despacio y con sigilo. Pero, al cabo de poco, el frío de la noche acechante la asustó más que la cueva con todas sus amenazas desconocidas. Agachó la cabeza y se adentró en el agujero negro, y al instante sintió que sería lo bastante cálido y estaría a salvo allí de la humedad del deshielo. El aire estaba viciado y olía mal. La oscuridad invadía el espacio y parecía latir al fondo de la cueva.

Volvió a salir apresurada e invirtió el resto de sus fuerzas en cargar en sus brazos algo de madera seca para el fuego, y buscó en las hendiduras restos de materia no empapada que pudiera usar de mecha.

A continuación, sacó el hacha y partió algunas ramas blandas y vivas de los abetos para hacer un colchón para su cuerpo que la aislara del gélido suelo de piedra, que de lo contrario le robaría el calor de la carne y lo sustituiría por frío. Las ramas olían tan limpias e intensas que tuvo la esperanza de que la libraran de todos los parásitos que le infestaban la cabeza, las ingles y las axilas, y le provocaban una molesta y constante irritación.

Entonces, sabiendo que la comodidad del sueño la esperaba dentro de la cueva, encendió una pequeña hoguera y observó la noche que vertía su negrura sobre los árboles del pequeño valle que había cruzado. Y a lo lejos, el último resplandor frío del sol tiñó de rojo las afiladas columnas de árboles que había a lo largo de una cresta distante. Luego, toda la luz se apagó de repente y la luna se subió a su trono, en el inmenso cielo azul oscuro.

A la luz de las llamas, sacó todos sus preciados objetos del saco para cuidarlos, porque eran los únicos amigos que tenía y cada uno de ellos había empezado a desarrollar una personalidad. El hacha era brusca, pero tan fiel como un perro; el cuchillo era taimado y furioso, pero siempre estaba listo; el pedernal era taciturno, el saco divertido, las mantas pacíficas, la taza de peltre demasiado entusiasta y un poco avara. La chica se quitó las botas, sus mejores amigas y las más valientes, aunque la bota izquierda tenía un clavo que se estaba abriendo paso a través de la suela, y ese clavo le preocupaba tremendamente. Sacudió la capa para despojarla de las briznas y ramitas y el barro, y desprendió la gruesa lámina de mugre que cubría las botas, luego las pulió con el bajo de una enagua hasta que relucieron con el poco brillo que tenían.

Tras mantener a raya el hambre tanto tiempo como le pareció razonable, agarró dos puñados de moras secas y algunos hongos y se los comió juntos, lo cual generó un sabor magnífico, al mismo tiempo intenso y ácido y dulce y ahumado. Después se tumbó a dormir; había hecho la hoguera un poco más grande y caliente de lo necesario porque

la malévola oscuridad del fondo de la cueva todavía la incomodaba, como si fuese un único ojo negro y grande que la vigilara. Y aunque notaba que su cuerpo se moría de ganas de dormir, su imaginación viajaba en un centenar de direcciones, preguntándose qué contendría aquella negrura. Mientras poblaba la cueva de bestias y hombres imaginarios, ya sabía que era una bobada. Pero no podía detener sus fantasías. La bañaban con el palpitar del miedo.

Trató de calmarse escuchando la sangre latiéndole en los oídos, y entonces, al mirar las llamas que bailaban sobre la piedra, casi se muere del susto cuando una repentina erupción negra de murciélagos salió chillando como un rápido arroyo de alquitrán y desapareció por la boca de la cueva para meterse entre los árboles. El corazón le latía desbocado, pero los murciélagos no volvieron.

Poco a poco fue bajando la guardia. El sueño se coló en ella.

En lo más profundo de la noche, cuando el fuego se había consumido y solo quedaban las ascuas, se despertó de improviso, con un presentimiento.

Sabía que debía mantener los ojos bien cerrados, contener la respiración y no mover en absoluto las extremidades para fingir que su cuerpo estaba muerto.

Porque había percibido, y entonces oyó, unos pasos arrastrados que se acercaban a ella, un aliento caliente junto a sus pies y sus rodillas, su entrepierna, su cuello, su cabeza. Por la nariz, aunque no se atrevía a respirar, le entró el hedor nauseabundo de un cuerpo animal, la podredumbre y el moho y algo más intenso, almizcle tal vez, tan denso que incluso sin respirar podía notarlo en la lengua.

Y se imaginó una boca húmeda de dientes afilados abriéndose sobre su cabeza, la tenaza de las mandíbulas, la presión que acabaría por arrancarle el cráneo, y ese viscoso deslizarse hacia la muerte. Se imaginó garras, unas duras escamas, las enormes alas de murciélago plegadas y arrugadas de un dragón.

Pero fuera la que fuese la bestia que la rondaba, esta soltó un grave

gemido que hizo que a la chica se le erizara el vello de todo el cuerpo, después desplazó su pesado volumen hacia el otro lado del fuego, más lejos de ella, y por último salió por la boca de la cueva. La chica oyó sus pesados pasos arrastrándose entre los árboles hasta perderse en la noche; aguzó el oído y permaneció inmóvil hasta que dejó de oírlo.

Y solo entonces se permitió respirar, porque la muerte había estado a un pelo de ella. No se atrevía a abrir los ojos por miedo a lo que pudiera encontrar. Pero la cueva estaba a oscuras, tanto que apenas veía sus objetos de metal reluciendo donde los había dejado, cerca de ella, y los recogió con manos rápidas y metió las dos mantas en el saco y se ató los cordones de las botas y huyó como alma que lleva el diablo por el camino para alejarse de la guarida de lo que su mente había dibujado como un dragón, una enorme cosa negra con piel de serpiente y larga cola, una bestia extraña en esas tierras extrañas.

Y lo más extraño de todo era el capricho de la bestia de tener piedad de un bocado como ella, pensó la chica.

Seguro que esa piedad era pasajera y el monstruo se daba la vuelta, arrepentido.

Huyó todavía más rápido.

Corrió como si volara por el barro, que el frío de la noche había cubierto de nuevo con una fina capa de hielo, hacia la negra espesura del bosque, porque lo que dejaba atrás era mucho más letal que cualquier cosa que pudiera aguardarla delante.

Y en el cielo, las rápidas nubes negras asustaron a las estrellas fijas y las hicieron temblar.

A cierta distancia de la cueva, a una legua más o menos, se permitió detenerse a respirar hasta que se disolvió el dolor de sus pulmones. Ahora tenía mucho calor, estaba sudando, y necesitaba actuar rápido, pues el cuerpo mojado no tardaría en enfriarse, y sabía que semejante humedad fría la haría enfermar con ese viento helador si no hacía algo para remediarlo.

Pese a estar agotada, se obligó a continuar para no enfriarse e

intentar secar la ropa con el calor de su cuerpo. El viento era despiadado por la noche. Cada paso era un tormento. Y cuando el frío acabó por dominarla y lo notó en las manos, y hurgó en el saco en busca de los guantes de cuero, descubrió que se los había dejado en la cueva, donde se los había quitado para limpiar el resto de sus pertenencias. Aún podía verlos allí, bajo el resplandor del fuego, puestos a secar en una absurda posición de rezo.

Fue como un puñetazo físico en el pecho, porque a partir de entonces llevaría las manos desnudas y expuestas a los elementos, a cortes y arañazos. Tuvo que apoyar la cabeza en la limpia corteza de un nogal para respirar allí un rato y dejar que pasara la pena.

7

Anduvo sin parar toda la noche. Cantó las melodías de su despreocupada juventud danzarina hasta que llegó al final de su memoria y ya no le quedaron ganas de volver a cantarlas desde el principio, luego contó los pasos, pero acabó pronto, porque en realidad no sabía qué número iba después de novecientos noventa y nueve, aunque comprendía vagamente que en algún momento llegaba el mil. Los pocos conocimientos que tenía habían sido azarosos: retazos de conversación que había oído por casualidad, imágenes que el hijo de la señora, Kit, le había mostrado en sus libros, ya fuera para alardear de su superioridad intelectual o para asustarla.

En la noche cerrada, vio que el sendero se ensanchaba y daba paso a una amplia extensión sombría. Supuso que era el segundo río que había al norte del asentamiento, y que el hielo que cubría el agua se había roto con el deshielo de los últimos días. Las placas flotantes se peleaban unas con otras, gimiendo y chillando, y le recordaron una gran piara de cerdos. Al verlas supo que por ahí no podría cruzar a pie. Se visualizó saltando, como una pulga, de témpano en témpano y se echó a reír porque seguro que se resbalaba y caía al agua y se ahogaba. Pero entonces dejó de reírse y se echó a llorar.

Durante un rato se permitió el lujo de la desesperación, ovillada con la cabeza acunada entre los brazos. Cuando se incorporó de nuevo y se secó la cara, supo que lo único que podía hacer era seguir el curso del

río, hacia el oeste, lejos de la bahía oriental, y avanzar pegada a esa orilla hasta encontrar un punto vadeable, donde el río se estrechara y fuera poco profundo, para poder cruzarlo.

Al cabo de poco su mirada topó con una masa negra entre los juncos de la ribera, y se inclinó para observar a dos patos muy acurrucados, que dormían con el cuello doblado en su nido recién construido. Un tesoro, un regalo, dio gracias a dios en silencio por ese don. Se aproximó por detrás de la pata, tan cansada por el esfuerzo de expulsar los huevos que no reparó en la chica. Esta tocó los preciados huevos, puestos apenas unas horas antes. Había tres, y la chica los metió uno por uno en el saco. Luego se quedó mirando a ambos patos, consciente de que si se llevaba los dos pesarían demasiado para mantener el ritmo. Eligió la hembra con todo el dolor de su corazón, pues la pata era más pequeña y estaba exhausta tras la puesta.

La chica cogió a la pata por la cabeza y la levantó y la zarandeó y le rompió el cuello tan rápido que el macho, en su letargo, ni siquiera se dio cuenta de que su compañera había desaparecido.

Por la mañana, cuando despertara, descubriría que su sueño de pareja y nido y polluelos le había sido robado durante la noche; se encontraría solo, gemiría con el lamento de una trompeta y aletearía e irrumpiría en el cielo, porque su duelo no encontraría otra válvula de escape excepto volar.

Sintió una punzada de dolor al imaginárselo, pues ella también había conocido la confusa búsqueda de alguien que ya no está.

Sin embargo, para entonces la chica se hallaría lejos, en un tupido círculo de abetos a salvo del viento, donde habría levantado una pequeña tienda con una manta para ahumar la carne de la pata y asar sus huevos en las ascuas del fuego con el fin de que se conservaran un poco más. Recogería las gotas de grasa de la pata en su taza hasta que se congelasen, luego metería el recipiente en una cestita hecha de juncos secos mientras esperaba a que la carne acabara de cocerse, y se ataría la práctica cesta a la cintura con una tira arrancada del

dobladillo de la falda para que la grasa se mantuviera fresca y sólida a la intemperie. Y esa grasa se la untaría en las manos, que sin los guantes, incluso durante las escasas horas transcurridas desde que los había perdido, ya se le habían cortado y empezaban a sangrar, y con eso hallaría cierto alivio. Pero eso sería más tarde; ahora, en mitad de la noche y cargando con el peso de la pata muerta y sus frágiles huevos, la chica siguió río arriba con cautela. En ese momento tenía el cuerpo demasiado cansado para perderse en pensamientos más profundos.

Cuando el alba llegó al fin y dio paso a un día blanco y despejado, estaba tan profundamente dormida que no se percató de los primeros cantos de los pájaros que invitaban a todo el mundo a ponerse en marcha.

En sueños, le habló una voz. ¿Cuál es el propósito de tu odisea?, dijo la voz.

Quiero vivir, contestó la chica. Si me paro, moriré.

¿Estás dispuesta a sufrir de semejante manera?, preguntó la voz.

Ya conocía el sufrimiento.

No tan intenso como este, dijo la voz.

No soy la primera en sufrir, pues Job soportó penurias peores y fue recompensado por superar con humildad las pruebas de dios, dijo ella.

¿Y si tus sufrimientos no fueran pruebas de dios sino más bien castigos por tus actos, por tu alma corrupta?, insistió la voz.

Entonces, respondió enfadada la chica en sueños, soportaré el dolor en agradecimiento a la vida que ya me ha sido otorgada, y como me he arrepentido de mis pecados, sé que me salvaré en la eternidad.

Pero, aunque dijo eso, algo se removió con incomodidad dentro de ella. Empujó esa sensación al fondo de su mente con cierto esfuerzo. Era su verdadera culpa, pues sus manos recordaban la viscosidad caliente y mojada en la noche.

Se despertó sintiendo un atisbo de injusticia, porque sabía muy bien

que había almas mucho peores que ella en el mundo, seres malvados que ahora se deleitaban con el sabor del bacalao caliente y de sabrosos vinos en la lengua. Personas a las que otros les empolvaban la cara y les cubrían el cuerpo de seda y les ponían perfume en el cuello y las muñecas.

Ni siquiera la cocinera con su fina barba rubia, que era una de las peores personas que había en su ciudad natal, había sido obligada a venir a este lugar salvaje. Era una mujer deslenguada, desagradable y gruñona que azotaba a las criadas más pequeñas con su largo cucharón de acero hasta que les salían cardenales en las nalgas y la espalda, y una vez rompió la carreta de la pescadera con tres patadas porque se había atrevido a llevarle esturión pasado. Y sin embargo, aunque era una persona absolutamente malvada, una persona que jamás llegaría a las puertas del cielo cuando su alma abandonase su cuerpo, no había sido ella la que se había visto forzada a llevar esta muerte en vida; no, no habían obligado a la cocinera a subirse al barco que los llevaría a través del océano; no había tenido que soportar los terribles tormentos que incluso la pequeña Bess, tan buena e inocente, había tenido que aguantar en el fuerte. Hoy, la cocinera se despertaría con la música de las primeras campanadas de la iglesia en la nueva casa que la hubiera acogido, y encendería el fuego a solas en la cocina y pondría el pan en el horno para que se cociera y, al cabo de un rato tendría pan moreno y una cerveza ligera para desayunar; y detrás de las puertas de su casa se oiría el bullicio de la gran ciudad, llena de todas sus comodidades y entretenimientos y comida y delicias y otras almas que quizá amaran incluso a una mujer tan amarga y severa como ella.

En cambio soy yo, que solo he vivido para amar, para servir, la que se encuentra sola en este sitio, pensó la chica.

Yo estoy afligida y necesitada, y mi corazón está herido dentro de mí; me voy como la sombra cuando declina; soy sacudida como la langosta; mis rodillas están debilitadas a causa del ayuno y mi carne desfallece por falta de gordura.

Luego la chica dejó que pasara su congoja y dijo: Toda mi vida he cumplido mi deber, he hecho todo lo mejor posible, y por dentro sé que

he pecado y acepto estos sufrimientos como penitencia.

Aun así, la mancha de su falta continuó ahí, una sombra dentro de su ser.

El cuchillo volvía a estar furioso en su mano, la viscosidad de las entrañas en la hoja.

Porque la ira de dios era justa.

Notó que la aceptación de sus transgresiones iba calando, se iba asentando en su interior. Entonces se levantó y arrojó atrás el dolor y dirigió la mirada al frente, para concentrarse en lo que debía hacer para seguir viva.

Pero ahora, con la tierra toda mojada y embarrada por el deshielo y la orilla del río desdibujada entre zonas pantanosas llenas de juncos y fango que le subía hasta la rodilla, seguir la corriente del río le resultaba mucho más difícil.

Cada zancada era un esfuerzo y el barro frío se le metía en las botas de un modo muy desagradable.

La tarde fue aún más cálida que la anterior, y no vio más blanco en el mundo, salvo por el hielo roto de los témpanos del río y una discreta nube grabada en el cielo.

Si miraba con atención, incluso podía atisbar algún amago de verde sobre las ramas, y cuando se detuvo, la llenó de gozo descubrir que había brotes nuevos en las puntas de las especies de árboles más atrevidas. Los mordisqueó y comprobó encantada que algunos estaban tiernos y recordaban a la pimienta. Podría convertirlos en su almuerzo.

Doy gracias, oh, dios mío, por haber descubierto que este inhóspito yermo en el que deambulo es mucho menos hostil de lo que había temido en lo más hondo de mi ser, pensó.

Y mientras avanzaba fue recogiendo y probando esas suaves hojitas nuevas, y caminaba con el fresco sabor vegetal en la lengua.

8

A mediodía, se detuvo a comer uno de los huevos de pato asados y a beber agua del río, tan fría que dejaba sin respiración. Secó las botas y los tres pares de medias junto al fuego que había encendido, después de calentar una piedra al borde de la hoguera para apoyar allí los pies con comodidad mientras esperaba.

Se lavó y observó con atención los pies, que tenía muy estropeados. Eran monstruos llagados e hinchados de color rosa, y tenía los talones en carne viva, pues las ampollas se habían reventado y sangrado y dentro de la carne más tierna y desprotegida se habían formado ampollas nuevas.

Y todavía peor, descubrió que el clavo que se abría paso por la suela de la bota izquierda había empezado a horadarle una brecha sanguinolenta en la planta del pie. Dio golpes al clavo con el mango del hacha hasta que logró domarlo y doblarlo un poco, y con el cuchillo, cortó con cuidado una capa doble de la manta de lana para metérselo en la bota.

Cuando terminó con sus tareas, el calor del fuego había secado en parte las ampollas, y la piel que cubría las heridas se había endurecido. La herida abierta de la planta del pie había dejado de sangrar y ahora latía. Rellenó otra media con restos de vegetación seca que había recogido de los juncos más viejos y la sujetó al pie atando el dobladillo arrancado del bajo de la falda alrededor y dando varias vueltas. Así, pensó, si el clavo quería morderla mientras caminaba, solo mordería tela, no piel.

Aunque le había parecido inofensivo encender una pequeña hoguera

para secarse y entrar en calor, había sido un acto insensato. No podía ni imaginar el calibre de su imprudencia.

Porque el humo había hecho de reclamo. Un hombre se había acercado a hurtadillas para ver qué originaba ese cambio en el aire. Y ahora la vigilaba, maravillado, entre las sombras del bosque; y en lo más profundo de su ser se removía un tumulto monstruoso.

No era un hombre originario de ese lugar. La chica lo habría sabido al instante si hubiera sido capaz de verlo, aunque, por el contrario, le habría resultado increíblemente difícil averiguar qué era en realidad. Parecía una quimera, medio hombre, medio bestia. Unos ojos humanos estaban ocultos dentro de una maraña de pelo que nacía del cráneo pero había llegado a fundirse con el pelo de la barba y la espalda y los hombros y el pecho, de modo que el hombre vestía una mugrienta túnica apelmazada y plagada de semillas y ramas de la que surgían los antebrazos y las piernas. Esa túnica de pelo estaba negra por las puntas, pero amarillenta por el sol y los años, y totalmente canosa en el pelo más reciente que nacía por la boca y las sienes. Y lo que no estaba tapado con la túnica de pelo lo recubría un tapiz abigarrado de pieles de caza menor, ardillas listadas y ratas almizcleras y zarigüeyas y liebres, cosidas con tiras de tripa seca. En las yemas de los dedos, sus uñas se curvaban como garras de marfil amarillento. Y en los pies, dos conejos enteros despellejados sustituían el calzado, los llevaba atados a los tobillos con las largas orejas. Olía a algo que llevara mucho tiempo muerto.

Cuarenta años antes, ese hombre había sido un sacerdote jesuita español que había llegado en barca a la parte del río que quedaba al sur para fundar una misión allí. Entonces era joven, rápido y astuto y risueño, un muchacho apuesto de pelo rizado. Había dedicado la larga travesía desde españa a aprender algo de la lengua powhatan del guía, un chico que habían capturado en una misión anterior y llevado a la florida, donde le habían enseñado el idioma y la religión de los españoles. Le cayó bien al guía, y a cambio de las nociones de

powhatan, este aprendió latín del joven español. Pues como el sacerdote había sido entregado a los jesuitas cuando era tan pequeño que apenas sabía andar, hablaba latín con una fluidez y un deleite equivalente al español que había aprendido antes de su madre, quien lo había dado a la iglesia. Pero, con su desprecio, los jesuitas habían enfurecido a los hombres que los recibieron en su territorio, y tras un verano en el que los misioneros habían construido su residencia y la iglesia con su campana de hierro, y tras haber plantado las hortalizas que podían cultivar en aquella tierra, se enfrentaron a un largo invierno de hambre en el que tuvieron que intercambiar todos sus bienes de metal, uno por uno, por comida. Se volvieron (parecía imposible) todavía más exigentes con sus anfitriones, al no pedir ayuda sino reclamarla de forma insistente y chillona. Asimismo, les dijeron a los habitantes del lugar que si no se arrodillaban ante el dios de tres cabezas que caminaba sobre las aguas de los españoles, serían siempre unos paganos, y en consecuencia arderían después de la muerte en un lugar de tortura eterna. Y a los powhatan les pareció que esos huéspedes a quienes nadie había invitado eran muy desconsiderados al no parar de repetirles algo tan terrible. Y, por eso, una noche planearon rebelarse contra los curas. Y el joven guía, que había vuelto con su gente pero amaba al joven sacerdote, le pidió que lo acompañara a dar un largo paseo la noche en que estaba planeado el asalto. Y el joven sacerdote, que confiaba en su amigo, caminó con él a la fresca luz de la luna, y juntos hablaron de muchas cosas, de dios y del amor y del hambre y del modo en que, tal como creía el cura entonces, la belleza limpiaba el alma de la inmundicia del pecado. Cuando regresaron, la misión estaba en llamas y todos los curas muertos en sus catres con el cuello rebanado y la sangre del corazón chorreando por el suelo.

Entonces el guía, sintiendo lástima y amor, levantó el garrote hacia su amigo y puso cara amenazadora, y el otro vio el asesinato en sus ojos; había visto el resplandor de la misión ardiendo en el horizonte, así que echó a correr aterrado hacia el bosque sin nada con que sustentarse salvo lo que llevaba encima del cuerpo.

Vagó y vagó durante semanas, estuvo a punto de morir de hambre, y

cayó presa de una profunda locura, pero los powhatan, que lo vigilaban desde cierta distancia, le ponían frutos secos y caza fresca en el camino, y así sobrevivió. Al final, descubrió un hueco en un roble gigantesco, que agrandó cavando la madera con la cruz de hierro que llevaba al cuello y con conchas de ostras hasta que la cavidad fue tan grande como las chozas de piedra de los pastores en los campos de su alicante natal. Y volvió ese refugio del árbol más seguro y protegido contra los elementos con esteras de juncos trenzados, y lo decoró por dentro con estantes hechos de ramas y piedras, sobre los que colocaba los frutos secos y las bayas y el arroz salvaje y el pescado seco y los nudosos tubérculos de las raíces de las espadañas y otras clases de plantas que se convertían en comida si no lo envenenaban. Con el tiempo, aprendió por sí mismo a pescar construyendo presas en los fondos de piedra, a atrapar animalillos con cepos hechos con parras y tendones y palos y guijarros. Dormía profundamente del ocaso al amanecer, y de ese modo, sin cuchillo ni fuego que lo mantuviera caliente en lo más crudo del invierno o con el que cocinar la carne, vivió casi cuarenta años. La carne que comía estaba cruda. Pasó todo ese tiempo con el cuerpo lleno de gusanos.

No sabía que sus paisanos habían atracado de nuevo no muy lejos de donde estaba y, en venganza por los curas masacrados, habían pintado la tierra de rojo con la sangre de los nativos, mujeres y niños y ancianos, y habían incendiado sus poblados, para luego zarpar de nuevo rumbo a su hogar, pues el imperio no tiene piedad y nunca se sacia.

Mientras vivía en el tronco de un árbol, hablaba consigo mismo en un latín que con el tiempo perdió todas las declinaciones y los tiempos y modos verbales y los participios, y que, como su cordura, se convirtió en un tejido de andrajos y agujeros.

Empezó a creer que era un santo ermitaño, que había sido conducido a la espesura salvaje por la mano invisible de dios y que allí tenía que quedarse para llevar a cabo la obra divina. Se autodenominó Sanctus Ioannes Cavae Arboris. Los powhatan, que jamás habían olvidado a ese hombre extraño del bosque, que a menudo le dejaban los excedentes de

comida en forma de un ocasional ciervo recién cazado en medio del camino y de criaturas que ponían en sus trampas o montoncitos de frutos secos donde pudiera hallarlos, trofeos que él creía fruto absoluto de su propia astucia, lo consideraban un demonio benigno de los árboles, y no desprovisto de poderes, ya que había sobrevivido todos esos años en una inmensa soledad. Y los humanos no estaban hechos para vivir solos; los humanos solo sobrevivían en compañía de otros seres humanos.

Durante todo ese tiempo, sus únicos interlocutores habían sido los cuervos, los numerosos descendientes de un nido de polluelos que había robado una primavera solitaria y criado con sus propias manos y enseñado a hablar pronunciando palabras casi humanas. Los alimentaba con huesos y entrañas de las presas que cazaba y se comunicaba con ellos con extraños graznidos, y las aves, a su vez, se convertían en sus ojos voladores y le avisaban cuando alguna presa había caído en el cepo, le advertían cuando el tiempo iba a empeorar, jugaban con él a recoger lo que les lanzaba, una nuez o un guijarro blanco. Fueron los cuervos los que alertaron al hombre del humo que había junto a la ribera del río, de la criatura que les era desconocida, una bestia extraña distinta de las otras bestias humanas del lugar.

Así que ahora estaba agachado, oculto y sin aliento, mirando a una persona que vestía la ropa tejida de los cristianos, que no había visto ni una vez durante toda su vida eremita. Ansiaba sostener esa capa de lana en la mano, llevarse a la cara su suavidad y apretarla y oler la buena lanolina de las ovejas dentro de la urdimbre, porque le encantaban las ovejas que criaban sus padres naturales, con esas caras estúpidas y esos balidos esperanzados y sus alegres y dulces corderillos brincando en primavera. Hacía muchas vidas que no sostenía las obras de otras manos humanas en las suyas.

Y esa forma humana en particular, la que tenía pechos, solo la había visto en un puñado de ocasiones durante sus largos años en los bosques, pero siempre habían pertenecido a las gentes nativas del lugar que iban por el río en las silenciosas barcas distantes con las que remaban hasta allí, y nunca se había acercado lo suficiente para tocar la carne de

alguna.

Y también miró con avidez el fuego, pues no había conocido el fuego desde hacía siglos, había aprendido a vivir sin él, pese a que hubo veces en que creyó de verdad que moriría de frío. En cerca de cuatro décadas, mientras se limitaba a recorrer los mismos caminos en un radio pequeño alrededor de su cueva en el tronco, únicamente había visto el humo de los powhatan a lo lejos y el fuego de los relámpagos en el cielo. Ahora, al oler el humo, se despertó en él una alegría, una dulce, tierna y triste alegría; y pensó en los aposentos del amable maestro jesuita que le había criado y enseñado, en la chimenea de su dormitorio y la hermosa alfombra afelpada con motivos de oriente en la que el maestro a menudo permitía que durmiera el muchacho, ovillado para estar aún más cómodo.

Observó a esa diminuta persona con su mugrienta ropa tejida y su pedernal y su hacha y su cuchillo y pensó que quizá eso significara que había otros cristianos en las inmediaciones. Pero sabía que no podía ser. Porque no había visto las columnas de humo negro que los hombres cristianos dejaban a su paso cuando clareaban la tierra de árboles, algo que sin duda harían si hubiese aunque solo fuera un pequeño asentamiento cerca. Porque si los jesuitas más queridos de dios podían ser expulsados de ese lugar con una masacre, si se le podía enseñar por las malas que no era sitio para ellos, entonces, no habría otro cristiano lo bastante piadoso para que los powhatan le dejaran poner un pie en esa tierra.

Murmuró en voz baja pero audible, en su latín deshilachado, que lo que tenía delante era una cosa con la que debía tener cuidado.

Aquello era una cosa, una cosa… había olvidado el nombre de cosas como esa, que sangraban por el lugar de las vergüenzas. Cosas con pechos, con agujeros. Cosas malas, cosas de Eva, cosas zorras, cosas madres, cosas esposas, cosas que hacían hijos. Cosas ellas. Cosas que no eran hombres. Ay, ¿por qué no le venía a la cabeza el nombre de esa clase de ser humano? Esas cosas que habían arrastrado el mal desde

que la serpiente mordió a la esposa de Adán y le hizo comer la fruta, condenando a toda la humanidad a heredar el pecado. Aunque, claro, si no había cristianos cerca, y desde luego no los había, esa cosa femenina no podía estar ahí de verdad.

Sí, sí, seguro que esa cosa era un demonio enviado por dios para atormentarlo de nuevo.

Porque los demonios, durante esos largos años, se le habían aparecido bajo todo tipo de formas, toda clase de cuerpos monstruosos, tan pequeños como mosquitos que le picaban y le picaban la nariz descubierta, y cuando los aplastaba con la mano veía que los mosquitos aplastados no eran mosquitos sino demonios rubicundos con pezuñas de cabra y colmillos y colas de tres puntas. Otros demonios mucho más malignos lo habían asaltado con frecuencia, para provocarlo y burlarse de él, cuerpos de ardilla con la cara de diminutos hombres arrugados, y jabalíes que tenían una cresta de gloriosas plumas blancas sobre la espalda y luces rojas en los ojos, y demonios que arrastraban largas colas de pescado mojado detrás de sus apresurados pies de tortuga y exhalaban un aliento que olía igual que todo el azufre emanado del infierno. A lo largo de los años habían existido infinidad de demonios, contra los que había tenido que luchar hasta derrotarlos en un combate a muerte. Contra cada uno de ellos había peleado hasta acabar jadeante y exhausto, hasta que, por fin, los había asesinado y, al matarlos, había demostrado la fuerza de su devoción a su dios, que tantas pruebas le ponía.

Ahora miró a esa no hombre calentándose los pies amoratados junto al fuego y limpiándose las botas —algo que anhelaba tener— con lo que al principio le pareció un palo, pero que luego, con un suspiro, reconoció como el frío relumbrar del metal. Un cuchillo, sí, un cuchillo, ¡lo que podría hacer él con un cuchillo!

Pater noster qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum. Adveniat regnum tuum. Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra. Cultrum nostrum quotidianum da nobis hodie.

Entonces supo, sin lugar a dudas, que aquella criatura también era un demonio que había ido a tentarlo.

Y supo que debía aniquilar a aquella cosa para demostrar una vez más su fe.

Así pues, cogió del suelo dos piedras perfectas para arrojárselas.

Pero no las lanzó, todavía no, porque, por supuesto, no era pecado esperar. Disfrutar de la vista de esa no hombre. Hacía tanto tiempo que no veía una, y también era cierto que de joven, aunque lo habían entregado desde su infancia sin voz a los jesuitas y casi siempre había sido escrupulosamente piadoso en sus pensamientos conscientes, a menudo soñaba mientras dormía con las vergüenzas de esas no hombres, con sus gigantescos y carnosos pechos y los suaves agujeros húmedos de los que le había hablado entre murmullos otro oblato, eso que tenían en lugar del miembro, y donde se suponía que el miembro viril debía enterrarse. Se despertaba de aquellos sueños atribulado y con la ropa mojada. Y además, era cierto que encontraba esas criaturas agradables a la vista y, ¡ay, cuánto se arrepentía! Debía reconocer que un par de veces le habían sido agradables incluso al tacto, cuando el otro oblato lo había inducido a internarse en la noche de sevilla y había acabado sollozando de arrepentimiento mientras se rebajaba a entrar en el cuerpo de una furcia.

Su parte soñolienta empezó a desperezarse.

Junto a la ribera, la no hombre se envolvió el pie con un jirón de tela y volvió a ponerse varias medias, aunque algunas eran tan finas como el encaje, llenas de agujeros, y de barro; y se ató con los dedos los cordones de las botas, que parecían tan rígidas como la madera, pues se habían resecado. Luego se comió un huevo grande, despegando la cáscara del perlado globo interior, maravilloso; el eremita había olvidado lo que el fuego podía hacer con los huevos. Y bebió de una taza —¡una taza!, casi se echó a llorar al verla— y metió todas sus cosas en un saco que se ató por debajo de las faldas. El hombre atisbó un fogonazo de sus vergüenzas peludas entre las piernas y miró con

avidez para ver más, pero ya no había nada más que ver.

Entonces, el demonio femenino se colocó la capa de lana sobre los hombros y se incorporó con un dolor evidente y se puso a caminar entre los guijarros y las piedras planas de la ribera. Era tan rápida esa no hombre, tan ágil y segura, que aunque el hombre que la vigilaba conocía ese bosque tan bien como su propio cuerpo le costó esfuerzo seguirle el paso.

Justo cuando estaba lo bastante fatigado para plantearse tirar la primera piedra y descalabrar al demonio, porque era agotador tener que perseguir una cosa tan increíblemente veloz durante millas, ella llegó al lugar donde el hombre había dejado la barca que había tallado con conchas de ostra a partir del tronco de un árbol caído. Y lunas y lunas había tardado, una labor diaria que le había costado sudores, y era su querida amada, esa barca, que le proporcionaba el modo de ir tras los peces, tender sus trampas y pasar largas tardes de paz al sol del verano, deslizando la mano por el agua y contemplando la belleza y la agitación que ocultaban las profundidades. El demonio susurró una palabra de felicidad, luego dio una patada a la embarcación y la hizo resonar como un tambor. Después, tan rápido que el hombre no comprendió qué hacía, apartó las ramas que camuflaban la barca y miró alrededor entrecerrando los ojos y se acuclilló, luego cogió la tabla que él había encontrado a la deriva y pulido con sus propias manos, perfecta para remar, y deslizó el barco y a ella misma en el agua.

Entonces hizo palanca con la pala de madera contra las piedras de la orilla hasta que la barca estuvo del todo desencallada y empezó a desplazarse por la corriente llena de hielo, pues la corriente había recogido en su mano la barca y la había arrojado al río tan deprisa que el hombre todavía estaba atónito y petrificado cuando por fin comprendió que el demonio estaba a punto de escaparse del alcance de su tiro.

Entonces salió corriendo del bosque, aullando de dolor por todo lo

que estaba perdiendo en ese instante, su barca, la cosa demonio con la que habría podido luchar cuerpo a cuerpo tal vez, y las otras cosas buenas que ella había escondido en el saco protegido debajo por sus faldas, el hacha la taza el cuchillo las mantas el pedernal que significaba fuego.

Desde el bote, ella vio a esa criatura salvaje que surgía del bosque chillando, ni hombre ni bestia, un monstruo de sus terrores nocturnos que cobraba vida en pleno día, y gritó y remó con todas sus fuerzas con el tablón convertido en remo, apartando con ahínco las placas de hielo.

Él vadeó el agua gélida hasta que le llegó a las rodillas y tiró la primera piedra, que estuvo en un tris de dar en la barca.

Pero la segunda piedra la tiró con desesperación, y voló por el aire hasta aterrizar sobre su objetivo.

Golpeó a la chica en la parte más dura del cráneo, a la altura de la coronilla.

Ella cayó hacia atrás en la barca, y durante un largo suspiro nauseabundo, el hombre se convenció de que el demonio se zambulliría en el agua y se ahogaría, pero en lugar de eso el barco se estabilizó contra un gran bloque de hielo.

Aun así, ella seguía tumbada, y el hombre pensó con orgullo que sin duda estaba muerta, pues nada podía sobrevivir a semejante golpe en la cabeza; había matado muchas ciervas y pavos y ratas almizcleras y zorros con tiros equivalentes.

Pero la corriente arrastraba la barca más rápido de lo que él avanzaba. El río le robaba el bote y el cuchillo y la taza, todas esas cosas le arrebataba; ay, le robaba su bote.

Se quedó plantado en la orilla llorando la pérdida. Tendría menos pescado que comer, pues ya no podría meter sus trampas de junco a tanta profundidad. Aún peor, no podía estar seguro de haber aniquilado al demonio, y no tenía pruebas de su fe que mostrarle a dios.

Y sus pieles estaban empapadas hasta las vergüenzas que le colgaban, y entonces su miembro se encogió, temeroso, y casi desapareció dentro de su cuerpo.

Y los cuervos se burlaban de él desde los árboles, con graznidos que

eran risas, pues tenían esa clase de humor negro que disfrutaba de la agonía ajena. Amenazó a las aves con los puños, las maldijo lleno de odio, hasta que abandonaron el árbol y emprendieron el vuelo.

Más tarde avivó las ascuas que la chica había dejado atrás, en la primera hoguera que él había conocido en décadas. Allí asaría la carne de un castor y se maravillaría al descubrir que era cien veces más tierna al paladar de lo que habría sido cruda. Pero, por el momento, dejó de soplar sobre las brasas y se dio una cachetada en la mejilla.

Por fin le había venido a la cabeza.

Femina, dijo con tristeza en voz alta; la palabra, como todo lo ocurrido ese fatídico día, llegaba demasiado tarde.

9

Durante la prolongada tarde, la barca siguió la corriente, pues la proa se había encajado en un témpano de hielo que la empujaba hacia la bahía.

Los pájaros que describían círculos con curiosidad vieron que dentro de la barca había una hembra humana de un tono azul pálido, como si estuviera muerta, y por todo su cráneo se extendía una protuberancia ennegrecida, como un cuerno de unicornio que creciera bajo la piel. Pero cuando algunos pájaros bajaron en picado a probarla, descubrieron que aún estaba viva, pues le castañeteaban los dientes, y las aves se asustaron y echaron a volar otra vez. El agua que se había colado por las grietas de la barca y había lamido a la chica por debajo de la ropa y en la oreja y en la mejilla había enfriado su cuerpo hasta sumirlo en un temblor inconsciente.

En su sueño, se hallaba en una playa en la que todo era gris: el cielo, las piedras, el océano con sus olas que no se movían y rompían constantemente, sino que estaban congeladas, inmóviles.

Miró alrededor sin comprender: no había nada a su vera, solo agua y piedra. Por fin, a lo lejos, en los límites de su campo de visión, vio lo que sabía que era la pequeña Bess.

Entonces echó a correr por las piedras hacia su amada niña, resbaló cayó se hizo daño se deslizó trató de alcanzarla. Pese a todo, no lograba alcanzar a la pequeña Bess, así que se echó a llorar dentro del sueño. Fuera de él, su cara se mojó de lágrimas y sudor, que al arbitrio del viento pronto se convirtieron en una escarcha blanca sobre sus mejillas

y pestañas.

El sueño llegó por sí solo hasta la pequeña Bess, como si hubiera dado un brinco y recorrido una legua por los aires y aterrizado justo al lado de la niña, que estaba sentada en una silla, con las manos cruzadas sobre el regazo y una postura exquisita, como jamás estuvo en vida, ella, que era tan desaliñada y juguetona como un gatito, que se tiraba toda clase de alimentos y porquerías sobre los bonitos vestidos limpios, de modo que tuvieron que cubrirla con unas viejas enaguas de lino grueso para que la ropa buena no se le ensuciara. En el sueño, contemplaba el océano en calma. Llevaba el pelo rubio suelto y el viento le alborotaba las puntas, que eran tan largas que rozaban las piedras del suelo. Y al mirar la melena de la niña, que tantas veces la chica había cepillado, incluso en el sueño lloró de pena, porque la niña era la cosa más querida que había tenido jamás. Era tontorrona y hueca como un espejo, e igual que un espejo, era el reflejo de lo que quien la miraba veía en ella. Desde el momento en que la señora supo del impedimento de la pequeña Bess, cuando advirtió que su mente se quedaba en la infancia pese a que su cuerpo crecía y maduraba, la señora vio en su hija su propia debilidad como mujer, sus propias carencias y su patente inferioridad respecto a cualquier hombre, y por eso sentía una vergüenza tan honda que la atormentaba y le hacía rechazar la compañía de la niña. Pero Lamentaciones, aunque una mera sirvienta de la casa, contemplaba esa cara apenas unos años más joven que la suya y veía siempre el valor que hacía falta para afrontar cada día con toda su fragilidad; veía la piadosa obediencia que albergaba la niña en el silencio de su mente y la conmovedora ansia de complacer que albergaba en su corazón.

Y allí, en aquel lugar de muerte gélida, por lo menos su melena ondeaba, viva, al viento.

Pero en la chica que soñaba se despertó el terror, pues pronto entendió que en cuanto rodeara la silla para ponerse delante de la pequeña Bess descubriría que su rostro más amado había sido borrado, convertido en una viscosa carne sin una sola facción, en el lugar que antes ocupaban los amables ojos marrones y la nariz y la descarada

florecilla de su boca.

Así que no dio la vuelta para mirar a la niña a la cara; se moría de ganas de verla otra vez, pero no lo hizo. Se quedó detrás de ella y apoyó las manos en la seda amarilla de su pelo, pero, en lugar del tacto de pelo notó algo frío, como diminutos y finos carámbanos flexibles, y eso la hizo llorar con amargura.

Se despertó cuando el agua que había entrado en la barca le fue cubriendo las yemas de los dedos y las muñecas y le enfrió la parte exterior de las orejas. Cuando se agarró a la borda para darse impulso y sentarse, sintió un dolor tan horroroso en la cabeza que vomitó en el río. El saco que llevaba alrededor de la cintura estaba medio empapado y el sediento tejido atraía el agua, que subía por sus laterales; así que, con esfuerzo y los dedos congelados, se levantó las faldas y desató el saco de la cintura y se lo puso sobre el regazo para que no se mojara más. La tarde se acababa, pronto se pondría el sol, la chica temblaba de frío, tenía toda la espalda empapada de agua gélida, los dedos de los pies entumecidos dentro de las botas. Ante ella la boca de la bahía se abría en la terrorífica distancia. Aunque la herida de la cabeza la había dejado casi inconsciente, la poca altura del sol le permitió averiguar cuál de las orillas del río estaba más al norte. Empujó la barca para desprenderla del témpano que la había salvado, y la embarcación se hundió un poco más dentro del río durante un momento eterno hasta que volvió a salir a flote, detenida por otro témpano. Y así, empujando y remando y retorciéndose de dolor al viento, la chica se abrió paso entre el hielo hasta la otra orilla antes de que la noche se cerniera del todo y tiñera el río de negro.

Con una punzada, pensó que tal vez no estuviera lo bastante lejos del peludo hombre-bestia, pues quién sabía qué poderes de velocidad y resistencia poseía, quién sabía si habría otras bestias como él o incluso mucho peores merodeando por ese extraño paraje. Sin embargo, entre la muerte segura que la esperaba si el bote era arrastrado al rugiente atlántico o la muerte posible por mor de maldades desconocidas, eligió

lo más simple.

El viento era despiadado, y la chica sollozó en voz alta mientras vadeaba hacia tierra firme, donde tiró del barco con las pocas fuerzas que le quedaban. Sabía que tenía que quitarse la ropa mojada y envolverse en la manta que estaba más seca, pero lloró aún más al hacerlo, al exponer su escasa carne azul al viento; por suerte, una vez arropada con la manta, entró un poco en calor. Recogió unos cuantos maderos arrastrados por la corriente que ya estaban secos, pero temblaba tanto y tenía las manos tan frías que tardó horrores en preparar su hoguera. Pensaba que perecería antes de que saltara la primera chispa. No obstante, tras cierta desesperación, lo consiguió. Hizo la hoguera más grande que pudo, pues el afán de supervivencia superaba en ese momento el miedo a alertar de su presencia a las personas y a las criaturas del lugar, y extendió toda su ropa bien separada para que se secase, y luego dejó la manta mojada delante del fuego y fue moviendo las prendas por un lado y por el otro hasta que quedaron secas y achicharradas. Entonces se ovilló junto a la hoguera y absorbió el calor dentro de su cuerpo hasta que notó la piel abrasada.

Y a continuación, sobre una piedra plana, colocó las bayas y los hongos que ahora estaban mojados y pegajosos y apelmazados, e intentó secar esa amalgama, pues todavía podía comérsela. Se comió el último huevo de pato, que era blando, pero no consiguió masticar la carne de la pata, pues si masticaba algo más duro notaba unos horribles calambres en los huesos del cráneo.

Cuando sacó una rama incandescente de la hoguera y la utilizó para encontrar más madera seca para pasar la noche, vio que todos los charcos en los que los guijarros contenían el agua del río brillaban hacia arriba, como si fuesen infinidad de ojos resplandecientes a los que hubiera pillado observando sus movimientos.

Se palpó la brecha de la cabeza con los dedos —la piel tirante y una

blandura que latía por debajo y hacía que se le nublara la vista con el más leve roce—, y cuando recuperó las fuerzas de nuevo, cogió otra rama candente de la hoguera y la llevó hasta un charquito en calma y vio el reflejo de su propio rostro convertido en algo monstruoso. Tenía la piel teñida de púrpura, porque el moratón le bajaba por toda la cara, los ojos eran puntitos relucientes que daban la sensación de parpadear desde las profundidades de la inmensa tumefacción que los rodeaba. Se le habían hundido las mejillas a causa del hambre, tanto que los dientes quedaban a la vista, la boca estirada hacia atrás como en una agresiva mueca.

Antaño, los desconocidos le cogían la carita entre las manos y se maravillaban de la delicadeza de sus facciones y sus largas pestañas rizadas y el tono rosa dorado de su piel. La alababan por el modo en que entraba en el mercado detrás de su señora con su propia cestita, pues a ojos de todos era la viva imagen de su señora, que iba delante, y las mujeres que vendían sus víveres se reían complacidas al verlas: la alta e imponente mujer empolvada con sus elegantes prendas y la réplica en miniatura que iba detrás. Le daban a escondidas alguna fruta o unas lonchas de queso, igual que se le dan golosinas a un perrillo. E incluso el seco y antiguo orfebre, primer marido de la señora y padre del malvado Kit y la pequeña Bess, había querido a la chica en los años en que estaba recién llegada del hospicio de la parroquia y le había dado algunos dulces y se la había subido a las rodillas, y ella sabía que era un hombre bueno, aunque casi nunca estuviera en casa. Y también el soplador de vidrio la había admirado, lleno de esperanza. Todo ese pasado de belleza murió allí mismo mientras se contemplaba en el oscuro charco con el fuego centelleando a su espalda, y vio la transfiguración de su ser saliendo de la persona que ella creía que llevaba en la cara.

Después, por detrás de su cara reflejada, en el fondo del charco, vio un montón de ostras arracimadas y blancas en la sombra. Le parecía casi imposible pensar en meter el brazo otra vez en el frío, pero lo hizo, entre juramentos. Agarró las ostras y tiró de ellas para desprenderlas, había docenas. Allí mismo junto al charco, abrió una haciendo fuerza

con el cuchillo y se tragó la carne que contenía, y notó cómo se movía mientras bajaba por su estómago, todavía viva y fría.

No se dio cuenta de que se había cortado un dedo hasta que acercó las demás ostras al fuego para asarlas en las conchas, entonces se chupó el corte y paladeó la sal y el sabor fuerte de su sangre.

Cuando las conchas de las ostras se abrieron y desvelaron la carne cocida del animal, la chica vio que dentro de algunas había perlas gordas, que sostuvo entre los dedos, maravillada. Mientras las sujetaba, las vio como si estuvieran en las orejas de altivas mujeres de la nobleza o ensartadas y relucientes en el collar de la garganta empolvada de su señora. Y le hizo gracia que la providencia pusiera en sus manos unos objetos tan valiosos mientras estaba ahí, en la espesura del bosque, donde, sin posibilidad de comerciar, se convertían en un desecho más. Sin embargo, no pudo soportar la idea de tirarlas y se metió un puñado en el saco, pues era casi como si pudiera notarlas contra su propia piel; y si al final encontraba a los franceses, quizá pudiera intercambiar las perlas por comida y cobijo. Cuando consideró que las ostras ya estarían lo bastante hechas, se las comió y las saboreó, saladas y dulces, sin necesidad de masticarlas.

Continuaba teniendo frío; nunca en la vida dejaría de tener frío, pensó. Avivó la hoguera para que calentara aún más, para que abrasara por delante sus prendas y la capa, pero también para que su espalda, que daba a la oscuridad, notara el calor. Dejó que el fuego se fuera devorando solo y fuera menguando, y entonces volvió a cubrirse el cuerpo con la ropa más cálida, capa a capa, tratando de moverse lo mínimo para evitar que los latigazos de dolor le azotaran los ojos.

Antes de permitirse dormir, orinó, y le dolió tanto y el pis era tan oscuro que supo que era urgente encontrar agua. Y se arrastró entre las piedras de la orilla hasta que descubrió un diminuto manantial que discurría hacia la bahía, y llenó la taza de peltre una y otra vez, bebió

hasta estar más que harta, hasta que notó la garganta menos áspera y tuvo que volver a orinar. Fue largo su gateo de vuelta a la brillante hoguera, a lo lejos.

Cuando por fin llegó, se arropó con la capa y las dos mantas, pegándoselas mucho al cuerpo, y durmió sobre la piedra calentada por el fuego y con la barca bocabajo encima de ella a modo de parapeto, demasiado mareada y dolorida para encontrar un refugio mejor.

Saciada con las ostras y el huevo, y ahora caliente, su cuerpo solo ansiaba descansar. Durmió toda la noche, hasta que las ascuas se apagaron y dejaron de brillar; durmió toda la mañana y hasta bien entrada la tarde del cuarto de los largos días que llevaba vagando sola en la espesura.

Al moverse, sentía tal agonía en todas sus extremidades, en la cabeza, en la piel, que sollozó en voz alta. Pero el modo en que la luz iluminaba la bahía le devolvió el coraje para continuar.

Ya sabía con certeza que si permanecía mucho tiempo en el mismo lugar moriría. Y, no obstante, cuando se incorporó a duras penas, el mero hecho de estar de pie la mareó tanto que acabó teniendo arcadas.

Se arrastró a lo largo de la orilla hasta que encontró un pino que supuraba gotas de brea oscura, y con un palo, raspó tanto como pudo un pedazo de corteza para recoger en ella la sustancia; y con el palo y unos movimientos muy lentos para no aumentar el dolor, calentó la resina en las ascuas hasta que se volvió maleable, y entonces intentó reparar los puntos del barco en los que había fugas. Luego hizo un pequeño escalón con astillas y maderos en el centro del barco para evitar que el saco tocara el agua que pudiera filtrarse, colocó la taza de peltre entre los pies para achicar agua cuando fuera preciso, y empujó la pequeña barca para alejarla de la orilla. E incluso ese movimiento hizo que sintiera el cráneo como un huevo al cascarse, cuando todos los jugos salen a chorro, y gimió de dolor.

La barca fue tomando velocidad, arrastrada por el agua, y la chica aprendió a utilizar la pala para empujar, remar y dirigir el rumbo.

El viento aullaba en sus oídos, un frío terrible se abría paso entre la ropa de la chica hasta su helada piel húmeda. Le dolían los brazos y la espalda del esfuerzo, pero en el barco podía permanecer bastante quieta durante la travesía y así evitar que se le dañaran aún más los pobres sesos.

Para cuando la luz de la tarde se alargó y ella se acercó a la orilla con intención de encontrar refugio para la noche, se había alejado tantísimo del punto en el que se había despertado por la mañana que se admiró, pues dos días de caminar, incluso a paso ligero, por la tierra congelada no habrían podido llevarla tan lejos. Se sintió agradecida de su buena barca, y su cuerpo había sanado lo justo para que pudiera masticar la pechuga de pato ahumada con cuidado y mantener en el estómago todas las ostras asadas que se había comido.

Dejó el bote amarrado entre los árboles, oculto, y se adentró más en la calidez del bosque, algo que echaba de menos. Allí dentro se imponía el silencio frente al escándalo del viento y el agua de la bahía. Caminaba con mucha precaución, avanzando poquísimo a cada paso, prudente mientras tuviera la cabeza abierta. Cuanto más se introducía en el bosque, más calor sentía. Con pasos cautos y lentos, subió un montículo y salió a un pequeño prado que desprendía un brillo dorado con los últimos rayos de sol del día. Las hierbas invernales se habían secado y estaban plateadas, mientras que los brotes nuevos surgían verdes entre ellas, y unos pajarillos amarillos y negros se zambullían en las plantas y volvían a salir, dejando puntadas invisibles en el campo.

La chica se sentó a observar a un enorme puercoespín que paseaba sus púas por la maleza con la cansada pompa de un príncipe coronado y le entraron ganas de reír, pero no lo hizo, ya que sabía que la risa le provocaría un dolor inmenso.

Este es uno de los lugares tranquilos y buenos de esta nueva tierra, pensó.

Extendió la manta sobre un retazo de hierba tan mullida que era incluso mejor que la cama de plumón sobre la que dormía su señora en

la ciudad. Cuando se tumbó, se descubrió bañada por el olor que subía como el agua de alguna dulce hierba autóctona. Le bastó con el calor de la capa y la otra manta y no tuvo que encender otro fuego para no tiritar.

Invocó al espíritu del soplador de vidrio y lo sintió tumbado a su lado, sobre la hierba; aunque invisible, pensó que si alargaba el brazo podría tocarlo. Este es el lugar que estábamos destinados a encontrar, le dijo en silencio. Aquí es donde habríamos sido felices.

Y pudo oír, sí, casi pudo oír cómo él ensanchaba la boca al sonreír; casi pudo sentir su calor cuando la mano de él estuvo a punto de tocar la suya.

Se durmió de forma agitada y sin soñar, hasta que al despertar en mitad de la noche descubrió todas las estrellas desplegadas en el cielo, y la luna, a la que habían cortado un pedacito de su totalidad, resplandeciente en lo alto.

Sin moverse, observó maravillada el titilar de las estrellas en las alturas.

Escuchó los ruidos nocturnos del bosque y por vez primera no tuvo miedo.

Algo se había roto dentro de la chica a raíz de aquella bestia que tiraba piedras, tantas leguas por detrás de ella, esa cosa monstruosa que recordaba a un hombre; sin embargo, con la fractura le parecía sentir como si otra cosa le fuera devuelta de manos de este lugar en una especie de armonía, un sonido grave, un murmullo dentro de su ser que hasta entonces no había advertido que estaba desafinado.

La última vez que había visto unas estrellas tan brillantes como esas, tan atrevidas, había sido en el barco en mitad del océano, y se había recostado y había empezado a sentirse, sobre esas aguas interminables bajo el cielo aún más inabarcable, tan maravillada por la inmensidad que se había creído infinitesimal.

Pero en ese instante percibió la tierra bajo su cuerpo, la tierra que giraba, y supo que ella formaba parte de ese todo, era necesaria y lo bastante grande.

Por un prolongado momento, se vio tumbada en el centro mismo de

la palma de la mano de dios, y la noche estaba formada por los dedos de dios, que se curvaban para protegerla contra las llamas de la eternidad. Y las estrellas y la luna eran el espacio que brillaba dentro. Y el aire era puro sobre ella. El aire le alivió el agudo dolor de la cabeza con sus dedos largos y fríos.

Y entonces se sintió igual que cuando su señora la había amado, antaño, cuando era asombrosamente pequeña y la señora se alegró de que llegara a ella desde el hospicio de la parroquia, pues a la señora le costaba quedarse embarazada de nuevo después de su hijo Kit. Durante unos dulces meses, la chica había sido como una hija para la señora.

En el orfanato, le habían puesto el nombre de Lamentaciones para recordar la mancha del pecado que llevaba dentro, y el apellido Callat, para que toda la vida llevara sobre sus hombros el oficio de prostituta que casi con total seguridad ejercía su madre. Pero cuando llegó a la casa de la señora y de su primer esposo, el orfebre, empezó a recibir muchos otros nombres: Chica y Muchacha y Tonta y Niña y Zeta, porque siempre era la última y la más pequeña y la más ninguneada, como la más extraña de todas las letras del alfabeto.

Lo que recordaba del hospicio era la piedra húmeda y el ruido y el hedor a levadura de cervecería y el aire podrido del río que subía por las ventanas y las carreras infantiles por la noche, que realizaban en completo silencio para no despertar a las viudas cuidadoras que solían aparecer con la zapatilla en alto para aporrear a los traviesos niños en la cabeza.

Y su recuerdo más vívido era el de los tiempos de la peste, cuando incluso unos bracitos tan enclenques como los suyos habían tenido la tarea de sujetar a los recién nacidos que se morían. Pobres animalillos, incluso ahora le parecía sentirlos en sus brazos, con aquella respiración entrecortada y dificultosa, hasta que se ahogaban en la muerte dentro de los diminutos pulmones. Tres recién nacidos había tenido en brazos así, y ella contaba apenas cuatro años como mucho; los abrazaba durante horas con una pena terrible, aun cuando los demás niños se cansaban de sus bebés agonizantes y empezaban a pasárselos unos a otros como sucias muñecas de trapo, o los dejaban en el suelo y se iban

a dar una vuelta y solo volvían para ponerles la mano delante de la boca y ver si ya se habían muerto. Pero a esos tres recién nacidos que acunó ella se aferró con fuerza, por mucho que sus brazos cansados parecieran de plomo, hasta que notó el cambio en ellos cuando cesó su aliento y el alma que pudieran tener en aquellos cuerpecitos escapó y ascendió hacia dios. Continuó abrazándolos incluso cuando una atroz quietud ocupó el lugar del alma que había huido.

Entonces, un día, cuando tenía cuatro o cinco años, el viejo pastor de la iglesia cuya cara era igual que un filete de ternera crudo, del que las niñas sabían que era mejor esconderse, fue a buscar a la pequeña Lamentaciones. Le gritó que se pusiera un delantal un poco menos asqueroso y fuera a la cocina a lavarse la cara y las manos. Gruñía mientras la niña frotaba para quitarse la mugre; no se daba por satisfecho con su limpieza, y escupiendo su propia saliva amarga en el pañuelo le restregó la piel hasta dejársela en carne viva, y la niña terminó llorando a su pesar y dijo en voz baja: No, señor, lo que ve no es suciedad sino el tinte que tengo metido en la piel.

Entonces el hombre suspiró y se dio por vencido. Ahora sígueme, le dijo.

Y la niña corrió tras él y salió por la puerta de aquella casa, el único hogar que había conocido, y entró en las calles embarradas donde los cerdos y los milanos se peleaban por las sobras, donde los caballos, tan inmensos que daban miedo, trotaban con escándalo. Un farsante que se hacía el lelo babeaba y fingía espasmos a sus pies. Y en las profundidades más apestosas y hacinadas de la ciudad, tuvieron que esquivar a un perro muerto que había en medio de la calle, y el dedo descalzo de la niña rozó sin querer el costado del perro mientras pasaba el pie por encima; y con ese toque mínimo, la barriga llena de gases del perro explotó y todos sus jugos se desparramaron, como se desparrama el vino de un odre, por toda la calle, y el hedor que produjo la hizo vomitar encima de la ropa.

Al verlo, el pastor la maldijo y la empujó hasta una fuente pública y la obligó a lavarse hasta que acabó helada y chorreando. Y la cogió del brazo y casi la arrastró todo el camino hasta una tranquila calle soleada

en un barrio de mansiones, donde llamó a la puerta de una de ellas.

Los hicieron pasar a un fresco espacio blanco que olía tan dulce que la nariz de la niña se bebió el olor como si fuese cerveza con miel.

Por una puerta al fondo, entrevió jardines llenos de árboles y flores. Había un invernadero, según descubrió más adelante, con limoneros plantados en carretillas que los jardineros empujaban fuera para que les diera el sol los días que hacía bueno y volvían a meter cuando el aire era frío. Un sirviente llegó a la carrera y les dijo que la señora los vería enseguida en el salón de la planta superior.

Y allá subieron. Había una gran puerta oscura. Se abrió. Y allí contempló a la señora por primera vez, sentada en su butaca con una gorguera tan inmensa, tan iluminada desde atrás por el sol de la ventana que le daba en la espalda, que la mujer parecía reducida a una cabeza oscura sobre una bandeja.

¿Qué es esto?, preguntó con su peculiar voz musical. ¿Es una hebra de hilo, un pensamiento, una serpiente famélica?

Acérquese y mírela bien entrecerrando los ojos, dijo el clérigo con una risa falsa, y verá una chica fuerte, señora. Quizá incluso sea la criada más querida de su hogar. Trabaja mucho y sabe rezar y tiene un corazón obediente.

Uf, no, dijo la señora, es demasiado pequeña para dedicarse siquiera a darle vueltas al asador. Demasiado pequeña para ser pinche de cocina, demasiado pequeña para recoger la ropa. No sabría para qué usar a semejante criatura si la tuviera en esta casa. Mírame, niña, y dime qué eres.

La niña volvió a levantar la mirada y solo vio un terror incipiente.

Nada, susurró.

La señora exclamó: Pero ¡nada es nada! Incluso una simple mota de polvo como tú es una especie de algo. Falta saber qué eres tú exactamente. Y la señora observó a la niña un buen rato y le mandó hacer una pirueta, y la habitación se tambaleó ante sus ojos.

Por fin, dijo la mujer. Qué criatura tan extraña esta. Creo que me huele a algo morisco en su creación.

Y agarró a la niña por la muñeca, y más adelante esta comprendió

que a la señora le maravillaba que la piel de la chiquilla hiciera que la suya aceitunada pareciera pálida en comparación, pues los parientes de la señora provenían de los lugares más oscuros de italia y eran músicos en las cortes reales, y aunque habían amasado una riqueza considerable, con ella no podían comprar una piel más blanca salvo por la pintura con plomo que denominaban cerusa veneciana.

Sí, puede ser, dijo el clérigo, pero es bastante guapa. Y sonrió a la chiquilla con su cara de ternera.

La señora suspiró y sacudió la mano y dijo: De acuerdo, me la quedo. Aunque todavía no sé qué clase de sirvienta podrá ser.

Entonces la señora empezó a regatear con astucia, diciendo que esa mocosa no serviría para nada, salvo para acabarse toda la comida que pudiera proporcionarle su señora. Que la niña recibiría cama, mesa y ropa. El resto de su paga iría directo al hospicio, pues la señora y el clérigo estuvieron de acuerdo en que las viudas le habían hecho un favor tremendo a la niña al dejarla vivir hasta los cuatro años en esos cuartos fríos, húmedos y llenos de enfermedad.

Una vez sellado el trato, la señora salió a toda prisa del salón con su ropa de gala y el pastor trotó tras ella. Dejaron a la niña sola en aquella imponente sala, con su tapiz flamenco de un unicornio y la luz retrocediendo por los tablones del suelo hasta que se la tragaron las ventanas. De repente, ante ella apareció un grueso niño moreno y ceñudo. Era el hijo de la señora, Kit, a quien observaría al día siguiente mientras él se divertía arrancándoles las patas a los polluelos recién nacidos del palomar. En silencio, el chico extendió la mano. Ella, que confiaba en todo lo que hubiera en aquel lugar, puso la suya encima, tras lo cual él le cogió un pellizco de piel de la muñeca y se la retorció. Sabía muy bien lo que era ser diminuta y débil ante un peligro mayor; los niños del orfanato a veces llevaban la brutalidad del mundo grabada a fuego, así que sabía que no debía llorar ni mover la cara ni intentar apartar el brazo; contuvo la respiración y lo miró con fijeza, hasta que el ruido de unos pasos que se acercaban se hizo patente. Entonces el chico se perdió de nuevo en las sombras del salón. Dos marcas le ardían en la muñeca. En ese momento llegó la cocinera,

enfadada, con una vela que hacía que el vello fino de su barba tuviera un resplandor dorado, y condujo a la niña a la cocina, donde había manzanas verdes apiladas sobre la mesa y unos sabrosos pasteles de carne enfriándose allí también.

La niña descubrió más tarde que había tenido suerte, pues justo entonces había quedado vacante un hueco en el corazón de la señora. Apenas unos días antes, el mono que tenía de mascota había agarrado su correa de oro con las patitas y había salido con sigilo a la calle, donde, temblando, había esperado a que lo pisoteara un caballo, pues no podía soportar seguir viviendo en semejante esclavitud. La señora había estado buscando otra mascota con la que sustituirlo, y primero en broma, luego por descuido, acabó llamando a la niña por el nombre del pobre mono muerto: Zeta. No, esposa, protestó desesperado el orfebre, es inapropiado, porque la niña es un ser humano y tu mascota no era sino un mono infestado de pulgas comprado a un marinero en el puerto. Pero la señora solo escuchó a su alegre corazón y le hizo gracia llamarla Zeta, así que para ella la niña se convirtió en Zeta, y todos los demás, si es que la llamaban alguna vez, se esforzaban por recordar su verdadero nombre, Lamentaciones.

Y así fue como se convirtió en el pequeño proyecto personal de su señora, y la señora le enseñó a la niña muchas canciones para que cantara y la acompañara con el laúd, que tocaba de maravilla porque en su familia todos tenían dotes para la música. Le enseñó a bailar: coranto, la volta. Le enseñó a resolver acertijos, a utilizar la astucia; y mientras la instruía, moldeó a la niña hasta hacer de ella un bocado delicioso con el que tentar a pintores y músicos y artistas y poetas a los que a la señora le encantaba llamar amigos, para que fueran a su casa.

Pero aquella primera noche, recién llegada, después de volver a nacer lejos de los horrores y oscuridades del hospicio, después de que la cocinera y otra sirvienta vieja hubieran quemado el mugriento vestido de la niña y la hubieran bañado con agua ardiendo y le hubieran quitado los piojos y las liendres de la cabeza y hubieran vuelto a cubrirla con una camisola de lino limpia que habían cosido a toda prisa para ella, se quedó dormida con la cabeza encima de la mesa de la

cocina, que era la cama más cómoda que había conocido en su vida, saciada de comida y rodeada del pan del día siguiente, que estaba acabando de cocerse. Se despertó en plena noche cuando la señora le acarició la mejilla, y abrió los ojos para ver la reluciente cara de su nueva ama, dorada a la luz de la palmatoria que llevaba y un poco demencial a causa de la pintura blanca que se ponía, en contra de toda ley suntuaria, y que había olvidado quitarse al ir a acostarse esa noche. La señora cogió de la mano a la chiquilla y se la llevó a su propia cama y le permitió dormir a sus pies encima del colchón, pues era una mujer flemática con la sangre lenta y diluida y siempre tenía los pies fríos, y le gustaba calentárselos sobre la espalda de la niña o sobre su suave barriguita, ya que el de calientapiés era un uso tan bueno como cualquier otro para aquella minucia de nada que era Zeta, decía la señora. Y la niña jamás había conocido semejante limpieza o comodidad o paz, y cuando se despertó a la mañana siguiente creyó que se había quedado sorda. No se oían los berridos de los bebés ni los gritos de los niños a los que pegaban las guardianas viudas por haberse meado en la cama por la noche. Nada salvo el suave ronquido de la señora, y abajo, el runrún de las sirvientas que bostezaban y se desperezaban, recién levantadas, y la cocinera, que ya llevaba tres horas de jornada, disponiendo el desayuno de la señora en una bandeja de plata y siseando a la criada para que se lo llevara al ama a toda prisa, tú, vaga redomada que no vales para nada, gansa pálida.

La señora se despertó entonces y vio a la niña, que la miraba con ojos asustados. Amasó la barriga de la niña con los dedos de los pies fríos y dijo con voz rasposa: No tengas miedo, criatura. En esta casa nadie va a hacerte daño.

Y la niña cerró los ojos y se apoyó en los pies que en cierto modo la acariciaban.

Igual que el viento nocturno de ese lugar la acariciaba y le prometía una seguridad que tal vez no pudiera proporcionarle. Y la chica, ahora igual que entonces, se durmió.

Pero cuando se despertó en medio del amanecer cubierto de suave niebla vio junto a su cabeza la huella de un felino o un lobo errante que había pasado por allí durante la noche. La huella tenía la redondez de un orinal, y estaba tan incrustada en el barro que se había endurecido con el frío de la madrugada, y se encontraba tan cerca de su cabeza y era de un tamaño tan grande que la chica gimió en voz alta al imaginarse el resto del animal. Debía de tener la altura de tres hombres. Entonces se puso a temblar, al comprender que esa bestia se había arrimado a ella, se había parado a olfatear su cuerpo dormido, tal vez se hubiera sentido tentada, y habría podido matarla con facilidad, desde luego. Pero al parecer la bestia había preferido buscar un alimento más sustancioso, y la chica se llenó de gratitud por ser todo huesos y nervios sin un gramo de grasa en el cuerpo.

Volvió a tumbarse para tranquilizar las aguas agitadas de su cerebro y sintió la nimiedad de su cuerpo vibrantemente vivo, hasta que ese terror reciente acabó de recorrer su ser y la abandonó.

10

Se despertó rezando: Ten piedad de mí señor ten piedad de mí que tu misericordia señor venga sobre mí como lo espero de ti. En ti señor confié no me veré defraudada para siempre. Amén.

Recogió sus cosas despacio, en consideración al doloroso palpitar de su cabeza. Los muchos dolores separados se convirtieron en un dolor integral que la llenó por completo y la dejó paralizada. Se imaginó que ella misma era un colchón relleno de cascarillas de cereal.

Bajó la pendiente hacia el río, tratando de deslizarse como un cisne, tratando de no darse empellones. Llevaba algunos frutos secos en el saco, un puñado de moras pasas y hongos apelmazados. En algún lugar había perdido la cestita con grasa de pato que llevaba en la cintura.

Se planteó comer, pero solo de pensarlo le entraron náuseas que se extendieron de su estómago hasta sus extremidades. Y aunque bebió y el agua fría la calmó y acalló el calor de su cabeza, también hizo que le temblara tanto el cuerpo que le castañeteó la mandíbula. Tenía las manos rígidas, como congeladas desde dentro, como si se hubieran agarrotado con una fuerza tan incontrolable que le costó mucho lograr que se doblegaran a su voluntad. El estremecimiento era tan contrario a los deseos de su cuerpo que supo, incluso mientras el agua pasaba por su garganta, que el frío le estaba haciendo un daño extremo.

Se arrodilló y preparó una pequeña hoguera y sacó la taza de peltre y echó en ella unas cuantas agujas de pino y las hirvió directamente en la taza hasta que el agua quedó marrón y acre y cargada de pino. La bebida caliente le bajó rozando la garganta y le iluminó la sangre

misma; notó que brillaba dentro de ella. Se calmaron sus temblores. Desaparecieron las arcadas. Se tomó tiempo para hervir más agujas y se bebió la infusión entera antes de decidir por qué camino continuaría avanzando, pues todavía no le quedaba otro remedio que seguir avanzando, un paso tras otro hacia la esperanza, hacia la salvación.

Era ya su quinto día en la espesura salvaje, y anhelaba volver a tener un techo encima de la cabeza.

El deshielo se había acelerado tanto que, aunque al principio de su fuga apenas unos días antes había podido ir veloz como un pájaro sobre la tierra mojada, ahora le costaba verdadero esfuerzo moverse, pues el barro chupaba y succionaba las botas a cada zancada, igual que un niño se chupa el dedo. Se resbaló mientras andaba y cayó de rodillas y se llenó de fango la capa y los faldones ya sucios, y se le desgarraron las medias hasta que la piel quedó al descubierto, aunque el dolor de la rodilla ensangrentada no era nada en comparación con todos los demás sufrimientos.

Remontaría la bahía una vez más, trazaría una línea a lo largo de su borde, hasta que terminara en el río más al norte que había atisbado en el mapa por encima del hombro del gobernador. Una vez allí, como parecía que ese río conducía directo al norte, se daría impulso para avanzar tanto como pudiera navegando, porque había quedado demostrado que el desplazamiento por el agua era superior al que podía hacer por tierra durante esos cenagosos días de deshielo.

De nuevo, reparó como pudo todos los agujeros visibles de la embarcación con otro palo impregnado de brea caliente, pero estaba tan aturdida que se le escurrió por las manos, y se le quedaron los dedos sucios y pegajosos con la sustancia negra. Cargó el saco con su valioso contenido en la pequeña plataforma que le había fabricado, metió su propio cuerpo tembloroso dentro de la barca y empujó para alejarse de la costa. Regresó con alivio a la relativa tranquilidad de la corriente, donde, aunque las olas la hacían rebotar ligeramente, si acompasaba el cuerpo con ellas no despertaban al monstruo jadeante

de su agonía.

El viento no paraba de intentar zarandearla, y la otra orilla se ocultaba en la gris distancia, y tuvo que remar y empujar con todas sus fuerzas porque sabía que ir hacia el este era abocarse a una muerte segura por ahogamiento. Cada poco, achicaba el agua con la taza de peltre por miedo a que la barca se llenase de agua helada y se hundiera, llevándose consigo a la chica, aunque puso las botas en alto sobre la pequeña repisa que había hecho para el saco, de modo que al menos tenía los pies secos. Se mantenía cerca de la costa: pensaba que así, si el bote volcaba o se quedaba encallado en uno de los bloques de hielo que descendían de los ríos y ella se veía de repente arrojada al agua, aún tendría posibilidades de bracear hasta la orilla. No contaba con el inmenso peso de la capa y las prendas y las botas; no sabía que, si se caía de la barca, se hundiría rápido, con las extremidades tan congeladas por el frío que jamás sería capaz de salir a flote.

La confundía la zona pantanosa que suavizaba el contorno de la bahía y hacía que fuese indistinguible de un río, la forma en que subía la marea y provocaba extrañas corrientes que a veces la empujaban hacia delante, otras hacia atrás, de modo que en ocasiones tenía que salir del bote y tirar de él a su espalda para avanzar por la marisma. Cuando una isla surgía de repente y partía en dos las aguas, con frecuencia perdía la orientación, y pensaba que estaba en un río hasta que por fin pasaba la isla y la bahía se ensanchaba de nuevo. Y continuamente la atacaban rachas de viento que bamboleaban su barquita sin cesar de un lado a otro, lo que la obligaba a remar frenéticamente para evitar quedar encallada en la costa. Y tal vez lo peor de todo: el sol, que durante buena parte de su periplo había sido un claro indicador de la dirección, se había apagado, y ahora ocultaba su rostro detrás de unas gruesas nubes grises y bajas y no estaba dispuesto a mostrarle dónde se hallaban el este y el oeste.

Cuando tuvo un respiro en el que poder evaluar dónde estaba, intentó recordar, una vez más, el dibujo de la bahía que había visto por

encima del hombro del gobernador, con los ríos que irradiaban desde allí como llamas. Convencida de que se movía a buen ritmo hacia el lugar más septentrional, donde creía que podían estar los franceses, trataba de tener en todo momento la tierra firme a su izquierda. Pero si hubiera sido un halcón y hubiera surcado el cielo habría visto que, en lugar de permanecer en la bahía, en su confusión había sido arrastrada por el viento hasta una arteria más estrecha, un río que desembocaba en la bahía. Pensaba que se acercaba a los hombres o a un dios que le resultara familiar, a las calles empedradas y las conservas de frutas y el pan con levadura. Pero su barca la llevaba cada vez más lejos de todo eso.

Era una tontería pararse a descansar cuando su barquita se movía con tanta soltura gracias al viento y la corriente, pensó, como si bailara feliz sobre la superficie del agua. Y el viento le había refrescado la cabeza hasta un punto en que dejó de sentirse incómoda. Así pues, en lugar de detenerse a estirar el cuerpo agarrotado o buscar el calor y la comida en tierra, comió lo que le quedaba en el saco hasta que se le agotó la comida, y pasó sed durante un tiempo. Necesitaba orinar, pero contuvo el pis dentro del cuerpo. La señora, durante las noches más frías del invierno, empleaba un calentador de cobre de sus antepasados italianos que llenaba de piedras calientes, y en los días más gélidos, lo colocaba dentro de la cama para templarla hasta que llegara el momento de introducir su tierno cuerpo entre las sábanas, y la chica pensó en eso, pensó que la vejiga llena de pis caliente sería su calentador personal. Y se rio de sí misma, aunque no a carcajadas, solo con la respiración, para evitar que el latigazo de dolor se expandiera por todo su cráneo.

Luego el viento amainó y la corriente la llevó con suavidad durante unas horas. La propia paz de la travesía en barco la acunó, haciéndola entrar en una dulce contemplación mientras observaba las hileras de árboles que pasaban por delante, ahora iluminados por el sol, y miraba la luz que se reflejaba por capas en el agua. Sintió un placer más

genuino allí, al amparo de aquel vaivén, del que había sentido contemplando cualquiera de los cuadros pintados con sumo realismo en los salones de los amigos de su señora.

Toda su mente se volvió entonces delicada e infinitamente abierta, y cuando bajó la mirada hacia el agua, vio en las profundidades que tenía debajo, apareciendo y desapareciendo de la sombra de la barca, un ágil e inmenso pez gris que podría haber sido una marsopa como las que bailaban alrededor de la estela del barco mientras surcaban la faz del océano. Y entonces el animal sacó la cabeza, se aproximó; y hubo algo en el destello brillante, en el líquido ojo negro del pez que la miraba mientras dejaba atrás la sombra para adentrarse en la luz, que le hizo decir en voz alta: Sí, y suspiró. Hubo algo en la temblorosa intensidad de esa visión, tan distinta de los otros momentos más deslumbrantes de su vida, que por un instante perforó la nubecilla de apatía en la que discurría su existencia. Y le pareció que casi podía ver algo ahora moviéndose por debajo de lo cotidiano, lo diario, la materia opresiva y gris del ser, algo similar a una intrincada geometría que vivía bajo la superficie de aquel mundo material. Y ese golpe rápido y fabuloso y extraordinario al corazón le recordó a cuando uno de los aprendices del orfebre golpeaba y golpeaba una pequeña pepita de oro hasta que, por toda la mesa de mármol en la que trabajaban, se extendía una finísima lámina que lo cubría todo; los momentos más vívidos eran cuando la hoja de oro se quebraba ligeramente y era posible ver las frías venas duras del mármol antes de que la fractura se soldara con más golpes.

Tras ese instante, se sintió transformada, aunque fuese tímidamente.

Llevaba un buen rato en su barquita, todo el fresco día, cuando el sol empezó a mostrar debilidad. Los árboles del linde del bosque captaban la luz en sus nuevas hojas tiernas y resplandecían con un sobrenatural tono verde. El río se había estrechado lo suficiente para que la chica viera la otra orilla, ahora ensombrecida y densa, sumida en la oscuridad. Manejó la barca hasta que quedó encallada, luego la empujó hasta la orilla poco profunda con el remo hecho de madera a la deriva

y saltó de la embarcación sin mojarse las botas. Entonces se quedó allí plantada con la cabeza entre las manos, a la espera de que los latigazos del dolor salieran de ella.

Sobre esa tierra relativamente seca, el recuerdo del viento fluvial le silbaba en los oídos y hacía que le costase advertir si había movimientos peligrosos e incluso oír a los pájaros de la costa cantando sus agudas melodías en el frenesí del apareamiento. La agonía que sentía en la vejiga era tal que no esperó más para orinar, se limitó a acuclillarse en la orilla, y apenas se había levantado las faldas cuando de su cuerpo salió el enfermizo pis marrón, que cayó caliente al suelo. Tenía hambre, sí, se moría de hambre. De tanto agarrar con fuerza el remo improvisado, tenía los dedos hinchados y al verlos le parecieron salchichas: los examinó largo y tendido, casi notaba en la boca el sabor y su textura entre los dientes, y tras mirarlos un rato más de la cuenta, rompió el hechizo riéndose de sí misma.

Pero en ese momento el viento empezó a soplar más frío y fuerte que antes, y se preocupó. Había tenido el este a la espalda la mayor parte del día, pero ahora que había recalado en tierra y podía ver el cielo entero, se fijó en la nube negra que se arrastraba por el horizonte y desdibujaba el atardecer. Sabía que le quedaba muy poco tiempo para buscar refugio antes de que la tormenta que se avecinaba cayera con fuerza sobre ella. De lo contrario, sería tan vulnerable a la furia de los elementos como un vil gusano rosado.

En el peor de los casos, pensó, se resguardaría debajo de la barca y esperaría allí la llegada de la tormenta, pero el frío se colaría por sus grietas en cuestión de minutos, y se dijo que debía de haber mejores cobijos cerca, tal vez incluso un lugar en el que, a salvo de la tormenta, pudiera encender una hoguera para calentarse y hervir más agua de pino e incluso encontrar algo para comer.

Y si no le quedaba más remedio, pensó abatida, que compartir el espacio con otra bestia peligrosa y hedionda, tendría a mano el fuego y el hacha y el cuchillo, y la intensa desesperación de no querer morir.

No huiría; esta vez lucharía.

Así pues, se adentró en el bosque subiendo la pendiente entre las zarzas y los espinos que se le enganchaban en la capa y le hacían agujeritos que descubriría más tarde, y se resbaló en el barro, y mientras empujaba su cuerpo protestón, el dolor se volvió tan inmenso que dudó de si podría contenerlo. Dentro del bosque, se había impuesto una quietud antinatural, los pájaros habían cortado sus cantos de lujuria para encontrar abrigo, las bestias acechaban desde sus escondites. Era un lugar salvaje y fantasmal, pues un viento terrible debía de haberlo azotado pocas estaciones antes y había tumbado árboles enteros, ya que muchos estaban volcados en el suelo, con restos de barro e incluso piedras atrapadas en sus raíces expuestas. En su estado febril, la chica sintió la fragilidad de las raíces dentro de su propio ser, tan tiernas como un dolor de muelas, un eco de lo que sentía ella misma.

Entonces la luz del bosque cobró un tono oscuro y verde intenso, y todo viento, todo sonido, murió.

Chica, date prisa y búscate un sitio donde esconderte, dijo en voz alta.

11

Echó a correr tan rápido como le permitía su pobre cabeza, en busca de una cueva o de algo con lo que guarecerse, y se arrepintió de haber dejado atrás el cobijo seguro de la barca bocabajo; oyó algo que crujía entre las ramas altas, el sonido recordaba tanto a una piedra que, de manera instintiva, se cubrió la cabeza abierta con los brazos. Pero el objeto caído se precipitó abajo dando golpes a las ramas y el tronco hasta que se detuvo junto a sus pies, y vio horrorizada que era un pedrusco de hielo tan grande como su puño.

Con aprensión, supo que si una cosa tan grande caía sobre ella desde los cielos acabaría la tarea fallida de aplastarle los sesos.

A juzgar por el ruido, había más bolas de granizo cayendo entre las ramas, golpeando los árboles en su descenso, horadando la corteza, claqueteando y repicando y quebrando las ramas y los palos entre chasquidos, arrancando las tiernas y suaves hojitas; el bramido se acrecentaba conforme las congeladas piedras se multiplicaban y caían no de una en una sino a decenas, y pronto serían centenares, así que se puso el saco sobre la cabeza a modo de casco, como si el saco o las cosas que había dentro fueran a ser lo bastante resistentes para protegerla, y puso pies en polvorosa pese a la agonía de la cabeza y corrió hacia el árbol más voluminoso que vio caído. Era un imponente olmo viejo que debía de llevar allí más tiempo que los demás árboles, pues tenía la corteza arrancada por las inclemencias y las raíces estaban tan blancas como un hueso descolorido por el sol.

Se metió en la pequeña cavidad que había bajo las raíces, y en el bosque abierto por el que estaba corriendo apenas un momento antes vio una espesa capa de hielo que caía y rebotaba.

Bastante protegida del granizo en la cueva de las raíces del olmo volcado, observó el hielo que se abría paso a cuchilladas por el bosque y rebotaba hacia arriba con salpicaduras de tierra y humus, ramas astilladas y polvo de hojas. Sintió un oscuro placer al saber que cada piedra de granizo borraba sus huellas del suelo, la apartaba de la especie de bestia u hombre que la perseguía. Cuando cogió el hacha y cavó para averiguar hasta dónde se hundía el árbol en la tierra, la madera se desprendió con facilidad en hilos y pedazos; se había podrido por completo a consecuencia de la humedad del suelo, que se colaba por las raíces.

Con el hacha y el cuchillo y sus manos desnudas, cavó un agujero en el tronco lo bastante hondo para que cupiera su cuerpo, empezando por los pies y sacando luego la madera podrida por la boca de la cueva-raíz, con el fin de construir una especie de muro que la protegiera de los elementos. Alrededor, el granizo alfombraba el suelo, golpeaba y brincaba, y pensó en cuando los peces de un estanque daban saltos fuera del agua en primavera para cazar las moscas que rozaban la superficie.

Dedicó un momento a atar fuerte una de las mantas a las raíces expuestas del árbol, para que hiciera de cortina contra la terrorífica tormenta del exterior y evitara que las piedras rebotaran y se metieran en la frágil cueva. En ese nuevo entorno de oscura comodidad, en parte protegida del terror, hizo una hoguera con la madera podrida más seca y unos cuantos palos y cortezas que había hallado en las inmediaciones. Armada de tal manera, se envolvió en la segunda manta para protegerse de los seres que reptaban dentro del agujero y se introdujo en el árbol.

A través de la madera percibió, mientras las bolas más grandes de granizo caían sobre el árbol y reverberaban por él, que el ruido le tamborileaba dentro de los huesos. Pero su pequeña guarida estaba caliente y oscura, era cómoda, y el agotamiento del cuerpo de la chica era tan completo que se durmió profundamente casi al instante.

Durmió como si estuviera muerta, sin respirar apenas, durante tanto tiempo que cuando se despertó había perdido la noción del día o de la noche. Trató de desperezarse, pero no pudo mover ni los brazos ni las piernas y entró en pánico. Estaba tan oscuro que creyó que la habían metido en un ataúd y la habían enterrado bajo tierra. ¡No estoy muerta!, gritó en voz alta, y no reconoció su propia voz. Entonces se acordó del agujero que había hecho en el árbol. A rastras, como un gusano, salió con dificultad del tronco. No quedaba ni un rescoldo en la hoguera, y tuvo que cavar de nuevo para extraer madera seca del interior del árbol y volver a prender fuego.

Entonces tocó la manta que había colgado a modo de cortina y la notó tiesa y rígida y fría al tacto, cubierta por una armadura de hielo de dos dedos de grosor.

Dio golpecitos en la cortina helada con la empuñadura del hacha hasta que se soltó, y luego la empujó de golpe para entrar maravillada en el mundo. Era de noche y el bosque entero desprendía un resplandor plateado. Tras el granizo, había caído una lluvia heladora, de la que no se había percatado a causa del sueño profundo, y esa gélida lluvia no había caído en su pequeña cavidad gracias al muro de materia podrida del árbol que, de manera instintiva, había colocado delante para bloquear la entrada de su cueva. Todos los árboles llevaban abrigos de hielo tan gruesos que parecían cubiertos de una capa de cristal, y las estrellas brillaban tanto sobre el mundo que el mundo les devolvía el brillo a las estrellas estúpidamente encandilado.

Suspiró ante la visión que tenía delante, maravillada; y entonces su maravilla dio paso a una desoladora desesperación.

Se moría de hambre y ahora no habría comida para ella en aquel mundo devastado por el hielo. Los fresquísimos brotes de los árboles habrían sido arrancados por el granizo; los huevos recién puestos de los nidos habrían quedado aplastados bajo los puños del hielo; las raíces que crecían tiernas dentro de la tierra se habrían congelado, y cuando el hielo se derritiera serían una masa ennegrecida. La primavera a punto de despertar había regresado al desierto del invierno.

Desgraciada, desgraciada, y sus ojos lloraron sin que pudiera evitarlo.

Y no había agua que beber. Entonces trató de pensar, se revolvió en el hueco prestando atención, y alargó el brazo hacia una bola de granizo que se había atascado en las raíces del árbol y le limpió la suciedad de la cara y la metió en la taza de peltre y puso la taza al fuego. Cuando el copo de granizo se derritió, sabía a bosque, a musgo y a corteza, pero también a la alta y furiosa nube que había escupido semejante rabia sobre ella.

Cuando pensó en volver a meter las piernas en el agujero podrido del árbol, se le ocurrió otra idea, y cogió un palo ardiendo y lo empleó de antorcha y se asomó al húmedo espacio de su escondite. Apretó con los dedos la madera mojada y blanca hasta que vio algo pálido que se retorcía y desprendió una larva de su hogar y la sostuvo en la palma de la mano. Observó cómo se encogía allí durante un instante. Luego se la metió en la boca y la masticó. Sabía en parte a madera y en parte a nueces negras, y el bocado le resultó bastante satisfactorio y en absoluto amargo como había temido. Es más, la larva y sus amigas le llenarían el estómago hambriento. Así que rebuscó por toda la madera podrida y poco a poco llenó la taza de peltre de larvas grisáceas, que se retorcían como recién nacidos, y cerró los ojos y se las metió en la boca, porque era repulsivo mirarlas, pero se las comió todas. Y su estómago se alegró. Y el dolor que sentía en la cabeza cesó sus exigentes bramidos y le dio un poco de paz.

La hoguera había calentado su pequeña caverna lo suficiente para derretir la mayor parte del hielo de la manta. Recogió las gotas que caían en la taza y se bebió el agua; una y otra vez bebió, saciando su sed hasta que tuvo que sacar el trasero desnudo al helado mundo para mear sobre su radiante resplandor de medianoche. Entonces regresó al agujero podrido del árbol y dejó que su cuerpo durmiera el resto de la noche.

Cuando se despertó, le costó ver el pajarillo rojo que se había apostado

en la rendija abierta de la manta, una pequeña forma contra el impacto de la luz matutina en el mundo enmarcado en hielo.

El pajarillo entró dando saltitos. Miró a la chica con su ojo negro como un botón. Abrió el pico.

Ay, chiquilla, dijo el pájaro con afecto. ¿Es la hora? ¿Te has rendido?

¿Ante qué?, pensó la chica mirando al pájaro.

Ante la liberación de tu alma inmortal, que abandonará esta forma humana básica, dijo el pájaro. Para reunirte con tus seres queridos, tan anhelados, en el reino de los cielos.

No habrá cielo para mí. No soy de los elegidos, pensó la chica.

No serás tú el juez definitivo de tu alma, dijo el pájaro.

Y la chica necesitó un buen rato para recapacitar sobre eso. El pájaro se estremeció, la observó con la reluciente cuenta azabache que era su ojo. La chica tomó una decisión y por fin dijo: No. Todavía no.

El pájaro suspiró y salió dando saltitos por la rendija brillante que se abría al día y extendió las alas y echó a volar. Y la chica volvió a sumirse en un profundo sueño.

12

Los viejos terrores nocturnos se colaban ahora en sus sueños.

Vio un estanque gris y poco profundo en el que crecía una masa viscosa como el esputo arrojado por un hombre. La masa latía por los bordes y empezó a emitir un antinatural brillo verde.

Algo gritó en la cercanía, invisible pero tan agudo, tan alto, que la chica notó el viento del grito sobre su cuerpo y descubrió, con un horror enfermizo, que estaba acuclillada al borde del extraño charco y tan desnuda como un bebé recién nacido.

A esa primera imagen se superpuso otra, un terror nocturno todavía más antiguo que conocía muy bien, en el que había un cielo de un morado intenso que restallaba enloquecido con relámpagos que parecían romperse en pedazos, y ella corría, corría para huir, y lo que la perseguía era tan horrendo que su mente, en pánico, no alcanzaba a comprender qué era, pero podía notarlo a su espalda, cada vez más cerca; el aliento y los pasos por detrás de sus propios pasos apresurados; le pisaba los talones; al cabo de un momento le saltaría encima.

Y los terrores nocturnos ancestrales se superponían en un rápido frenesí a los terrores de su vida real, desgracia contra desgracia, solapadas.

Y ahí estaba de nuevo en casa de su señora, y se hallaban junto a la ventana de la sala principal que daba a la calle, y los pinches acababan de llevar juncos frescos para extenderlos por el suelo y habían esparcido puñados de hierbas aromáticas aquí y allá, y el olor a lavanda y tomillo y romero y bálsamo de limón ascendía y le embriagaba la cabeza, porque Kit, el hijo de la señora, volvía a casa de

la universidad en compañía de cuatro nobles amigos.

Y de repente ahí estaban los jóvenes, subiendo la calle a caballo con los galgos blancos de Kit como caballos en miniatura trotando detrás. La señora soltó un grito de alegría y se acomodó en la silla en la que la penumbra era más favorecedora para su edad y dijo: Rápido, rápido, Zeta, retócame la pintura. Entonces, mientras oían el alboroto de los estudiantes que subían a paso firme las escaleras y los sirvientes los saludaban con efusividad, la chica cogió la brocha y retocó la pintura de plomo blanco en la piel de su señora, la cara y el cuello y la mayor parte del escote expuesto, luego se lo empolvó todo; después, la señora se cubrió el pecho y los hombros con una fina pieza de seda y puso encima la gorguera más grande, tiesa y blanca que tenía. A continuación, la chica le untó una pizca de carmín en las mejillas y los labios, le recogió los mechones sueltos con unas horquillas y le echó unas gotas de belladona en los ojos para que se le dilataran las pupilas y se tragaran los iris. Y la señora esperó, entre leves jadeos, cubriendo con elegancia la delicada silla tallada, y la chica se colocó detrás de ella, juntó las manos por encima del estómago y trató de esconderse en la escasa oscuridad que pudo descubrir entre el sofisticado tapiz del unicornio y la pared en la que estaba colgado.

Entonces se oyó más jaleo por la escalera y los jóvenes irrumpieron en la sala, riéndose de una broma privada. Al instante los amigos se quedaron callados y observaron con admiración a la señora, cuya belleza era famosa fuera de los confines de la capital, incluso había llegado hasta la ciudad universitaria. También se sabía, probablemente, que el orfebre, el marido de la señora y padre de Kit y de la pequeña Bess, era viejísimo y tenía parálisis, y había empezado a perder el juicio y tal vez no faltara mucho para que la señora acabase viuda y con una herencia más que cuantiosa. Y los jóvenes estaban obnubilados con ella, y con la perspectiva de su futura viudedad acaudalada también.

Es posible que Kit se diera cuenta, pues la ira cubrió su rostro e hizo una exagerada reverencia sarcástica y dijo: Madre.

Habéis llegado, dijo la señora con su cadenciosa voz musical. Sois bienvenidos, jóvenes caballeros. Debéis de tener hambre después del

viaje. Las habitaciones ya están preparadas y hace horas que he mandado que hirvieran agua para que podáis asearos antes de la cena.

La lengua de Kit salió como un dardo de la boca y, rosada, lamió sus labios. Madre, necesitamos una sirvienta a nuestra sola disposición. Y miró a la muchacha, la preferida de su madre, que se hallaba detrás de la señora, y sonrió. Nos hará falta alguien que nos lleve y traiga las cosas.

Ah, dijo la señora, sí, bueno, le pediré a la criada más nueva que os sirva. Es una viuda experimentada y fuerte.

No, no, dijo él, la queremos a ella. Y la chica vio con horror que la señalaba, allí oculta entre las sombras. A su pequeña Zeta. Es la más lista y la más ágil, y ninguna de las otras sirvientas tiene seso suficiente para aprender el latín que vamos a hablar estas semanas si queremos ganar fluidez en ese idioma. Solo su pequeña cotorra tiene cabeza para eso, madre. Además, nos hará falta entretenimiento, y esta cosita preciosa cantará y bailará para nosotros. Porque usted ha enseñado tan bien a su pequeña mascota que se ha convertido en un hermoso reflejo suyo.

Y uno de los estudiantes chasqueó la lengua, y la chica notó cinco pares de ojos que se la comían con la mirada.

Tenía la impresión de estar atravesando la madera hasta hundirse en el barro del suelo, la sensación de que la tierra se tragaba sus rodillas, sus muslos, su entrepierna. E incluso con la mirada gacha notó los ojos de la señora que se desviaban parpadeando hacia ella, y en respuesta, el rostro de la chica expresó un firme no.

No, dijo la señora. No es para vosotros. Porque tu hermana, la pequeña Bess, necesita a Zeta para que la limpie y la consuele y le enseñe todo el día, y como hermano cariñoso, jamás le negarías a tu hermana a su niñera y dulce compañía, ¿verdad?

Ah, dijo Kit. Pero debo insistir, pues estaremos muy poco tiempo, apenas quince días, y seguro que la pequeña Bess aprende mucho más sobre el regazo de su madre. Por supuesto, si usted no lo permite, no nos costará nada ir a ver a mi padre, su marido y dueño, al gremio de orfebres, él es incapaz de negarle algo a su querido hijo.

La chica supo que la señora se debatía por dentro, aunque por fuera permaneciese tranquila e impasible, pero la mujer no tardó en rendirse. Dijo: Bueno, de acuerdo, podéis quedárosla, pero no le gastéis bromas de esas que os gustan a los chicos.

Y Kit dirigió entonces su mirada desafiante a la chica; luego los cinco jóvenes se marcharon de la sala, entre risas y escándalo, y fueron a la mesa del comedor, donde la cocinera ya les había servido los pasteles de carne y la ensalada con cebollino, perejil, hinojo y otras plantas aromáticas. La chica los siguió a paso lento, notando el terror que iba arañando su corazón.

La señora la agarró por la mano cuando la chica pasó por delante y le siseó: Sé astuta, mi niña, usa tus artes, evita estar a solas con ellos en la habitación cuando se emborrachen, no les permitas que se tomen libertades.

Y la chica lo intentó, vaya si lo hizo; usó su astucia y fue buena y rápida y apartó manos e hizo amagos para desviar la atención de los jóvenes de su limpia y bonita persona. Quitaba hierro a sus palabras; por obligación, aprendió el latín tan rápido como ellos lo hablaban, y les respondía en la misma lengua, y se maravillaron de esa iletrada sirvienta, ese despojo, que captaba al vuelo cosas con las que hasta el más listo de ellos tenía dificultad. Aprendió a mantenerse cerca de los rincones de la habitación, donde había menos luz, a tener una puerta siempre al alcance, a anticiparse a sus necesidades para que no tuvieran que llamarla y así se olvidaran de que se la habían prestado para complacerlos. Imaginó que acababa convertida en una criatura de aire, invisible, a la que citaban para que ejerciera su magia y luego desaparecía.

Una vez que los jóvenes caían borrachos en la cama de madrugada o ya por la mañana, Zeta se escabullía para dormir unas cuantas horas, exhausta, sin quitarse el vestido por si la llamaban en mitad del sueño para que les llevase agua o vino o tinta o papel o pan con mantequilla o lo que se les antojara.

Tráenos castañas, le gritaban en latín, quítanos las botas, chica, arréglame este roto de la capa, y deprisa, lava esas calzas apestosas,

llama al boticario porque este tonto ha bebido tanto que parece que no puede dejar de vomitar, limpia su vómito, que está por todas partes, aquí apesta, abre las ventanas, menudo cerdo, menudo cabeza hueca, anda, trae una palangana, tráenos más aguamiel, pero esta vez de calidad, vamos, rápido, más rápido, tú, pazpuerca holgazana y renegrida, tú, gusano insignificante, tráenos agua para el baño, tráenos jabón, tráenos una toalla decente, tráenos la esponja, el aquavitae, el vino, la cerveza, el pan, los libros, no, ese libro no, bufona cegata, ¿es que no sabes leer? ¡Ay, claro! No sabe ni jota, ¿a que no? Vaya, y aun así qué rápido has pillado el latín, qué maravillas esconde esta pequeña criatura, algún día uno de nosotros le enseñará a esta tonta chiflada el alfabeto entero, ya lo creo. Tráenos naranjas, lo que queda del guiso de venado échaselo a los galgos, quita esa mierda que el condenado animal ha dejado en el suelo, tráenos la piedra de afilar, cuartillas, pluma, lámpara, velas; tráenos más leña para el fuego, más perfume, este cuarto apesta, tráenos el laúd de mi madre y todos los cojines de la casa para que apoyemos la cabeza. Despierta, despierta, tú, vaga inútil, tú, zorra atontada, tú, astuta desgraciada, tú, pedazo de carne con patas, tú, ídolo tiznado, ¿por qué duermes cuando un hombre te necesita, eh? Ven aquí, calla, vas a despertar a toda la casa con tus preguntas, compórtate, pero ven rapidito, porque estamos borrachos y la noche se muere y pronto cantarán los gallos y las sirvientas se desperezarán. Y no queremos que el sol despierte y vea lo que hacemos. Porque, chica, ahora tienes que cantarnos una canción en voz baja, no, otra canción más bonita, porque una boca tan preciosísima como la tuya seguro que sabe cantar canciones más bonitas. Ahora baila para nosotros. Ahora más despacio, tú, bocado delicioso, tú, perla negra. Ahora muérdete la lengua. Ahora tápate los oídos. Ahora cierra la puerta y atráncala con una silla. Ahora estamos más cómodos, ¿a que sí? Vamos, déjanos ver qué tienes debajo de ese bonito vestido de tela ordinaria.

Y no tuvo forma de salir de la habitación, aunque se hallaba cerca de la ventana y se planteó saltar. Pero tres pisos altos la separaban del jardín de arena con sus cenefas, y la noche hacía que la caída le

pareciese interminable y mortal.

No tengas miedo, chica, dijo uno con amabilidad.

Acerca ese precioso cuerpo al mío, dijo otro.

Vamos, calla, ya sabes que nadie vendrá a salvarte si se te ocurre gritar, dijo Kit.

Solo mientras soñaba forcejeó y chilló lo que no había podido chillar entonces, pero la madera húmeda de su guarida en el árbol absorbió el movimiento y las patadas de sus tobillos.

El sueño se sacudió, y de pronto la chica se vio a sí misma mirando en el espejo de metal pulido el rostro de su señora, mientras le recogía con horquillas la melena recién teñida de negro. Y la señora suspiró y se apoyó en la mano de la sirvienta y dijo: Ay, qué muerta parece la casa ahora sin esos queridos muchachos. Confío en que hayan llegado a la universidad sanos y con buen tiempo.

Una oscuridad más amarga se fraguó dentro de la chica, y dijo en el latín que le habían enseñado esos mismos muchachos: Ubi mors ibi spes.

Entonces la señora chasqueó la lengua y dijo irritada: Sabes perfectamente que no hablo latín, Zeta mía, ¿qué demonios significa eso?

Y la chica dejó resbalar de las manos el pesado pelo negro de su señora y contestó: Significa que si alguno de ellos vuelve a poner un pie en esta casa, estaré encantada de echarle veneno en el vino e ir a la horca por asesina.

Se preparó para el golpe del cepillo de cerdas de jabalí en la mejilla, pero la señora no la golpeó. Y cuando levantó la mirada, vio que la mujer tenía el rostro petrificado mientras contemplaba la cara de la chica en el espejo, luego se dio la vuelta y le puso una mano en la mejilla a su criada.

Ay, niña, le dijo. Has sufrido, pero consuélate pensando que solo has sufrido lo que le corresponde a la mujer. El pan de cada día. No pienses ni por un momento que no he conocido ese mismo dolor en mis carnes. Y consuélate también con esto: aunque has pecado, no puedo imaginar que dios misericordioso no te perdone tus pecados. Pues tu voluntad

había sido doblegada; no era tu corazón el que albergaba el deseo, y el tuyo fue el menor de los pecados.

Bueno, añadió la señora tras darse la vuelta. Sería un pecado menor si ninguna contrariedad naciera de ese desafortunado evento.

Entonces siguió pensando y le dijo a la chica que pidiera a la cocinera que le hiciera una infusión fuerte de menta romana, y que la bebiera ese día y los siguientes y no tomara otra cosa durante una semana.

La chica se despertó con esos pensamientos oscuros y les dio vueltas dentro de la cabeza. Era cierto que había pecado aquella noche, la última de la estancia de los estudiantes. Pero, por supuesto, no era el pecado de lo que habían obligado a hacer a su cuerpo lo que la aguijoneaba; su único y verdadero pecado había sido, durante todo el tiempo que aquello duró, soñar con el asesinato.

Padre santo, perdona mis pecados, porque mi corazón se ha llenado de resentimiento e ira, se ha llenado de odio. Un día más en compañía de esos chicos y habría habido un caballero menos estudiando en la universidad. Estaba convencida. Quizá incluso un puñado menos. Porque sabía dónde se guardaba el veneno para las ratas en la despensa. Y conocía las partes blandas de la barriga en las que clavar un cuchillo: un día, cuando estaba en el orfanato, miró por la ventana y vio a un hombre en la calle que le clavaba un puñal en las entrañas a otro hombre, quien se retorció y murió al instante.

Gimió y se dio impulso para sacar el cuerpo del agujero del tronco del árbol y se acercó a la manta mojada que estaba colgada y la empujó para abrirla al día. Al notar que el sol lanzaba espadas a su cabeza, hizo una mueca. Había sudado tanto que había empapado la ropa en el cálido refugio del tronco, de modo que plantó las muñecas en el hielo medio derretido de fuera y las dejó un rato así, aunque le ardía la piel, hasta que se le enfrió la sangre. Luego cogió un carámbano que colgaba con una forma hermosa de una de las raíces aéreas y con él fue dando toques sobre el bulto de la cabeza hasta que también esa parte se notó

menos blanda gracias al frío entumecedor.

Volvió a sacar la cabeza. Durante un rato, mantuvo los ojos cerrados para protegerse del ataque del sol, pero poco a poco abrió los párpados, primero uno y después el otro. El mundo emitía llamas de hielo, el hielo ardía con llamas heladas. Le resultó casi insoportable.

Entonces se oyó un crujido tremendo no muy lejos y la chica se encogió de miedo en el suelo, pues era clavado al ruido de un mosquetón que disparara contra ella, y en su histeria, pensó que uno de los hombres del fuerte habría seguido de algún modo su rastro por la espesura hasta ese lugar.

Pero entonces vio en lo alto de la colina que había árboles tan doblados por el peso del hielo que al final no podían resistir más, y uno por uno, temblaban y, de repente, todos explotaban, uno tras otro en una línea a lo largo de la cresta, rompiendo contra el hielo y haciendo volar esquirlas heladas por los aires, que formaban nubes doradas al captar la luz y vagaban sin rumbo en una inmensa capa alta y brillante que se fundía con el viento.

Era demasiado peligroso desplazarse por debajo de esos árboles en medio del desplome, por no hablar de la gruesa piel de hielo, que haría que la chica resbalara y se cayera y por fin lograra matarse con un nuevo golpe en la cabeza. Debía quedarse donde estaba y dejar que los huesos del cráneo se soldaran, y comer tantas larvas como pudiera arrancar de la madera podrida e intentar recuperar parte de la fuerza que la huida le había robado.

13

La chica rompió otro carámbano y lo metió en la taza de peltre cerca de las ascuas de la hoguera. Cogió el hacha para machetear en el agujero, con el fin de hacerlo más grande y hondo y de paso alimentar de nuevo el fuego. En el interior del tronco había madera seca que hizo que el fuego ardiera con viveza, el resto lo apiló a la entrada para usarlo más adelante. Pasó un rato recogiendo larvas y comiéndoselas e incluso se atrevió con una copiosa araña con filamentos por patas, pero la araña sabía amarga y no le gustó, así que dejó que las otras que había atrapado se le escaparan apresuradas de las manos.

También probó el musgo que crecía cerca de la base del árbol caído, y le resultó comestible. Se le ocurrió extraer la parte interna de la poca corteza que quedaba en los laterales del tronco con los dientes, igual que la señora mordisqueaba la carne de las hojas de las extrañas alcachofas con forma de mazo que tanto le gustaban, pero esa corteza le ofreció una carne escasa y pésima.

Ahora que estaba ociosa, vació el saco con intención de limpiar sus cosas y sacarles brillo. El hacha tenía resina de pino incrustada en el mango, así que la raspó con el cuchillo. Vio que en el saco se habían abierto algunos agujerillos, y eso la alarmó, pues significaba que la comida que metía allí podía escaparse, de modo que arrancó unas hebras del bajo deshilachado de su falda y con cuidado perforó la tela junto a los agujeros con la punta del cuchillo para pasar por allí los hilos y cerrar los rotos. Las botas estaban en peor estado, el clavo había atravesado por completo del talón y se había abierto una boca en el

dedo gordo del pie izquierdo, entre la suela y el cuero. Las remendó lo mejor que pudo, con brea y tiras de su enagua, y puso un relleno de retazos de la manta y musgo; luego las pulió y las acercó al fuego para que se secaran.

Buenas botas, dijo en voz alta, proteged vuestra salud y sed obedientes, porque tenemos que caminar mucho antes de llegar a un lugar seguro.

Entonces todos sus objetos brillaron para ella, como si sonrieran.

Les devolvió la sonrisa, ya que los amaba más de lo que amaba a la mayoría de los humanos, pues esos objetos eran sus únicos amigos y estaban encantados de servirla.

Una vez que tuvo todo limpio y arreglado, la chica no supo qué más hacer, no recordaba ni un solo día de su vida en el que no la hubieran abrumado con miles de tareas, y ahora tenía las manos vacías mientras esperaba el deshielo del mundo. Aparte de las numerosas labores que hacía para su señora, su principal preocupación era la pequeña Bess, nacida cuando ella tenía solo cuatro o cinco años y llevaba poco tiempo en la casa. La niña Zeta había estado presente en el desgarrador parto; cuando la señora había envuelto al bebé en un arrullo, había sido ella quien había cogido en brazos a la chillona recién nacida, mientras cambiaban las sábanas manchadas de sangre por otras limpias y le ponían a su ama un camisón nuevo. Y la niña miró ese puño rojo y apretado que era la cara de la pequeña Bess y sintió impotencia y compasión; en sus cuatro años de vida, jamás había visto algo tan magnífico y tan repulsivo a la vez, nada tan puramente bueno y puramente animal como lo que había ocurrido durante el alumbramiento. Amó a la pequeña Bess con toda su alma desde ese instante, con ferocidad, por todo, por su dulzura y su vulnerabilidad, y por la necesidad imperiosa que la pequeña Bess tenía de la propia chica.

Solo la señora y ella y la comadrona, a quien sobornaron con oro para que lo olvidara, sabían de la impactante marca roja de nacimiento de la pequeña Bess: un rostro con cuernos impreso sobre el delgado pecho del retoño. Fue una suerte, porque si los demás lo hubieran

sabido, la marca del diablo y la falta de entendederas habrían llenado toda la casa, luego toda la calle, con la superstición de que la niña había nacido con una maldición demoniaca; y su vida, como la de la familia entera, habría sido mucho más dura de lo que era.

En cualquier caso, conforme creció, la pequeña Bess se convirtió en la muñequita de Zeta, su juguetito, su hermana, su carga, su hija, su compañera más cercana a la hora de dormir. La suya no era una labor de servicio sino más bien una labor de adoración, así que no la consideraba un trabajo, y cargaba con la pequeña de aquí para allá y la mantenía seca y limpia, y la llevaba a la nodriza y la mecía hasta que se quedaba dormida; pero, aun así, sus obligaciones eran constantes y urgentes, pues la nodriza era una beoda incorregible y no podía confiarse en ella para nada salvo para amamantar, y la señora era una madre de lo más despegada. El orfebre tal vez hubiera sido un padre cariñoso, pero apenas estaba en casa, se levantaba antes del amanecer y se ponía en camino para ir al gremio de orfebres, pues su trabajo era lo que más quería en el mundo y siempre llevaba el filo de las uñas cubierto de polvo de oro. Cuando terminaba de trabajar, se iba a la taberna a comer y beber y escuchar las conversaciones, y volvía a casa simplemente para dormir unas horas antes de despertarse y prepararse de nuevo para el trabajo. Así pues, fue la chica la que vio cómo la pequeña Bess daba su primer paso, muy tarde, casi a los tres años de edad; la que le enseñó el reducido idioma que se embarullaba en su cabeza. Era ella quien, como un fantasma, recorría la casa por la noche y devolvía a su sitio las cosas que la pequeña Bess había hurtado durante el día, horquillas para el pelo y adornos y las joyas de su madre, los albaricoques aún verdes del árbol, los dientes de cerdo de la repisa de la chimenea, las flores que aplastaba con las manos. Porque, igual que un abismo, la chica se apropiaba de todo lo que consideraba hermoso y decoraba su camita con esas cosas. Habían llamado a la niña Bess en honor de la reina Isabel, que era inteligente y atrevida y vivaz y bella, con la esperanza de que alguna de esas virtudes se le pegara a la recién nacida. Pero nunca nació en inglaterra una criatura tan diferente de la reina.

Aun así, como decía la señora en los escasos momentos de ternura que prodigaba a su hija, aunque sea insignificante en mente y espíritu, lo cierto es que nuestra Bess tiene más oro en la cabeza que la propia corona.

Sí, la pequeña Bess tenía los rizos más espectaculares de pelo sedoso y brillante; era su gloria.

Pero toda la fuerza de la pequeña Bess fue a parar al pelo, y no le quedó ninguna otra fortaleza. Aun así, pese a que apenas manejaba un puñado de palabras, la niña estaba sana, y se pasaba largas horas en el jardín riéndose de cómo zigzagueaban las polillas por el aire y rondaban las flores, con su húmeda boca roja abierta, lo que llevaba a todos los mozos de cuadra a mirarla fijamente, aunque sabían que no debían. Los desconocidos tardaban en percatarse del estiércol que tenía dentro de la cabeza mientras ella callaba y sonreía, pues su cara y su pelo eran tan admirablemente hermosos que todos se quedaban mudos al verla, y la señora, cuando se dignaba mirar a su hija, sonreía con amargura y decía: Bueno, casaremos a mi hija con un noble viejo y rico, porque a esos les gustan las chicas guapas, rubias y más tontas que un zapato. Y la pequeña Bess sonreía entonces a su madre con su boca rosada abierta y babeando, los dientes ya medio cariados del azúcar que tanto le gustaba y que robaba a puñados a la cocinera, quien fingía no darse cuenta de sus torpes incursiones en la alacena y dejaba pequeños premios aquí y allá para la chiquilla, aunque lo tenía prohibido.

Tan ensimismada estaba la chica pensando en la desaparecida pequeña Bess que no se dio cuenta hasta mediodía de que el deshielo había empezado en serio. Los árboles vertían agua por los troncos y llovía desde sus ramas, y unos arroyos de agua gélida y reluciente se abrían paso por todo el bosque y corrían a unirse al río que había más abajo. Ella se quedó lo más quieta que pudo, solo se movió para hervir agua y, de paso, entrar en calor.

Tenía el cuerpo tan dolorido tras seis días corriendo que se sentía mucho más vieja de lo que era, un carcamal andrajoso, y sabía que, incluso si dedicaba largos meses solo a descansar, algunos aspectos de

su cuerpo habían cambiado para siempre. Tenía solo dieciséis o diecisiete, puede que dieciocho años, pero la naturaleza salvaje se había impuesto tanto sobre ella que jamás volvería a ser joven.

La noche se coló, furtiva, y la chica se quedó sin leña para el fuego, pero no le importó. El mundo era muy cálido y su agujero en el tronco y la manta y la fiebre eran suficientes para mantener a raya el frío, así que durmió bien.

Se despertó cuando la noche todavía se cernía sobre el bosque y prendió una rama embreada que había arrancado de un pino cercano, y con su discreta luz, recogió todas las larvas que pudo. Encima puso musgo, que aplastó contra la taza de peltre para que los gusanos no se escapasen. Después guardó todas sus cosas en el saco, se lo ató al cuerpo por debajo de la ropa y empleó dos palos gruesos para mantener el equilibrio, y así emprendió el lento descenso por la ladera todavía a oscuras, por entre la tierra encharcada y el barro. Había escondido la barca bastante bien entre los árboles cuando la tormenta había estado a punto de pillarla, y en parte el bote se había protegido del apocalipsis del granizo. Para su asombro, no encontró agujeros fruto de la pedregada. Dio gracias en alto con la voz quebrada, pues la barca todavía estaba dispuesta a transportarla.

Mientras el sol asomaba por el este, la chica avanzó río arriba dándose impulso con el remo hecho de madera a la deriva. Tras el largo lapso de la mañana, los estragos de la tormenta de hielo pasaron a ser menos visibles en el bosque que discurría a ambos lados; no había ramas rotas ni árboles desprovistos de sus brotes, y los arroyos ya no iban cargados de agua turbia del deshielo. Daba la impresión de que esos bosques no habían sufrido ningún temporal reciente; era como si el granizo hubiera sido un estrafalario dedo de hielo en las nubes que se hincara en la

tierra desde el océano, para señalar tierra adentro, apuntándola directamente a ella. Y aunque aquello parecía una persecución personal contra ella, disfrutó de la nueva frondosidad de los árboles, con sus alegres brotes verdes, y de las aves que tejían su constante urdimbre invisible en el aire.

14

Tuvo que parar a estirar las piernas al mediodía. Las tenía tan contraídas por el barco que había empezado a sentir el filo de unos cuchillos clavados en sus muslos. Escogió una roca gris y plana que daba la impresión de haber sido calentada por el sol, y tiró del barco para subirlo a la voluminosa piedra detrás de ella. Hacía tanto viento en ese lugar que le resultaba muy molesto, el aire hurgaba por debajo de su ropa y le rascaba las mejillas y la enfriaba de la cabeza a los pies.

Miró hacia la costa con el fin de averiguar qué clase de alimento podría encontrar cerca, y después de merodear un rato, vio un extraño árbol bajo de hojas largas con algunas frutas del año anterior colgando como pechos secos y marrones de las ramas. Cogió una y le quitó la piel y probó un pedacito de su carne, y era dulce y no parecía contener un veneno inmediato, y tampoco le resultó venenosa cuando dio otro mordisco y esperó. Así pues, arrancó todas las frutas desecadas que pudo y se las metió en el saco.

La certeza había empezado a dar vueltas a su alrededor; ahora los círculos se cerraban y corrían tanto que ya no podía pasar por alto la sensación de que de algún modo se había alejado de la bahía, de que la corriente que surcaba era un río y ese no era el río más al norte del mapa que el gobernador había señalado con ímpetu con su rechoncho dedo, pues parecía que durante toda la mañana el sol le había caldeado la espalda y el costado izquierdo, lo cual significaba que se dirigía al noroeste. Pero todo lo sucedido antes del agujero del tronco con las larvas y el granizo era una confusión febril que le costaba recordar, y

no acertaba a adivinar dónde se había desviado.

Entonces se sintió deprimida, sí, deprimida y triste.

No sabía si era mejor dar la vuelta con la barca e intentar encontrar de nuevo la bahía o adentrarse aún más en la espesura de ese país inmenso y salvaje y tal vez comprobar si el río hacía un giro brusco hacia el norte.

Mientras pensaba, hizo una hoguera para calentarse, y mirando los charcos junto a la orilla, vio varios cangrejos de río que correteaban por las piedras y con rapidez logró atrapar cuatro, aunque le pincharon los dedos con sus tenacitas. Y uno le pellizcó la herida profunda que se había hecho en el dedo con la concha de la ostra e hizo que le doliera horrores al abrirse otra vez. Asó los cuatro cangrejos de río en el fuego hasta que sus cáscaras sisearon y los peló en cuanto estuvieron lo bastante fríos para poder tocarlos, y la carne era buena y dulce y se le fundía en la lengua. Pero distaba de ser suficiente. Aún tenía un hambre canina. Se llenó la boca con algunas de las frutas desecadas y las larvas que quedaban en la taza de peltre y así se sació.

Regresó al barco, al río que se había oscurecido ante la decepción de que era en realidad un río. Quizá fuera una locura, no lo sabía; pero lo seguiría, eso había decidido. Se sintió afortunada de que el viento soplara tan fuerte a su espalda.

El barco había empezado a acumular más agua que antes y ahora se veía obligada a achicar con la taza de peltre con mucha frecuencia. Aunque había elevado los pies por encima del agua, el dobladillo sí se le había calado; y la tela iba embebiendo el agua gélida y lamía la parte posterior de sus muslos.

Aun así, continuó navegando sin descanso, porque tenía la sensación de que un viento tan fuerte no estaría a su disposición todos los días: cuando la primavera hubiera cubierto por completo esa tierra, el viento se calmaría y apenas la empujaría, de modo que le costaría más continuar río arriba.

Ahora todo tenía un resplandeciente tono azul, el agua oscura y los

estorninos que describían círculos en el cielo diurno.

A última hora de la tarde, llevada por el viento a lo largo de la ribera, vio a poca distancia a dos niñas pequeñas de las gentes del lugar, acuclilladas sobre algo que se movía en la orilla. Contuvo la respiración, pues era la primera visión despierta de seres humanos que tenía desde que se había fugado del fuerte, porque seguro que el hombre-bestia que la había apedreado no contaba. Las niñas estaban tan interesadas en la cosa que tenían a los pies que no la vieron, y cuando por fin les llegó el ruido del agua golpeando contra el casco de la embarcación y alzaron la vista, parpadearon y la miraron boquiabiertas, como si no pudieran creer lo que estaban viendo. La chica sonrió con timidez y levantó una mano para demostrar que era inofensiva. Pasó a apenas unos metros de distancia y vio que las chiquillas jugaban con un cachorro que recordaba a un lobo y que tiraba del extremo de un palo que sujetaba una de ellas. El cachorro vio a la chica y tiró el palo con asombro y emitió un agudo aullido.

La chica encogió el cuerpo y pasó en silencio con su embarcación. Alargó el cuello hacia atrás para vigilar a las niñas, que siguieron observándola hasta que se perdió de vista en un meandro del río.

Y cuando dejó de estar ante la vista de esas chiquillas, de repente se vio a sí misma con los ojos de las niñas que la habían observado al pasar, y lo que vio fue una figura frágil y enclenque como un palo, no del todo humana, en un tosco tronco tallado. Probablemente no habían llegado a ver su cara bajo las sombras de la capucha de la capa. Tal vez pensaran que habían visto un fantasma. Tal vez sintieran admiración, asombro. Tal vez, pensó, regresaran a su aldea y les contaran a sus madres con voz dubitativa que en el río, esa mañana, habían visto un fantasma sin cara navegando por las aguas; tal vez entrase en las historias que esas niñas contarían a lo largo de su vida, y entonces esa fugaz visión de ella, ese diminuto atisbo, pasaría de persona en persona entre los miembros de los powhatan durante generaciones.

La chica sonrió al imaginar que una parte de ella sobreviviría al

declive y la muerte de su propio cuerpo.

Pero, en realidad, en cuanto la curva del río se tragó a la chica en el barco las niñas se miraron una a otra y se echaron a reír. No había rastro de admiración en ellas. La locura de la mujer del bote era tan clara como los rayos del sol; las criaturas la percibieron incluso desde donde estaban. Era un esqueleto viviente, y la desvencijada barca un escarabajo del revés sacudiendo sus indefensas patitas, una visión ridícula.

Y las dos niñas se rieron y se rieron hasta que les dolió la barriga, y el cachorro les saltó a la cara, alborotado por las carcajadas.

Entonces la mayor suspiró y se limpió la cara con la palma y le dijo a su hermana pequeña que una de las dos debía correr a contarles a las madres que estaban plantando maíz en los campos altos que habían visto a la loca vagabunda de la que les habían hablado los recaderos que habían pasado por la aldea unos días antes. Le tocaba ir a la hermana menor porque tenía las piernas más ágiles.

Pero la hermana menor ya no era tan dócil como había sido cuando era más pequeña, había empezado a resistirse a las órdenes de la hermana mayor, y se sentó a plomo sobre el trasero y se rascó una picadura del brazo y dijo irritada que no iría, porque, si lo hacía, su madre la pondría a trabajar. Y la hermana mayor intentó tirar de la menor agarrándola del brazo, pero la menor sabía dejarse caer como un peso muerto, sin fuerza, y aunque la mayor era una cabeza más alta que ella, no pudo mover ni un palmo a la pequeña.

Al final, la hermana mayor gritó que muy bien, iría ella, pero pensaba llevarse el cachorro, porque el animal la quería más a ella. Y la hermana menor dijo que le daba igual, pero solo lo dijo porque pensaba que el cachorrito se quedaría con ella, pues obviamente la quería más. Pero cuando la hermana mayor echó a correr, el cachorro corrió tras ella y la hermana menor se quedó sola en la orilla.

Se aburrió, luego se enfadó a causa de la soledad, porque no tenía con quién jugar, solo el viento que rizaba la superficie del agua. No obstante, al cabo de poco oyó una especie de pío y se acercó con sigilo a un agujero que había en la orilla, donde vio la coronilla azul de una

madre de martín pescador que estaba histérica porque quería apartar a la niña de sus suavísimos polluelos. Pero esta no tardó en ponerse a piar a los polluelos imitando a la madre, hasta que le enseñaron su delgadita garganta rosada, y entonces se olvidó por completo de la desconocida del barco y no volvió a pensar en ella en toda su vida.

Al atardecer, la chica se permitió salir rodando de la barca y se tumbó en la orilla del río, jadeando por la fatiga.

El río se había estrechado y había rodeado un promontorio escarpado, y allí el bosque era más frondoso y estaba lleno de viñas. Ya era muy tarde para ponerse a buscar cobijo antes de que cayera la noche, así que se contentó con cortar unos pocos tallos blandos de pino para dormir debajo de la embarcación y construir un muro de piedras para ocultar la hoguera, pues en la orilla estaba muy expuesta a los ojos de cualquier criatura que pudiera haber por allí. No había comido desde el mediodía y estaba demasiado cansada para cazar algo. Masticó la seca carne de la fruta hasta que se ablandó y se deslizó por su garganta, pero solo logró dar unos cuantos bocados antes de que el sueño la venciera, con la hebrosa fruta todavía en la mano.

Se despertó, presa de los calambres, con el frío previo al amanecer, y montó en la barca para seguir rumbo norte mientras el este resplandecía de luz. Al mediodía hizo una pausa y bajó a tierra, y descubrió unas buenas nueces al pie de un árbol, entre el humus, y se metió tantas como pudo en el saco. Luego continuó y solo volvió a detenerse para pasar la noche, justo cuando el ocaso vertía la oscuridad sobre el terreno, y descubrió una nidada de huevos de paloma que succionó sin cocinar siquiera.

Así transcurrieron tres días en el río, con el viento fuerte a su favor y el bote que cubría su cuerpo como un ataúd por la noche, la misma

hoguera discreta para secar las botas, cuya luz ocultaba con un talud hecho con sus propias manos.

El cuarto día, una fría neblina baja cubrió la tierra, y en cierto modo la chica se sintió protegida en el río, lejos de los ojos que querían verla pasar.

Arrebató un pez de la boca de una grulla asustándola y se lo comió. Con pericia, atrapó otro puñado de cangrejos de río. Engulló brotes de los árboles y las avellanas y las frutas desecadas que llevaba todavía en el saco. En la ribera del río encontró ciruelas moradas como las que conocía de su hogar, pero estaban ácidas y raquíticas y consumidas por el invierno.

Le entró tanta hambre que intentó comerse los terrones de barro seco que había en el linde del bosque, pues le recordaban ligeramente a los hongos, pero en cuanto los masticó los escupió sin tragárselos y la lengua se le cubrió con una película áspera.

Durante la cuarta noche tras el granizo, mientras volvía por el camino con leños y ramas secas en los brazos, vio a una madre cierva con su cervatillo delante. Se inclinó despacio para dejar la leña en el suelo y agarrar una piedra. La cierva la oyó y se dio la vuelta de inmediato. Y aunque los ciervos son famosos por su suavidad y su gracilidad, si la chica se hubiera movido solo un ápice, esa madre cierva habría arremetido contra ella, la habría tumbado y la habría pisoteado a coces, así de grande y feroz era. La chica se quedó petrificada con la piedra en la mano. Con el parpadeo de dos colas blancas, la pareja de ciervos, el grande y el chiquitín, echaron a trotar por el bosque gris y sombrío y se esfumaron.

Furiosa, la chica tiró la piedra tras ellos y solo alcanzó un árbol. Durante un buen rato su boca no paró de salivar, porque si hubiera conseguido derribar al cervatillo, se habría abalanzado sobre la tierna criatura y habría comido su carne incluso cruda; estaba tan hambrienta que habría masticado hasta sus tiernos huesos. Se lo imaginó una y otra vez, hasta que le pareció paladear la rica sangre oscura de la cría en la

lengua.

En la estela de la huida de los ciervos, el bosque adquirió una soledad renovada.

Se acostumbró a dormir más para evitar el hambre, pero mientras dormía, su cuerpo empezaba a estremecerse tanto que golpeteaba con las rodillas y los codos contra la barca volcada con un traqueteo constante, que en sus sueños se convertía en una tetera que hervía en un fuego encendido cuya tapa no paraba de saltar y hacía ruido con el asa en el gancho de hierro.

Cuando estaba en el río, el caudal se estrechaba aún más, luego volvía a ensancharse, a veces quedaba contenido a un lado o a otro por un muro de enormes piedras grises, y a veces parecía dividirse en ríos separados en la ribera opuesta, pero no eran más que islas, y en cuanto las rodeaba, el agua volvía a unirse.

En el sexto día tras la granizada, a duras penas logró incorporarse. Sus pies daban sacudidas por propia iniciativa y parecían bailar sin música de ninguna clase.

Hasta que la chica no intentó avanzar no comprendió que el dolor que sentía no procedía solo del golpe que le había propinado la piedra arrojada por el hombre-bestia, ni de las numerosas heridas sufridas durante la fuga. Venía de dentro. Era una fiebre que había empezado con una chispa y ahora irradiaba su calor desde el propio hueso hasta los poros de la piel.

Algo había despertado a la fiebre de su letargo en la médula de la chica; o quizá fuera solo el último coletazo del crudo invierno, que frotaba su frío cuerpo contra el famélico y agotado cuerpo de ella.

En cualquier caso, sabía que la fiebre era un mal presagio. Había visto muchas fiebres en su vida. El rubor, los ojos vidriosos, los sesos

recocidos hasta enloquecer.

La fiebre era un océano dentro de ella, olas que subían y caían en hondonadas bajo su piel.

El palpitar de la cabeza descalabrada descendía sin cesar por toda la columna vertebral hasta llegarle a la rabadilla.

Las aves del cielo se daban la vuelta despavoridas en cuanto la veían, y su canto se volvía un chirrido a oídos de la muchacha.

Cuando por fin logró meter la barca en el río haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, esta se deslizó por la pedregosa orilla y se hundió en el fondo antes de que ella tuviera tiempo de poner un pie encima.

Se quedó sentada un buen rato sobre una piedra, muda, y observó la barca que yacía sobre el poco profundo lecho del río. De la madera empezó a emanar un delgado rastro de suciedad e insectos muertos y diminutas burbujitas de aire, que aceitaron la superficie con un remolino antes de ser arrastrados por la corriente convertidos en un hilillo.

¿Estaba llorando?, se preguntaba. Se tocó las mejillas y las encontró frías y mojadas, pero podía ser obra del húmedo viento que la azotaba.

Observó cómo el aliento abandonaba su cuerpo en bocanadas de vapor.

Un águila, tan grande como un caballo, describió círculos en el cielo en contraste con unas raudas nubes bajas y arrojó su temblorosa sombra contra la superficie brillante del río.

Adiós, mi dulce barca, dijo en voz alta. Has sido una buena sirvienta y te he querido mucho.

La embarcación despidió un resplandor oscuro desde el fondo del río,

como aliviada de poder regresar al reino de la madera muerta.

La chica cogió el remo hecho de un tablón, que la había arañado y causado ampollas y transportado durante muchas leguas, y al que, a cambio, sus propias manos ensangrentadas habían pulido hasta dejarlo liso y reluciente, y se apoyó en él como si fuese un bastón con el que ayudarse a sortear el rocoso terreno mojado que tenía ante sí.

Un bastón, pensó, era el símbolo de un peregrino.

Sintió placer al pensarlo. Un peregrino que hacía su camino con sufrimiento hacia tierras sagradas para conseguir la salvación de su alma.

Y poco después, mientras recorría el terreno mojado y resbaladizo, recordó que un bastón también era el símbolo de una persona anciana, una persona inestable. Una persona a apenas unos pasos de la muerte.

15

Con todo, fue un alivio entrar en el bosque para escapar de los azotes del viento.

Cada paso le dolía en los huesos de las piernas y acrecentaba la fiebre en la cabeza.

Se detenía al ver arroyos, para beber y engañar al estómago y que se creyera saciado; luego continuaba, apoyada en su bastón.

Soñó con su soplador de vidrio holandés, se lo imaginó justo detrás de ella, su talante tranquilo y callado, la fuerza de sus hombros, su hermosa cara atenta. No se atrevió a mirar hacia atrás para ahorrarse el dolor de no verlo allí; en su estado febril, prefería imaginarse que su propio cuerpo vivo arrastraba en su estela el fantasma de él, como una neblina, como un aliento hecho visible.

Llegaremos adonde nos dirigimos, le dijo en voz alta a su amado, y te mantendré vivo en mi corazón.

Llegaremos a un lugar de salvación, le dijo, y entraré en una iglesia y rezaré por tu alma.

Llegaremos y comeremos pan recién hecho, un interminable pan caliente, y no pararemos de comer, le dijo, hasta que un día, cuando seamos muy viejos, muramos de tanto comer.

Y le pareció bien que él no le respondiera cuando ella decía esas cosas, porque, como es natural, él jamás había hablado su idioma.

En ese momento, el río golpeó con estruendo las rocas y la chica pensó,

con cierta lentitud mental, entre la bruma caliente de su cerebro, que tal vez eso significara que cerca había rápidos.

Echó un vistazo desde la orilla y distinguió una espuma blanca al final del largo tramo del río. La espuma rociaba el aire, y pudo ver las raudas lentejuelas plateadas que resplandecían encima y luego se fundían en negro.

Como los pensamientos se le embotaban y su mente funcionaba increíblemente lenta a causa de la fiebre, tardó un buen rato en comprender que las lentejuelas eran peces que saltaban y salpicaban al desovar, zambulléndose en la corriente, y que tal vez fuera fácil pescar algunos.

Se desplazó tan rápido como le permitió su maltrecho y cojo paso, y primero encendió un fuego, pues sabía que con la fiebre y el hambre intensa no podría soportar el agua fría durante mucho rato. Entonces dejó caer el bastón y se quitó la capa y el saco y las prendas exteriores y las botas y las medias que le quedaban y aún no se habían convertido en jirones sanguinolentos incrustados en las heridas de los pies y las piernas.

Y entonces arrastró su tierno cuerpo extenuado a la dura frialdad del agua. En la mano llevaba el cuchillo.

Allí los pies le dolían de otra manera, la nueva variedad de dolor era una especie de alivio.

Avanzó despacio hasta un lugar detrás de una piedra, a salvo del fuerte arrastre de los rápidos, donde los peces exhaustos recuperaban fuerzas para acometer sus siguientes saltos. La corriente era tan fuerte que casi la barrió, y la chica tuvo que agarrarse a un pedrusco enorme para aguantar el equilibrio. Si le fallaban las piernas, los rápidos la precipitarían contra las rocas, que despedazarían su ya tierno cráneo.

Una vez sujeta, se movió lo mínimo, hasta que los peces se olvidaron de que sus piernas no eran del río y dejaron de mostrarse alerta. Encontró uno grande que parecía más torpe que todos los demás y dejó que se le acercara, luego atacó y lo apuñaló con saña en la cabeza; y aunque la cola se sacudió y le abofeteó los antebrazos y luchó por liberarse casi con más fuerza de la que ella misma guardaba en su

maltrecho cuerpo, logró llevar el pez con mucho cuidado hasta la orilla, dejando un rastro de huellas ensangrentadas a causa de los guijarros que se le clavaban en las heridas. En tierra firme, aporreó el pez con el bastón hecho con el antiguo remo hasta que quedó bien muerto. Después volvió a cubrir su temblorosa figura con la capa y se calentó junto al fuego hasta que pudo mover de nuevo las extremidades, y sacó las vísceras al pez, con un hambre tan extrema que le costó horrores contenerse para no llevarse a la boca esas tripas crudas y comérselas. Luego asó el pescado ensartado en un palo. Mientras se cocinaba, ella se cambió de ropa; las prendas estaban calientes por el fuego y le parecieron una delicia sobre la piel maltratada.

Se envolvió bien el cuerpo con las dos mantas y las amó con locura por el consuelo que le daban. Probó el pescado antes de que se acabara de hacer, y tenía tanta hambre que le pareció agua caliente y apenas le notó el sabor.

Como sabía por experiencia que comer de forma compulsiva la hacía vomitar, obligó a sus manos a quedarse quietas sobre el regazo mientras esperaba, canturreando canciones entre dientes.

Y cuando, al terminar de cantar, el pescado continuaba sin estar del todo hecho, se imaginó, como en una visión ante ella, el tramo de silver street que iba de los nobles a los parias en la ciudad que había sido su hogar, y se ubicó allí, caminando bajo la luz matutina y pasando las manos por el yeso o la piedra o la madera de las casas mientras dejaba atrás la anodina iglesia y la orfebrería y al talabartero y al escribano y la sombrerería con su preciosa cofia de lino con pico y alas laterales en la ventana de la fachada, donde solo se apreciaban las cagadas de mosca si escudriñabas con mucha atención por detrás de la suciedad de los cristales. El olor del humo de la ciudad, de los cuerpos, de los orines en las paredes. De ese modo, se obligó a recordar qué iba después y después y después, e incluso visualizó a los pedigüeños de la calle, a John el Manco, que sostenía la escudilla de barro entre los muñones, y a la mujer que arrojaba su bebé a los hombres que pasaban para que trataran de atraparlo mientras ella les robaba la cartera. Y solo cuando la chica hubo regresado a la ciudad hasta el punto de oír la campana de

silver street como si la hubiera invocado, por fin retiró el pescado del fuego y se comió toda la carne. Intentó hacerlo despacio, pero cuando terminó el último bocado continuaba con hambre.

Y de nuevo sacó fuerzas de flaqueza y se animó a quitarse la ropa para adentrarse una vez más en el agua y, temblando, atrapar otro pez. Entonces deambuló por su ciudad con la mente hasta que el pescado estuvo cocido, y mordisco a mordisco, se lo comió entero, incluidas las agallas y los globos oculares.

Después se tumbó, porque su cuerpo se negaba a seguir obedeciendo sus órdenes, ocupado con la digestión del pescado que tenía dentro. Y las nubes febriles que habían encapotado su cerebro se disiparon en parte mientras estaba tumbada y vio lo que el dolor más intenso no le había permitido ver antes, que el día estaba lleno de rayos de sol y cielos azules y flores rojas y blancas que abrían sus primeros capullos en las puntas de los árboles. Ay, pensó, había permitido que la belleza de este mundo fuera engullida por su hambre, por su fiebre. Y en ese momento se alegró, pues había salido airosa del final del invierno, ya que no cabía duda de que aquello era la buena y fructífera primavera.

El día se había alargado hasta las primeras horas de la tarde cuando consiguió mover el cuerpo otra vez; avivó y agrandó la hoguera para calentarse, se quitó toda la ropa y, totalmente desnuda, entró de nuevo en el río y ensartó con el cuchillo dos peces justo unos segundos antes de que sus temblores se volvieran tan violentos que le fuera imposible caminar. Salió del agua y fue trastabillando hasta el promontorio pedregoso en el que había arrojado los peces, y aporreó uno con una piedra, luego aporreó el otro. Cuando terminó de liquidar el segundo pez, observó su ser desnudo, expuesto al aire por primera vez desde hacía un año, que era cuando se había dado el último baño caliente en el cuartito que había junto a la cocina, en la antigua casa de la señora en la ciudad, y se quedó apabullada al ver cómo se le marcaban los

afilados huesos en la piel, como si estuvieran ansiosos por asomarse. Podía palpar las costillas con los dedos, los huesos de las caderas, las articulaciones de las rodillas y los tobillos, la larga extensión del fémur, las cavidades del codo, tan grandes en sus brazos enclenques que parecían trasplantadas de una mujer con una constitución más corpulenta. Y entonces advirtió que su piel estaba cubierta por un extraño vello grueso, quizá para mantener el calor, pues no tenía grasa alguna que la protegiera.

Estaba demasiado llena para comerse esos pescados, de modo que preparó un fuego aparte para ellos y alrededor montó una especie de campana con la manta, y colocó los filetes en un armazón de palos que metió dentro para ahumarlos. Así podría llevárselos en el saco sin que se pudrieran ni gotearan. Una vez más se obligó a meterse en los rápidos para pescar y ahumó lo que no se comió. Cuando acabó el día, tenía la barriga tan repleta de pescado que la desequilibraba, y en el saco llevaba alimento suficiente para varios días.

Pero su avaricia la había llevado a coger tanto frío que fue incapaz de devolver el blanco a sus extremidades y quitarles el color morado, aunque se frotó y se acercó al fuego lo más que pudo sin quemarse. El frío le había arrebatado las fuerzas. Solo se levantó para arrastrarse hasta un árbol y agacharse para echar unas heces líquidas y calientes, pues su intestino dormido había vuelto a despertar. Luego, a duras penas consiguió hacerse un lecho de musgo y acurrucarse en él entre las dos fogatas, la que servía para calentarse y la usada para ahumar, y durmió profundamente, aunque estaba a la intemperie y cerca de la ribera.

Sin embargo, a la mañana siguiente se encontraba mucho mejor y fue capaz de levantarse con libertad. Había dormido descalza y se había calentado los pies al fuego, de modo que las heridas se habían endurecido y ya no sangraban.

Abrió los ojos y se deleitó en el consuelo de la naturaleza durante un rato. Vio los pájaros cardenales que aparecían y desaparecían entre el

sol y la sombra del bosque. Vio unas diminutas hojas verdes translúcidas recién brotadas que cambiaban el matiz de la luz cuando esta se filtraba hasta el suelo del bosque, de manera que parecía que ardiera, con un extraño rojo dorado.

Se preguntó por qué estaría el bosque tan despejado allí, por qué podía ver la hermosa silueta de los viejos árboles a lo largo de las laderas de las colinas, y por qué no había zarzas ni arbustos que la arañaran y se le engancharan en la ropa. Pero no halló respuesta.

Pues nada en sus entendederas le habría permitido imaginar que habían sido los piscataway, los habitantes de aquellos parajes, quienes habían quemado de forma tan minuciosa toda la vegetación baja, así como los retoños arbóreos, para ver mejor la caza entre los árboles. No sabía que muchos de los árboles que la rodeaban eran pacanas y castaños y avellanos y nogales, y que si rebuscaba por debajo del lecho de hojas caídas encontraría suficientes frutos secos para sobrevivir incluso en esos tiempos de hambruna posteriores al invierno y previos al estallido completo de la primavera. Y tampoco sabía que esos árboles los habían plantado los hortelanos del lugar. Pues sus conocimientos sobre los hortelanos se limitaban a los que vivían en la ciudad, y a los de la ciudad les encantaban las líneas rectas en sus huertos bien demarcados, y al mirar aquellos árboles desperdigados aquí y allá como por la mano de la naturaleza misma, no reconoció el genio y la planificación humana en su salvaje abundancia.

Aun así, pensó en lo familiarizada que estaba ahora con esas tierras salvajes que atravesaba, y se sintió orgullosa de sí misma, porque lo que antaño sabía sobre la naturaleza, ahora le resultó tan ridículo que se rio en voz alta. Los pájaros se callaron al oír esa voz ronca. En la ciudad en la que había nacido, solo había conocido la naturaleza en los calurosos y tristes paseos entre los matorrales que había junto al río, cuando recogía flores silvestres y se le pegaban púas de bardana en el bajo de la falda, que más tarde se arrancaba y tiraba al fuego. Solía ir al campo para acompañar a su señora, quien, después de la muerte del

orfebre, a veces quedaba con sus amigos caballeros en un lugar apartado en medio del bosquecillo plateado. Para la niña que era entonces, toda la naturaleza era naturaleza urbana: los ratones que salían disparados cada vez que alguien abría la puerta de la alacena, o el río pestilente cuando iba bajo, porque el verano era tan caluroso que el inmenso esturión aplastaba el cuerpo sobre la superficie del agua para poder respirar, y observó a seis jóvenes aprendices en la ribera, que se habían quitado los zapatos y las medias y, descalzos, habían vadeado el río para atrapar uno de esos enormes peces entre todos y llevárselo, como los portadores de féretros, fuera del bajío.

No sabía nada en absoluto del mundo natural mientras se criaba en la ciudad y aun así se creía una experta. Y ahora, tras haberse enfrentado al elemento en las condiciones más extremas, tras haber aprendido tanto, era consciente de lo profunda que era su ignorancia y se mareaba solo de pensar cuánto le quedaba por aprender.

Una llovizna cubrió el mundo y la chica se desplazó bajo la protección de un roble hasta que paró de llover. Observó las hojas, de las que pendían gotas que, dentro de sí mismas, contenían diminutos soles. Una sensación de luz y quietud la embargó. En su interior cesó todo el ruido constante. Se volvió pequeña. El sentimiento parecía emanar de ella. El calor de su cuerpo le secó la ropa.

Cuando acabó la llovizna, la chica anduvo un poco más y, mientras caminaba, encontró árboles de corteza lisa con los brotes más sabrosos del mundo y los llamó Platas. Al darles nombre, de pronto fue capaz de distinguirlos con la vista entre la masa de otros árboles.

Nombrar las cosas las hacía más visibles, comprendió.

Empezó a nombrar a su paso todas las cosas que amaba. A la temprana flor blanca sin hojas que se erguía en su elegante tallo la llamó Cuello de Doncella, el pájaro blanco y negro que con tanta furia salió de su nido cuando la chica pasó justo por debajo era un Ave

Virago, la mosca negra de ojos rojos que picaba cualquier parcela de piel que la chica dejara al aire se llamaba Mancha del Infierno. Y le resultaba exultante dar nombre a esas cosas; era una especie de poder. Se emborrachó con la sensación, y a toda prisa, fue nombrando todo lo que veía.

Entonces creyó entender al primer hombre, Adán, quien con cada nombre sentía que se volvía más poderoso, más próximo al dios que lo había creado y le había dado nombre a él. Nombre tras nombre, Adán sintió que su dominio pasaba a ser dominación hasta que creyó que era dueño del mundo porque había puesto nombre a los seres y los objetos que había en él, y que todas las cosas del mundo eran suyas para hacer con ellas lo que se le antojara.

Pues así era como los adultos se garantizaban el poder sobre los recién nacidos, y como los recién nacidos, que nada comprenden, se rendían a los adultos hasta que tenían edad suficiente para dar nombre a otros. Como, al llegar a ese país, sus compatriotas ingleses habían creído que estaban nombrando ese lugar y a sus gentes por primera vez, y como eso les proporcionó el dominio del lugar, aunque, y la chica se sorprendió ahora de su propio pensamiento, seguro que las gentes del lugar tenían sus propios nombres para las cosas. Pero un nombre se impone sobre otro, y así gira la rueda del poder.

Solo unos pocos se negaban a entrar en ese juego. La pequeña Bess, por ejemplo, porque no solo había sido corta de entendederas, sino que al final había decidido voluntariamente no involucrarse, había decidido dejarse morir en lugar de formar parte de la maquinaria de la dominación.

Y la pequeña Bess regresaba a la chica con mucha fuerza, persiguiendo con la mano un destello de sol a través de la ventana, con su risa gutural.

Y la señora decía en un escaso momento de solemnidad: En su forma pura, mi hija hace realidad la abstracción de la gracia divina.

Y la pequeña Bess con su olor a leche agria, su olor a manzana, su leve olor a orina, porque se escurría del orinal y a menudo se meaba en las enaguas y los zapatos.

Y el modo en que, cuando los propios terrores nocturnos de la chica se colaban en sus sueños, era la mano de la pequeña Bess la que a veces la despertaba, acariciándole las mejillas el cuello las manos el pelo, murmurando un consuelo sin palabras hasta que la chica se despertaba del todo y ahuyentaba su terror.

Ay, aparta el recuerdo, chica, se dijo muy seria. Porque el dolor podría devorarte entera.

Pensó con tristeza en todos sus numerosos nombres, ninguno de los cuales había sido suyo por completo: Lamentaciones Callat, Chica, Criada, Zeta. El soplador de vidrio la había llamado algo en su idioma, algo como Mainlifje, y eso parecía ser lo que más se aproximaba a quien era en realidad.

Pero él estaba muerto y caminaba en silencio detrás de ella. Lamentaciones Callat era un insulto, no un nombre; Zeta también era un insulto, y alguien que había muerto ya en el fuerte en la época de la hambruna.

Se daría a sí misma un nuevo nombre nacido de su lucha en esta nueva tierra. Le parecía mal viajar por la naturaleza salvaje sin un nombre; era como ir por el mundo sin piel.

Pero ninguno de los nombres que se le ocurrían le parecía adecuado, y pronto la fiebre y la caminata le quitaron la idea de la cabeza, y continuó andando, aún sin nombre, sin amo, por la espesura.

16

Confiaba en no tener que parar el movimiento de avance de su cuerpo, porque sabía que todo el dolor regresaría en cuanto lo hiciera, que la fiebre que ahora estaba en ascuas, en la base de su columna, se encendería en llamaradas por todo su cuerpo, así que continuó esforzándose por subir la larga pendiente escarpada y fue a dar a una cumbre desde la que vio el río que discurría en su blancura al pie del acantilado que había a su derecha.

A la izquierda, una amplia llanura se extendía hasta el horizonte.

Suspiró emocionada e imaginó que podía ver todo el territorio desde allí y decidió que el azul resplandeciente que se advertía más allá de donde se perdía su vista debía de ser el otro lado del continente, el inmenso y casi infinito océano que tocaba lugares de los que había oído hablar, con nombres como india y manila, que proporcionaban a los boticarios de su ciudad natal sus preciadas especias.

¿Era posible que ese nuevo continente fuera tan estrecho?, se preguntó. Pues, de ser así, qué delgada era la franja de tierra, y el océano no parecía tan alejado de donde estaba ella. Daba la impresión de ser un paso plano sin montañas entre ella y la línea azul del mar.

Y entonces tuvo una visión de sí misma empleando tal vez el doble de esas dos semanas más o menos que llevaba vagando sola en la espesura para dirigirse al oeste, para recorrer el trecho que quedaba de aquella tierra. No tardaría demasiado. Podría meter los pies en el mar y ver la otra costa del nuevo mundo.

La gloria le latía en las entrañas; ella, una don nadie, una nada, llegaría más lejos de lo que cualquier hombre europeo hubiera llegado jamás en ese lugar tan nuevo para sus ojos.

Pero una vez allí, ¿qué le quedaría por hacer? ¿Quién habría allí para salvarla y devolverla a casa? Si ninguno de sus compatriotas había alardeado de cruzar ese océano, ninguno de sus compatriotas la encontraría. Así que languidecería en solitario con los pies en el lejano océano, segura de estar sola hasta la muerte.

Se permitió un rato para detenerse a descansar, para contemplar lo que ella consideraba el final del continente, quitarse las botas y dejar que los puntos ensangrentados de sus pies se refrescaran con el viento.

El clavo de la bota había conseguido abrirse paso, insistente, a través del talón del calzado, a través de las distintas vendas y protecciones, y ahora le mordía la carne a cada paso que daba. Pero tenía el cuerpo entumecido a causa de esa fiebre latente que bullía, así que se alegró de no sentir del todo el cuerpo.

Mientras descansaba sentada, notó que la fiebre se acantonaba en la parte baja del cuello y allí latía sin parar.

No muy lejos de la ladera occidental de la cima en la que estaba sentada, en la base misma de los árboles, había unos enormes pedruscos oscuros en los que intentaban fijarse sus ojos desenfocados.

Y entonces, de repente, uno de los pedruscos se movió. Observó con atención. Y enseguida se dio cuenta de que no eran rocas, sino unas extrañas bestias similares a las vacas con las patas delgaduchas y todo el peso acumulado por encima de los hombros, en la cabeza y el cuello. Un empujón en los cuartos traseros, pensó, y darían una voltereta hacia delante para acabar del revés sobre la hierba.

Había muchísimas, decenas y centenares, cubrían todo el valle hasta donde se perdía la mirada; a partir de la escala de los árboles que poblaban dicho valle supo que aquellas bestias eran enormes, que una sola pesaría el doble que ella por lo menos.

Si llegara a plantarse en medio de aquella manada, se sentiría sobrecogida por su propia pequeñez y temería que la aplastaran.

¡Ay, menudo lugar era ese, plagado de monstruos tan encantadores!

Notó un calor que emanaba de la tierra, por muy dura, inclemente y

salvaje que esta fuera.

Con el cuchillo, cortó dos tiras largas de la manta de la que ya había cortado jirones antes y se envolvió ambos pies con ellas antes de volver a ponerse las desgastadas botas. El alivio de caminar con ese nuevo forro acolchado fue inmenso, y la chica dejó que sus piernas fueran más rápido de lo que habían ido por la mañana. Corrió tanto que la sangre le bombeaba con fuerza y casi se puso a jadear del esfuerzo.

Llegó a un estrecho tramo del sendero y miró hacia abajo, donde vio los rápidos a apenas un palmo por debajo de sus pies, y una piedra a la que había dado una patada resbaló por la cara de la roca y se perdió en las aguas blancas. Con qué facilidad podría caerse ella también. Pero mientras observaba el borboteo blanco la invadió un mal presentimiento, la sensación de que había algo en los árboles, detrás de ella, algo que la seguía.

Miró por todas partes, frenética, y vio un movimiento que no era el viento en los árboles. Era una cosa animal. Era una cosa grande y animal. Era una cosa tan rápida en esconderse que no alcanzó a verla del todo.

Y supo que aquella cosa, fuera lo que fuese, la vigilaba agazapada en un árbol.

Se dio la vuelta y echó a correr. Corrió aún más rápido y casi chilló por el dolor de cabeza y notó que, a su espalda, esa cosa animal que la perseguía había empezado a correr tras ella y también apretaba el paso.

El camino se estrechó y la chica arrojó su bastón por el acantilado y la maltrecha tabla empezó a girar en el agua y dejó de ser su propia herramienta fiel, amada de su mano, y volvió a ser el desecho naufragado que había sido.

Se notaba humedad en el ambiente y un ruido que no pudo detenerse a comprender.

Vio un pequeño sendero que bajaba hacia el río y lo siguió,

agarrándose como podía a puñados de hierba y a las raíces de los árboles entre las rocas que había junto al agua agitada.

Apenas unos días antes, ese río habría sido mucho más caudaloso y rápido a causa del deshielo y no habría habido sitio por el que caminar, pero ahora el río había vuelto a su cauce, dejando ramas de árboles caídas a lo largo de la línea de la crecida. Fue sorteándolas al avanzar, volando, saltando, tan rápido como pudo.

Llegó a un recodo y vio una impresionante cascada que se dividía en cinco grandes saltos relucientes que caían por cinco paredes rocosas separadas. El que estaba más a la izquierda, el más próximo a ella, era el más fuerte en su alta repisa de piedra, y a sus pies formaba una poza de agua agitada que se desbordaba hasta crear una amplia piscina natural azul y calmada, donde se hallaba ella. Cerca de la cascada había un paso entre las rocas apenas transitable.

Solo gobernada por el terror se habría atrevido a intentar ir por un camino tan resbaladizo y complicado, pero eso fue lo que la llevó a avanzar y trepar por la roca, ascendiendo de lado cuando podía, con las prendas ya mojadas por la humedad del ambiente y pegadas a las piernas. En el punto más próximo a la cascada la vegetación era de un verde vívido: helechos enroscados y hierbas altas mientras todo lo demás en el mundo ofrecía apenas sus tímidos brotes tiernos a la primavera.

Notó que lo que la seguía se iba acercando más, aunque ella había volado como el viento, y corrió por las aguas menos profundas con las botas empapadas y vio que el acantilado que allí había era tan vertical que el ascenso resultaba imposible.

En su aterrada búsqueda, vio un saliente a la altura de su cabeza que desaparecía por detrás de la cortina de agua. Y sin saber cómo, logró darse impulso para subir el cuerpo, meneó las piernas de lado a lado, se quedó colgando aferrada con las yemas de los dedos e introdujo el cuerpo por detrás de la primera de las violentas cascadas blancas.

Y allí se habría quedado, aferrada a aquella cornisa, lo más oculta

posible bajo el rugido del agua, de no haber notado un aire frío y húmedo y haber vuelto la cabeza para escudriñar la negrura que había dentro del extraño agujero invisible que se abría en la roca, casi al alcance de su mano. Con las últimas fuerzas que le quedaban, tiró del cuerpo para introducirlo allí. El agujero apenas tenía espacio suficiente para su cuerpo, así que se tumbó sobre el saco que aún llevaba atado a la cintura. Quedaba protegida de la vista ajena gracias a la cortina de agua que caía a poco más de un brazo de distancia, aunque aquí y allá había alguna rendija abierta en el chorro por la que podía entrever algo. La oscuridad de la pequeña cueva la absorbió.

Tumbada, se puso a temblar de pavor en el hueco de piedra, aplastada al máximo contra la pared del fondo y con las rodillas dobladas, solo asomaba la cabeza, así que se cubrió con la capucha para ocultar el brillo que pudiera desprender una gota de sudor o un diente o un ojo, o lo que fuera que pudiera delatarla.

Y cuando aún jadeaba por el esfuerzo, apenas un instante después de tumbarse, vio a través del encaje del agua y el tejido de su capucha a un hombre, un auténtico hombre humano que aparecía corriendo ligero por la curva de la roca en la que ella había estado un momento antes.

Y lo seguía otro hombre parecido al primero, con un arco más alto que él en la mano y flechas en un carcaj cónico tejido y atado a la cintura.

Y la chica sintió un escalofrío hasta lo más profundo de su alma, porque era algo reflejo, porque temía el destino de las mujeres de cualquier parte, mujeres a las que pillaban solas en una calle oscura de una ciudad, o en un camino tranquilo alejado de los oídos humanos, en cualquier lugar donde no hubiera otras personas que pudieran ser testigos.

Y esos hombres nuevos eran y a la vez no eran como los powhatan que rodeaban el fuerte, y la chica no sabía que pertenecían a otro

pueblo que su propia gente llamaba los piscataway. Quizá fueran aún powhatan, pensó, y se maravilló al imaginarse hasta dónde llegarían los dominios de su jefe de ser así, incluso en un lugar como este, sin caballos ni armas de metal ni pólvora para imponer su dominación.

Esos hombres también habían aislado su cuerpo con una espesa capa de pintura contra el frío y se habían afeitado la larga cabellera por un lado para no entorpecer el tiro con arco. Y el resto del pelo lo llevaban sujeto con cintas para que no les fuera a la cara. Vestían túnicas y, por lo demás, le parecían algo más grandes que los hombres entre los que había crecido, de músculos más poderosos, porque, según decían en el fuerte los hombres envidiosos, tenían un acceso más frecuente a la carne. Y desde luego, tampoco tenían los dientes reducidos a protuberancias ennegrecidas como sus compatriotas, algo que, por lo que tenía entendido, se debía a los dulces que tomaban en inglaterra.

Los hombres se acercaron tanto que la chica contuvo la respiración y no se movió, y se subieron adonde se había subido ella para examinar la cornisa, pero no vieron el agujero en el que estaba escondida. Y cuando se apartaron un poco de la cascada y miraron alrededor, la chica se quedó todavía más inmóvil y creyó ser enteramente invisible.

El ruido del agua al caer era tan ensordecedor que no alcanzaba a oír las voces de los hombres.

Al final, debieron de decidir que, aterrada, la muchacha había saltado al agua y de algún modo los había adelantado fundiéndose con la corriente sin que se dieran cuenta, porque regresaron a la piscina natural y uno se quedó mirando el agua mientras el otro deshacía corriendo el camino por el que habían llegado.

El hombre que se quedó junto a la poza se acuclilló a observar el agua y comió algo que sacó de una bolsa de cuero que llevaba en un costado.

Verlo comer despertó en ella toda el hambre que sentía con una terrible y nauseabunda oleada, pero no se atrevió a moverse por miedo a delatarse, y se alegró de que el ruido del agua ahogara los rugidos de su estómago.

Poco a poco se tranquilizó y tembló por la fresca humedad de su ropa y a causa del frío de las paredes de piedra que la rodeaban y le presionaban los huesos. Vigiló al hombre de la piscina natural hasta que regresó el otro hombre y se pusieron a hablar.

Ambos se incorporaron y se marcharon por donde habían venido.

Aun así, bastante tiempo después de que desaparecieran, la chica siguió teniendo la impresión de que la vigilaban desde algún lugar elevado y escondido, así que no se atrevió a moverse.

Sin embargo, la roca que se le clavaba en el cuerpo había absorbido parte de su calor y ya no la notaba tan fría. Todavía estaba alterada por el miedo, pero en cierto modo el cerebro se le había adormecido por ese mismo miedo, y la sensación de saberse arropada por la roca y el rugido del agua la meció hasta caer en un extraño sueño.

En sus sueños, vagaba en una oscuridad tan espesa que no se veía las manos siquiera, solo notaba el camino que había bajo sus pies descalzos, y con cada paso que daba, temía que el siguiente fuera sobre un precipicio, y sentía a la vez el miedo a caer y la caída en sí, aunque nunca llegaba a experimentar el impacto final contra el suelo.

Cuando se despertó, el sol se estaba poniendo con un glorioso tono dorado. Se reflejaba sobre el agua mansa de la poza, más allá del remolino blanco de espuma que formaba la cascada al tocar el suelo. La intensidad de esa última luz diurna la cegaba.

En las sienes, la fiebre palpitaba con cada latido y le dolía hasta la mandíbula.

Pensó que tal vez los hombres aún merodearan por allí, así que no se atrevió a moverse de donde estaba tumbada, aunque toda la parte inferior del cuerpo se le había quedado entumecida.

Tan solo alargó la mano despacio por debajo de las faldas hasta donde tenía atado el saco, y con esa sola mano, lo desató y hurgó

dentro y pellizcó un poco de salmón ahumado, que se llevó a la boca.

Para beber, comprendió que debía contentarse con abrir la boca y lamer el agua pulverizada que le caía en la cara y resbalaba hacia abajo. Comió y bebió, y a decir verdad se sintió relativamente cómoda en su rinconcito, que estaba lo bastante cálido y era lo bastante grande y recogido. Cuando los movió, los huesos de su cabeza no gritaron. Y la fiebre se coló dentro de ella y la calentó. Había estado en situaciones peores, se dijo, y pensarlo le dio todavía más consuelo.

Entonces la luz del atardecer se apagó y la oscuridad lo cubrió todo.

Al llegar la noche cerrada, se atrevió por fin a moverse un poco, y se revolvió para desatar el saco y doblar las mantas debajo de su cuerpo con el fin de evitar que la piedra fría siguiera helándola, y se quitó las botas mojadas y las medias como pudo y enterró sus pobres pies fríos y heridos en el delicioso borde cálido de la manta. Parecían dos cosas muertas, negruzcas e hinchadas y hechas jirones, sin uñas, con los dedos más pequeños inservibles y con aspecto de estar a punto de caerse, con cortes gruesos que supuraban pus y sangre bien roja. Cuando se le hubieran calentado lo suficiente, los dejaría destapados para que les diera el aire, se dijo, porque tenía la esperanza de que el aire los curara; pero al cabo de poco había vuelto a dormirse y ya no pudo sacar los pies.

Sin embargo, por la noche percibió algo muy desconcertante que la despertó, y miró un buen rato a través de la cortina de agua que caía hasta que logró distinguir qué la había molestado. Allí, en el recodo de la pequeña poza, había un oso sentado en el lecho y el agua fría le refrescaba las patas.

Era un oso gigantesco. De todos los osos que había visto de lejos en aquel país, ese era el más grande con diferencia, con la altura de tres hombres de pie, uno subido a hombros del anterior. Y en cuanto atisbó el oso, vio cómo el pelaje del oso resplandecía a la luz de las estrellas; y

cuando salió la luna y vertió su fulgor sobre la piscina natural, pudo ver incluso los detalles de la cara del oso. La bestia observaba el punto en el que se abría la cascada al caer en sus cinco colas hacia abajo. Parecía que la bestia prestara suma atención.

Y aunque le resultaba difícil leer la expresión de un oso, creyó distinguir una mueca de asombro.

Algo dentro de la chica salió hacia el oso en una poderosa ola de empatía.

Había veces en las que ella también acababa absorta en un arrobamiento similar.

Una vez, en la catedral de la ciudad, cuando la señora, recién enviudada del orfebre, llevó a todos los sirvientes a oír el sermón del nuevo pastor, se había sentado en un banco y había observado al hombre que refulgía; era tan hermoso como una muchacha, parecía un gato saciado, sus palabras eran de oro y tan dulces que hacían que a todas las chicas les temblaran las rodillas al oírlas. En aquella época, también las rodillas de la chica habían flojeado, porque el pastor era un dulce por dentro y por fuera y ella todavía no conocía el alcance de su maldad.

Su prédica hizo que la señora apretara la boca mientras lo miraba, y la chica conocía a su señora tan a fondo que casi pudo ver cómo bailaban en su cabeza los trucos y las estratagemas que podría utilizar para tentar al clérigo a visitarla, para que cayera en sus garras, para dominarlo y hacerlo suyo, por muy perjudicial que resultara ser luego.

Pero en medio de aquel primer sermón tan inspirado, la chica había levantado la cara y había visto la luz que entraba por la ventana a raudales y se insinuaba bajo el encalado que cubría el fresco papista de los santos que había en la pared, de modo que los santos mismos parecían haber emergido de la blancura y la miraban directamente desde su atalaya, a ella, que tan insignificante era, una mera pulga para esos santos, y sus caras relucían con tal dolor, con un amor tan radiante, que un sentimiento sagrado cubrió primero de pronto toda la piel de la chica y después penetró más adentro, hasta la carne misma.

Y se quedó embelesada, y habría perdido el conocimiento de no ser

porque se pellizcó la pierna a través de la fina tela del vestido hasta que el dolor la devolvió al presente y le permitió continuar dentro del enorme y tierno fulgor.

Y en otra ocasión que no era en la iglesia había sentido un arrobo semejante, el momento en que habían soltado amarras y el barco había zarpado entre la niebla amarilla de la ciudad en aquella valiente flotilla que se aventuraba hacia el mundo no escrito, y ella había observado las casas y el puente cada vez más pequeños, pequeñísimos, hasta que la dejó boquiabierta comprobar que todo lo que había conocido hasta entonces, todo lo que había considerado grande e importante en su corta vida, podía acabar siendo tan modesto como una mota de polvo. Y fue como si una mano se hubiera introducido en sus costillas, le hubiera agarrado el corazón y se lo hubiera retorcido.

Ahora, al contemplar al oso que miraba hacia lo alto de la cascada, sintió en su propio cuerpo el embeleso que en ese instante estaría recorriendo al oso, y dentro de sí también sintió un cambio en su comprensión del mundo.

Porque si un oso podía sentir arrobamiento, entonces sin duda un oso podía conocer a dios.

Y si un oso podía conocer a dios a su propia manera osuna, entonces un oso tenía alma, y la chica no entendía cómo podía ser que el hombre sintiera que tenía derecho a masacrar a tales bestias, porque al matar el cuerpo del oso, el hombre también estaba aniquilando el alma del oso, que también ansiaba llegar a dios.

Y en ese momento empezó a ver que cuando dios creó al hombre y a la mujer juntos y dijo que les daría el dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre las bestias del campo, y sobre toda la tierra, y sobre todo ser viviente que se moviese sobre la tierra, tal vez con la palabra dominio dios no se refiriese al derecho a matar o someter a los peces, las aves, las bestias del campo y todo ser viviente.

Entonces pensó que a lo mejor en el idioma de los osos también había una especie de evangelio. Y a lo mejor ese evangelio decía lo mismo acerca de dios dando el dominio del mundo a los osos. Y puede que los osos creyeran que eso les daba permiso para asesinar a todo ser viviente, incluidos los hombres.

Y ese pensamiento la hizo temblar, pues si el evangelio era intercambiable entre especies, entonces dios no era inamovible. Entonces dios podía cambiar según el cuerpo a través del cual hablara.

Y entonces dios podría cambiar según la persona en el momento en que el alma se encontrara con él.

Y eso significaba que, cuando los más piadosos de los pastores de la iglesia de la ciudad y en aquel horrendo lugar, allá en el asentamiento, hablaban en nombre de dios no hacían más que pronunciar una fracción de la verdad, que era mucho más inmensa.

Solo revelaban la parte de dios que ellos podían atisbar.

Y el tamaño de esa verdad era tan pequeño como la propia pequeñez de esos clérigos.

Y tal vez, pensó, dios no fuera ni trino ni uno sino múltiple, tan variado como los numerosos seres vivos que poblaban la tierra.

Tal vez dios lo es todo.

Tal vez dios ya viviera dentro de todos.

Y esa tierra y esas gentes del lugar no necesitaban que los ingleses

fuesen a llevarles a dios.

La voz que de tanto en tanto resonaba en sus oídos le dijo suavemente: Y ¿qué pasa si dios lo es todo, chica? ¿Significa eso que, dentro de la totalidad que es dios, no hay nada?

No lo comprendo, dijo la chica, y sin saber por qué se echó a llorar; unas lágrimas calientes se escurrieron por su piel.

Sí, dijo la voz, y luego se esfumó.

Y la chica escuchó el puntito de luz que albergaba dentro del corazón, que durante todo ese tiempo había sentido que era dios.

Y fue allí en su escondite, mientras miraba al oso que a su vez miraba hacia ella, cuando nada le respondió, y nada se hizo eco.

Observó al oso y este observó la cascada, y la luna en su elegante delgadez observó todo lo que había sobre la tierra, a sus pies.

La chica se sintió desolada por dentro, desamparada y sola. Invocó al fantasma del soplador de vidrio para que volviese con ella y se lo imaginó tumbado a su lado en aquel angosto espacio y cerró los ojos; y su imaginación era tan fuerte que sintió que se perdía en su abrazo.

Cuando volvió a despertarse, el oso se había ido.

La luz del día empezaba a prender por el este.

La chica movió los pies dentro de su lecho de mantas y sus extremidades explotaron con miles de diminutos pinchazos conforme la sangre los inundaba de nuevo, conforme la sangre los devolvía de la pequeña muerte del sueño al dolor de la vida despierta.

17

Puso en marcha su mente y toda su atención, e intentó avistar desde su atalaya algún indicio de los hombres, pues tal vez se hubieran quedado de vigilia toda la noche.

Pero no los percibió cerca. Creyó que eso significaba que se habían ido.

Aun así, con ella había dos presencias fuertes: el fantasma del soplador de vidrio casi material aunque invisible a su lado, y la fiebre, que la abrasaba tanto que los contornos del mundo visible se emborronaban y su ropa interior estaba empapada en sudor.

Se sentó con la espalda erguida. Comió más pescado ahumado y sacó la taza de peltre de la pequeña gruta para recoger el agua que caía en cascada delante de ella y bebió con ganas. A modo de experimento, lamió el agua de la pared de la caverna y le supo a sal.

Entonces metió todas sus cosas en el saco y se lo ató a la cintura una vez más.

Durante un rato, pensó en ponerse las botas, pero si al bajar deslizándose por la roca se resbalaba y caía al agua, tenía miedo de que las botas la arrastraran hasta el fondo de la piscina natural. Así pues, ató los cordones de ambas y se colgó las botas del cuello, luego se quedó colgando de los brazos y buscó la rendija en la piedra con los dedos de los pies.

Por fin, la encontró cuando sus brazos estaban a punto de rendirse. Logró alcanzar la cornisa más grande y desde allí se deslizó por las resbaladizas piedras que rodeaban la poza.

El agua que le mojó los pies estaba tan fría que le resultó impactante, pero como la fiebre hacía que le hirviera la sangre, la rociada le

refrescó la cara y notó como una fina seda suave sobre la piel.

Se abrió paso hasta la cima del acantilado y se envolvió los pies heridos y ensangrentados con las vendas improvisadas, luego volvió a ponerse las botas. El cuero seco gimió para protestar.

Sin hacer una hoguera para calentarse, regresó al bosque, donde tendría más oportunidades de esconderse si le era preciso.

Abandonaría ese lugar en cuanto pudiera; pondría tanta tierra de por medio como fuera posible entre ella y los hombres o el oso; no sabía a qué le temía más, hombre o bestia o tal vez su propio ser pequeño, febril y muerto de hambre.

Así pues, aunque el dolor de los pies era inmenso, se obligó a acelerar el paso hasta que notó que corría.

Había oído..., ¿dónde había sido?..., sí, bien sujeta sobre las rodillas de Kit cuando era una mocosa, mientras él traducía del latín cuentos de mujeres que se habían fugado y, durante su carrera, se habían transformado en otras cosas. La historia de una hermosa doncella violada y luego castigada por ese abuso a convertirse en una novilla blanca que lamía el agua del río. La muchacha que se convirtió en girasol. La chica que se convirtió en paloma. La que se convirtió en cuervo. Y un montón de chicas que huían de sus perseguidores y se transformaban, incluso en plena fuga, en árboles.

Y corrió tan rápido como le permitieron sus piernas, corrió hasta quedarse sin aliento; y no tuvo fuerzas para cubrir de un salto la raíz expuesta de un árbol y se tropezó con ella, y se salió del camino y rodó hasta caer en un agujero lleno de hojas secas invernales. Allí, una vez tumbada, la abandonaron todas las fuerzas. Si sus perseguidores hubieran oteado desde lo alto, ya fueran reales o imaginarios, la chica no habría podido levantarse para seguir corriendo.

Y fue allí, tumbada en aquel hoyo lleno de hojas, donde sintió que se convertía en árbol.

Y como en una visión, oyó la orden susurrada por el viento y vio el agujero abierto en el árbol invitándola a entrar, la zambullida de cabeza, el agujero que se la tragaba por todas partes en la oscuridad, y los pasos de los cazadores que no oyó pero que pasaron como un trueno

con una intensa vibración por el bosque. Luego el glorioso crecimiento, sus pies extendiéndose hacia abajo para prolongarse con exuberancia dentro del fértil manto del bosque hasta enraizar, la coronilla elevándose por encima de los árboles, los brazos largos y múltiples de los que crecían más brazos, dedos que estallaban en hojas y anhelaban recibir el sol.

Mientras yacía allí, los latidos de su corazón disminuyeron del galope al trote. Y los sonidos del bosque volvieron a ella.

Cerró los ojos y el fantasma del soplador de vidrio se alzó ante ella, con la mano tendida, instándola a continuar.

Se incorporó y gimió de dolor pese a lo mucho que necesitaba el silencio.

Y aunque los pulmones le ardían dentro del pecho y la cabeza rota le latía sin parar y las articulaciones y los pies gritaban, volvió a correr. Y al cabo de un rato la carrera le resultó dulce, el dolor se silenció, y dejó de notar su cuerpo por completo, solo sentía la bondad de la carrera.

Se detuvo cuando vio un fogonazo rojo sangre en un arbusto, y arrancó una baya seca y se la comió. Estaba buena, aunque tan ácida que le adormeció la lengua al bajar, y empezó a meter puñados de bayas en el saco y se comió otro puñado. Y, con esas fuerzas renovadas, siguió corriendo.

El sol se impuso al mediodía, y aunque el viento era frío, le entró tanto calor que se quitó la capa y la metió en el saco. Más tarde, como no paraba de sudar, se quitó también otras dos prendas y corrió con la camisola más fina pegada a la piel; la tela estaba empapada en sudor, y tan llena de gusanos y mugre que el olor resultó ofensivo incluso para

su propia nariz y ver las costuras infestadas de piojos le ofendió a la vista.

Y al cabo de poco tenía demasiado calor incluso para esa última prenda.

Y sintiendo que gozaba de una soledad tan maravillosa dentro de la espesura del bosque, y con el cerebro nublado por la fiebre, creyó que había dejado muy atrás a sus perseguidores. Así que se desató las mangas de la camisola, que estaban ennegrecidas por el pestilente olor de las axilas y el largo año de sudor y enfermedad. Y metió las mangas en el saco y dejó que la piel de sus brazos recibiera desnuda el sol.

Y esa sensación del sol sobre su cuerpo le pareció deliciosa y buena.

El sol sobre ella era una bendición.

Ahora corría por una cresta montañosa que se elevaba a lo largo de la tierra como una columna vertebral, y en su fiebre, la tierra le pareció el lomo de una criatura gigantesca acurrucada en la roca y dormida.

Entonces empezaron a calar en ella unas voces, salían de su memoria, hablaban del deslumbrante sol de ese lugar. Y eran las voces de los músicos y los poetas que habían llenado los días de su infancia en la sala de estar de la señora, cuando la chica no era más que un divertimento que cantaba y bailaba. Esas voces murmuraban sin cesar, chismes y bromas e insinuaciones. El poeta de cabeza carnosa con la barba pelirroja; su amigo, que diseñaba las máscaras del poeta y dibujó un esbozo de la niña un día en el margen de una partitura, con la forma de una peonza sonriente. El amigo mutuo y a la vez enemigo de esos hombres, un joven con aire de gorrión y un pendiente de oro que sacudía las piernas con demasiada energía y garabateaba las cosas que decían los demás en un librito minúsculo con una útil punta de grafito tallada. Además de, por supuesto, el pequeño lord con cara y pelo de ángel de quien todos estaban enamorados o al menos fingían estarlo.

Y en medio de todos ellos, la señora riendo, la señora, que era la

reina particular de aquellos hombres sagaces y coleccionaba sus poemas de amor como si fueran el tributo por su atención y su clarete.

Ay, Traviesilla, le decía el poeta colorado y carnoso a la chica desde la distancia, invisible en la espesura del bosque, igual que se lo había dicho en la ciudad. Vamos, ven, Traviesilla, siéntate en mi regazo, no te haré daño.

Y en la boca, la chica notó el sabor tanto del pastel especiado como del gordo dedo que lo empujaba dentro.

Las traviesillas, como las bestias, comen hasta engordar, le dijo al oído el hombre para tomarle el pelo.

Y luego se desangran, dijo con sequedad el poeta gorrión, que los observaba con sus astutos ojos.

Por la tarde, tras muchas horas sumida en sus visiones, alzó la cabeza. Paró en seco.

Mientras corría había estado a punto de meterse en un lugar tan extraño que al principio pensó que era una emanación de la fiebre. Era un pequeño estanque bordeado de pálidos abedules que unían las copas, tocándose. Sin embargo, en aquel bosque que solo despertaba con sus primeros brotes desnudos, las hojas de esos árboles estaban llenas y verdes, y arrojaban una luz tamizada sobre el lugar. En la superficie del agua, las volutas de vapor ascendían y jugaban con el viento que susurraba y daba vueltas allí.

Se inclinó al borde del agua y la tocó con la mano, y descubrió que estaba tan caliente como una bañera.

Miró alrededor, pero no vio más que el bosque, quieto y reluciente, devolviéndole la mirada.

Así pues, se quitó la última capa de ropa, las botas, las tiras que le cubrían los pies, la enagua, y las medias hechas jirones que parecían de encaje.

Se quitó toda la pestilente ropa interior.

Desnuda a plena luz del día, entró en el estanque caliente. Metió todo el cuerpo en el agua y contuvo la respiración, y cuando salió, lo hizo

entre una capa negra de mugre y aceite y piojos y pulgas que se desprendían de su cuerpo y formaban anillos oleosos en la superficie del agua.

Estaba tan caliente que el día empezó a girar en sus ojos.

La que está mareada cree que es el mundo el que da vueltas, le dijo una voz al oído, bastante alto.

Empujó el agua con los brazos hasta que los círculos de suciedad se alejaron y volvió a meterse entera y a contener la respiración tanto tiempo como aguantaron sus pulmones.

Y esta vez, cuando volvió a emerger, la nueva capa de mugre y de bichos ya solo era marrón, no negra, y había menos insectos en ella.

Flotó de espaldas para disfrutar del glorioso calor. Las espirales de vaho resbalaban y jugueteaban sobre la poca piel que quedaba al aire.

Se le soltó el pelo largo del nudo en el que lo llevaba recogido, luego se fueron soltando las numerosas trenzas que componían ese nudo.

Las heridas le escocían con el calor.

Notó que el filo de sus huesos se ablandaba.

Hundió la ropa en el agua con una piedra de modo que los insectos salieron flotando, ahogados, en un interminable torrente de mugre.

Reflexionó un momento, y luego cogió el saco y lo vació, y recogió todo lo lavable y lo hundió también para ahogar a los bichos que pudiera contener.

Después de haber escurrido sus dos buenas mantas, el saco y la ropa, y de colgarlo todo en las ramas de distintos árboles para que se secara al sol, se arrancó las liendres de las ingles y las axilas una por una y las ahogó en el agua. Se espulgó también la cabeza y aplastó los piojos y las pulgas con las uñas hasta que ya no encontró más.

Y todo eso le llevó muchas horas, casi la tarde entera, y tuvo el cuerpo en remojo durante tanto tiempo que primero le engordó la carne con el agua y luego se encogió con ella.

Se quedó de pie, oyendo entre los sonidos del ajetreado bosque un murmullo bajo, como si algo cantara para sus adentros con una garganta de madera.

Fue desnuda por la tierra embarrada hacia el sonido que en apariencia hacía temblar sus huesos conforme se acercaba. En un roble que había más allá del anillo de abedules, como un fuerte centinela que protegiera a esas esbeltas doncellas pálidas y tiernas, encontró un agujero a la altura de su cabeza. Cuando escudriñó el interior, vio las rayas negras y amarillas de cientos o miles de abejorros que movían el trasero hacia fuera para generar calor para su enjambre.

Y no se paró a reflexionar, sino que metió la mano por entre las aturdidas abejas y notó que los dedos y la palma se le hundían cada vez más en algo cálido y blando.

Y cuando volvió a sacar la mano, la tenía cubierta de miel dorada, con abejas furiosas que le picaban por toda la piel y trozos de panal como finas cortezas de pan por encima. Lamió toda la miel de la mano y la metió repetidas veces, sin preocuparse de las picaduras.

Comió hasta que su sangre empezó a cantar de tanta azúcar y la mano y el brazo se le hincharon tanto con las picaduras que no podía doblarlos, hasta que las abejas se enfadaron demasiado para seguir arriesgándose a hurtar más miel. Entonces corrió hacia el agua y saltó dentro y contuvo la respiración y vio desde abajo cómo por encima de la superficie los abejorros volaban como dardos y la buscaban para castigarla. Solo asomó la cabeza para respirar y volvió a hundirse. Una y otra vez, salió solo para respirar, y al cabo de poco, dado que sus enemigos no eran más que abejas, se olvidaron de ella y regresaron para arreglar con celeridad lo que ella había roto en su colmena.

La chica volvió otra vez al árbol, y ahora con un palo largo, lo ensartó en la colmena y huyó para escapar de la ira de las abejas. Con la miel que goteaba del palo se pintó las heridas brillantes y abiertas de los pies y las piernas. Porque recordó que, en la ciudad, la cocinera utilizaba miel para aliviar las quemaduras y las heridas que afloraban en su piel cuando Kit le pegaba en la cara. Y siempre le parecía que curarse era cosa de magia. Un bálsamo de dulzura. Suspiró al notar el

escozor de la miel sobre las picaduras. A la luz del crepúsculo, dejó que aquella capa pringosa se secara sobre su cuerpo desnudo.

Y se incorporó, limpia y cálida en ese extraño paraje, y dio gracias a los abejorros por su bendición de miel.

Se vistió, lánguida por la tibieza del agua y la larga carrera del día. Su ropa, aunque mucho más limpia y seca con el sol, todavía presentaba un hedor que le resultaba nuevo, pues el propio hedor de su cuerpo que hasta entonces había enmascarado los olores de las prendas había desaparecido con el agua.

El saco con sus pertenencias le pareció de pronto más voluminoso. Su pelo mojado, aunque se lo había trenzado de nuevo y había retorcido las trenzas en un nudo, pesaba tanto que le empujaba la cabeza hacia atrás. La fatiga se había instalado en sus huesos.

Aun así, continuó caminando, porque había perdido cualquier noción de qué podía hacer salvo avanzar.

Durante la caminata, la miel que había comido le llenó el cerebro de vívidas ensoñaciones.

Se descubrió de nuevo en la ciudad de su nacimiento, e igual que durante el terrible verano de la plaga más reciente, cuando las campanas tocaban y no dejaban de tocar para recordar a los difuntos, ahora había campanas que tañían en señal de alarma y muerte constante en el aire. Sabía que aquel fatídico verano habían atrapado a los perros y los habían ahogado, porque la gente pensaba que la enfermedad la propagaban los chuchos, pero no eran ellos, pues tras la masacre de los perros callejeros, la enfermedad había continuado su implacable masacre. En las camas de las casas, apilaban los cadáveres como si fuesen leños. La realeza en sus torres por encima de la miasma de los enfermos se contagiaba de todos modos y, entre toses, caía. Los pobres morían con sus harapos por docenas debajo del puente. Los vicarios se escabullían presas del pánico con máscaras en la cara e

incienso de las tiendas de los papistas para quemar la infección, e incluso los más píos y serios de esos hombres murieron como tantos otros gusanos.

Y el viejo orfebre, el primer marido de la señora, volvió a casa tambaleándose y sudando, todos los criados huían a su paso, y la señora gritó escaleras abajo hacia donde estaba el hombre recién llegado, en la entrada: Ay, esposo, a dios encomiendo tu alma.

Y le prohibió, igual que al jardinero y a los mozos de cuadra, que subiera a la planta superior y fuera a sus propios aposentos.

Luego ordenó que clavaran la señal en la puerta principal y cubrieran las ventanas con tablones para que no pasase la luz durante seis semanas, y le dijo a la cocinera, quien tenía que dormir en los establos, que se aventurase a entrar en la ciudad enferma para comprar alimentos y subiese un cubo con las comidas de la señora y de la pequeña Bess y de Kit, que había vuelto de la universidad, ya que la universidad también estaba enferma.

Cuando la chica intentó subir las escaleras para estar con la pequeña Bess y los demás, la cocinera, en ausencia de su señora, gritó: Eh, tú, piojo patético, eres tú quien debe atender al viejo amo, porque tú eres la única criada que ha cuidado ya a enfermos de la peste en aquella pocilga de orfanato de donde te arrancaron.

Era cierto, intentó decir la chica, que en el hospicio había cuidado de aquellos pobres recién nacidos que habían muerto uno por uno en sus infantiles brazos esqueléticos, pero ni un solo niño había sobrevivido a sus cuidados.

Pero la cocinera hizo oídos sordos a sus protestas y a otras cosas que adujo: que no era más que una niña y era indecente que una doncella se quedara encerrada en un cuarto con un hombre adulto; y tras hacerse la sorda, la cocinera empujó el cuerpo de la chica a la habitación de la planta baja con el tembloroso y debilitado señor, a quien ya habían empezado a aparecerle ronchas negras por debajo de la piel. Entonces las sirvientas dejaron una bandeja con pan de centeno y una jarra de cerveza y varias brazadas de leña y un frasco de aquavitae y unos trapos para que la chica se lavara el cuerpo.

Y cerraron la puerta con clavos y la dejaron en la negrura con el hombre demenciado.

Pero ¿cuánto tiempo?, gritó la chica. Respóndeme, ramera lianta y descerebrada.

Tú, gusano rastrero, lerda, le chilló a su vez la cocinera. Quédate hasta que el señor se muera o no se muera; no es asunto mío.

Ojalá te ahogues en una barrica de vino, bruja galesa, dijo la chica. Dime cuánto tiempo será.

No obtuvo respuesta, pues ya no había nadie que pudiera responder, ya todos los sirvientes habían huido de la casa enferma y se habían refugiado en los establos. Intentó no llorar. Aplastó la cara contra la madera fría de la puerta.

Creo, dijo el orfebre con su voz afable, que no serán más de cuatro días, y tal vez menos.

La chica se volvió hacia él en el turbio terror de la estancia, toda oscuridad salvo por el sol que entraba por un ventanuco alto, que iluminaba la coronilla rosada del señor y, alrededor, el anillo de fino pelo canoso.

El orfebre estaba tumbado en el catre y sollozaba en voz baja.

Oh, dios todopoderoso, dijo la chica, que con tu ira en los tiempos del rey David aniquilaste con la plaga a treinta mil y que, sin embargo, al recordar tu misericordia salvaste al resto, ten piedad de nosotros, miserables pecadores que ahora nos vemos visitados por la enfermedad y la mortandad. Que igual que entonces ordenaste a tu ángel que cesara de castigar, también ahora te dignes por piedad retirar de nosotros esta atroz enfermedad. Amén.

Entonces encendió un fuego grande y luminoso, porque aunque estaban en verano y fuera hacía calor, la luz era necesaria para evitar que las frenéticas visiones de la muerte le robaran la cordura a su señor. De lo contrario, acabaría encerrada en un cuarto con un loco.

Al pobre señor le temblaban tantísimo las manos que no podía ni desvestirse solo. Compadecida, la chica se acercó para ayudarlo. Qué flaco y pálido estaba, metido entre las sábanas. Sintió angustia al verlo tan consumido.

Léeme, niña, le dijo. Ay, no me digas que no sabes leer. ¿Será posible que mi mujer, que tanto ama los libros, no te haya enseñado? Es un pecado dejar que una niña tan lista como tú no sepa las letras. Si sobrevivo a esta enfermedad, yo te las enseñaré. Bueno, ahora no es momento de libros, porque parece que mis ojos no funcionan como es debido. Pasaremos el rato contando historias.

Así pues, la chica le contó todas las historias que pululaban por su cabeza de habérselas oído a los amigos de la señora: las hadas malignas de los palacios de la ladera de la colina y la criatura humana que robaron para dejar en su lugar una de barro; la princesa cuyos zapatos la hicieron bailar hasta que murió; el dragón que se comía todas las vacas de los campos hasta que un granjero astuto hizo un pastel de jengibre envenenado y se lo presentó como ofrenda para que los protegiera, y el dragón se lo zampó, y el granjero astuto salvó toda la tierra y fue coronado rey por su sabiduría.

Se quedó sin historias cuando las campanas de la iglesia tocaron su canción de medianoche y un sopor empezó a apoderarse de ella.

Lo siento, señor, no tengo nada más que contar, dijo.

A esas alturas el señor jadeaba, porque se le habían empezado a encharcar los pulmones.

Eres una cuentacuentos fantástica, contestó.

Pero el hombre era incapaz de soportar el silencio, de modo que empezó a contar sus propias historias, jadeando y resoplando entre palabras. Habló de cuando era un chiquillo y se escapó de la granja y de sus odiados cerdos, de cómo bajó caminando desde escocia con pan seco y un cuarto de penique y un espíritu furioso, y se abrió camino en la ciudad primero con el vicio, pero después se hizo aprendiz de los calzas azules y se arrepintió, se acercó a dios. Y más adelante, a través del trabajo duro, se hizo rico, llegó a maestro orfebre, y tras una vida entera y un matrimonio tardío con la señora, él, que había empezado su andadura como un chaval escocés analfabeto, a punto estuvo de ser nombrado alcalde, y dos veces.

Tardó mucho en contar esa historia, pero la chica no tenía otra cosa que hacer salvo escuchar.

Y entonces le dijo: Niña. Tengo miedo. Soy viejo. Pero no estoy listo. Para morir.

Ah, dijo ella, porque era una tontorrona y no pudo evitarlo, bueno, señor, morir es un talento que solo se aprende en el hoyo.

¡En el hoyo!, repitió él riendo. Luego se echó a llorar.

Cuando la enfermedad acrecentó todavía más los miedos del orfebre, se le olvidó quién era la persona sentada en las sombras con él, y entre dolorosos jadeos contó la historia de un hombre que había perdido su miembro viril y de la bruja a la que había pedido ayuda. Claro, dijo la bruja, tendrás otro miembro, basta con que te encarames a mi nidito del árbol y elijas el que te plazca de entre los muchos miembros viriles que mi devota congregación me ha entregado. Y el hombre trepó al árbol y eligió el miembro más largo y gordo y lo bajó con orgullo. La bruja echó un vistazo y dijo con tristeza: Ay, no, ese no puedes llevártelo, porque es del arzobispo.

El orfebre se rio a carcajadas hasta que se atragantó de tanta risa, y luego se ahogó aún más con esos pulmones encharcados.

Poco después, soltó una exhalación extraña, como un estertor, y ya no respiró más, porque había muerto.

Y a la luz de la chimenea, su rostro pareció moverse durante toda la noche, porque cuando la chica gritó y chilló, un mozo de cuadra se acercó enfadado para preguntar qué quería, pero se marchó enseguida y solo volvió para decirle que los encargados de los muertos estaban tan borrachos que no podrían ir a buscarlo hasta por la mañana, y hasta que no llegaran no desatrancarían la puerta.

Inquieta, avivó el fuego todo lo que pudo, pues en el semblante del hombre muerto estaba estampado un terror tremendo. Le resultó extraño que hubiera tenido tanto miedo, porque siempre había sido un hombre piadoso y sin duda se encontraría entre los elegidos para la eternidad, pues ¿de qué otro modo iba a demostrar dios su favor salvo dándole una casa rica, un hijo robusto como Kit que iba a la universidad, una esposa hermosa y con dotes musicales y una hija de inocencia y oro, además de los tapices y muebles y todos los numerosos bienes y comodidades que había poseído en vida?

Y la chica se maravilló al comprobar que, aunque el alma hubiera entrado en esa eternidad prometida y su cuerpo se fuera enfriando en la muerte, aun con todo, el rostro del señor, a la titilante luz de las llamas, se movía con muecas horrorizadas.

La chica se quedó sentada con esa visión infernal toda la larga e interminable noche, hasta que llegó el día, sin poder dormir de tanto pavor. Atormentada por la cara de la muerte, durante meses se estremeció y lloró en sueños.

La casa se sumió en un año entero de luto riguroso tras la muerte del amo.

Después la señora tiró su ropa de luto y, al poco, escuchó al pastor de lengua melosa y quedó prendada. Casi estaba enferma de tanta ansia por él que sentía en las carnes.

Una noche, después de que la chica empezase a advertir la víbora que se retorcía dentro del pastor, estaba cepillándole el pelo a su señora cuando esta suspiró y dijo: Ay, pero es tan blanco.

Su piel es bastante pálida, es cierto, dijo la chica despacio, pues sabía de quién hablaba su señora.

¡Pálido! No, es blanco como el sol que ofrece sus cálidos rayos a todos los que vuelven la cara hacia él, dijo la señora.

Desde luego, tiene dentro un fuego abrasador, y puede que al arder lo vuelva blanco, comentó la chica.

No, granujilla, es blanco y puro por dentro, dijo la señora. Es imposible que la lengua diga palabras tan melosas sin que haya una reserva de dulzura dentro. Qué tierno es, cómo se ruboriza ante las bromas lujuriosas. Es como una ventana abierta, su rubor muestra su alma.

Igual que un cristal es frágil, así es él, dijo la chica, y bajó el cepillo.

¿Qué? ¿Frágil?, preguntó la señora, ceñuda.

El orgullo lo rompe con demasiada facilidad, y agarra las afiladas esquirlas para cortar a otros.

Tú sí que tienes la lengua afilada, Zeta del demonio. Guárdatela, porque será mío.

Entonces haga de él un juguete, no un yugo, dijo la chica.

No será un yugo, sino más bien una silla de montar. La señora se echó a reír. Aguantaré su peso y él cabalgará, hasta que bajo su cuerpo yo muera y vuelva a morir.

Y después de maniobrar con tanta astucia siguiendo su voluntad de vivir y de casarse con el pastor cuanto antes, los ruidos que salían de su habitación desde luego daban a entender que el hombre estaba cabalgando a la señora hasta la muerte, para luego resucitar por la mañana. Y a ojos de la chica, que cuando llegó el clérigo había sido expulsada del cuarto en el que había dormido hasta entonces, eso era otra especie de horror, el no morir una vez por la peste, sino una y otra vez todas las noches.

Y mientras, en su febril ensoñación, invocaba ese recuerdo hasta devolverlo a la vida, algo nuevo le fue revelado con la fuerza de la verdad.

Se detuvo a mirar boquiabierta, pero no había nada alrededor salvo árboles en penumbra.

Había experimentado, de un modo nítido y rotundo, una iluminación en sus maltrechos sesos: que durante su ausencia del mundo conocido, su ciudad natal de suciedad y ruido y cerdos y caballos y vida arrogante y todas las demás ciudades de la civilización completa, todas las pescaderas gritonas y todos los abogados y los músicos y los sirvientes, todos habían caído presa de la plaga más terrible que hubiera visto el mundo.

Y sintió, sí, pudo sentirlo, en aquel remoto paraje, que se trataba de una plaga a la que ningún cuerpo humano podía sobrevivir.

Y esa plaga mucho peor de su imaginación le llenó la mente de visiones. Pues todos los ruidos humanos de la ciudad se convirtieron en silencio, las campanas dejaron de tañer, las voces callaron; solo se oía el viento que soplaba desde el mar, los milanos que chillaban y picoteaban los cuerpos de los muertos, las gaviotas y los cerdos y los perros que se peleaban por los despojos, y los tejados que se derrumbaban y las ventanas que caían hechas añicos sin las numerosas

manos humanas necesarias para mantener viva la ciudad.

El viento rajaba el telón de los teatros.

Los ratones grises corrían tan campantes en colonias, royendo los valiosos libros guardados en las bibliotecas de las universidades.

El cuadro del nuevo rey se enmohecía en la pared, desprovisto de marco.

En los establos, las vacas mugían por el dolor de las ubres hinchadas, y luego una por una morían y se convertían en escuálidos esqueletos.

Los caballos merodeaban libres y violentos, tras olvidar lo que significaba tener un amo.

Y en los campos, los árboles enraizarían y al cabo de dos estaciones cubrirían los sembrados donde antaño maduraba el grano. Y al cabo de cinco, los terrenos recordarían los bosques vírgenes de esas tierras ignotas. Y diez años después todo rastro de habitación humana en el mundo sería borrado por la vegetación, y los animales camparían a sus anchas, encantados de haberse librado del gran depredador pálido.

Y el Edén se apoderaría de todo el mundo y el error del hombre sería olvidado.

Tal vez, en el fondo de su corazón, pensó, no se trataba de una visión febril sino de un deseo, el deseo de que murieran todos, de que una mano poderosa bajara de los cielos para aplastarlos, hasta no dejar uno.

Y la voz en su oído dijo, sedosa: ¿De verdad odias tanto a tus congéneres, chica?

Y la chica observó el inmenso dosel de árboles que se extendía en las alturas, los abundantes pájaros que volaban de rama en rama, el sol que acariciaba con suavidad las hojas nuevas, se filtraba por ellas y llegaba temblando de felicidad al suelo, y dijo con tristeza: Mi gente miraría estos lugares y los odiaría, los sustituiría por completo por calles empedradas y forjas que echarían negras nubes de humo al aire.

No me has contestado, muchacha, dijo la voz muy seria.

Y ella pensó en los que sufrían, en la muerte de los niños, y dijo en voz alta: No odio a mis congéneres lo suficiente para aniquilarlos a

todos.

Aunque en su corazón tal vez pensara que sí.

Y cuando tomó conciencia del sí de su corazón empezó a creer que toda esa civilización, toda su gente, había sido borrada de un plumazo, que les había condenado al desastre con su deseo secreto, y que lo único que quedaba de la grandeza de generaciones de ingleses era lo que ella guardaba aún en su mente febril.

Que ella, insignificante, una mota en el ojo de dios, se había convertido ahora en la guardiana humana de todo lo que, de otro modo, se perdería.

Ella, la más pequeña de los seres humanos, la más baja, debía vivir para recordar, le dijo la fiebre.

Ella debía preservar la bondad que había existido en ese mundo.

Ella debía dársela a los humanos de ese otro mundo nuevo.

Las canciones las recordaría, los poemas, las mejores obras de arte.

Así que se puso a cantar en voz alta en el bosque donde justo antes había invocado una plaga catastrófica para los suyos en el lejano extremo opuesto del mar: En primavera, la época más hermosa, cuando los pájaros cantan, con su pío, pío, pa, los dulces amantes aman la primavera…

Entonces la miel acabó de hacerle efecto y ya no pudo volver a mover el cuerpo. Las manos le latían por la hinchazón, en concierto con la palpitante cabeza.

Se detuvo a pasar la noche.

La luz del día se había esfumado, y con la oscuridad se coló el frío. Volvió a ponerse todas las prendas de ropa. Comió pescado ahumado hasta quedar saciada, bebió, orinó.

Entonces utilizó dos troncos caídos tan grandes que le llegaban por encima de la cintura, de modo que formaban un pesebre un poco mayor que su cuerpo, y rellenó el hueco entre los árboles con brazadas

de ásperas hojas secas que continuaban en el suelo desde el otoño anterior.

Se introdujo en esa suave pila de hojas de olor dulce y dejó que la cubrieran y la calentaran como si fuesen una manta más. No habría hoguera, porque estaba demasiado cansada para encender la mecha y avivar el fuego.

En la boca tenía una llaga nueva que no podía dejar de tocarse con la lengua.

Bueno, se consoló, ahora no cabía duda de que su cuerpo entero era una herida abierta.

Y a su alrededor había infinidad de roces de hojas y ruiditos agudos; compartía el espacio con una familia de ardillas listadas o ardillas voladoras o alguna otra clase de criaturas, buenos bocados si lograba atraparlas, pero no lo intentó.

Porque a partir de aquel día algo en su interior pasó a adorar la comodidad de apoyar la cabeza tranquilamente entre las criaturas pequeñas e invisibles de la espesura.

18

Cuando se despertó temblando en plena noche, abrasada por la fiebre, supo que su lecho de hojas no bastaba, así que se levantó. Recogió ramas secas a los pies de los abetos e hizo una pequeña hoguera y levantó su tienda de mantas cubriendo parte del fuego para que la lana atrapara el calor. Eso le permitió dejar de temblar lo suficiente para volver a conciliar el sueño.

Las visiones diurnas la habían abandonado y ahora la acechaban las visiones nocturnas.

En la peor visión de la noche, miró hacia arriba aterrada y vio una cumbre de montaña negra, como si ella estuviera cerca de la base. Y en el cielo, sobre la cima, había una única estrella que caía de la negrura. Fue creciendo y creciendo y luego se estampó contra la superficie, una piedra resplandeciente, y la chica oyó cómo chocaba con la montaña, se rompía y bajaba rodando a toda velocidad; sonaba igual que unos pasos, sus crujidos cada vez más cerca, esa bola de fuego se acercaba a ella; y cuando se despertó vio un hocico negro que empujaba el palo que mantenía en pie su tienda de campaña. Entonces el palo y la tienda se desplomaron a la vez. El borde de la manta se incendió. La grasa de la lana hizo que el fuego se propagara con un rugido.

La chica salió a rastras de debajo de la manta en llamas y se escondió al otro lado del árbol, desde donde observó cómo el inmenso lobo solitario, cuyas patas se elevaban hasta la altura de la cabeza de la chica, retrocedía de un brinco para apartarse del repentino incendio, con el pelaje del lomo erizado y un terror brillante en los ojos ante las súbitas llamas verdes que escupían fuego.

Entonces la muchacha tuvo justo el temple suficiente para alargar el

brazo alrededor del árbol y tirar de la otra manta y del saco para alejarlos de donde estaba el lobo, y acercarlos a donde estaba ella, agazapada detrás del árbol.

Ahora el lobo no podía verla; en su terror, solo veía el fuego, y la chica oyó que se retiraba, sus pasos vigorosos sobre los arbustos y las hojas muertas del invierno. Contuvo la respiración y rezó en silencio.

Cuando estuvo segura de que el lobo ya no podía oírla, salió reptando de su escondite, y con todos los palos que pudo aunar, montó tres hogueras que la protegieran por tres lados, y a su espalda dejó el árbol.

Dentro de aquel cerco examinó el trozo de manta que se había salvado de las llamas; el tejido estaba carbonizado por los bordes.

Se envolvió la garganta con ella, como si fuese un pañuelo grueso, y remetió las puntas por el cuello de su camisola. El hedor a lana achicharrada superó todos los demás hedores de su persona y se convirtió en un nuevo compañero.

Se mantuvo en vela toda la noche, y tuvo una visión de cómo la vería uno de los hombres del fuerte si por casualidad se aventuraba por el bosque y la descubría allí; le parecería una pordiosera hambrienta y marchita con ojos febriles y un bulto negro azulado en la coronilla, como el cuerno incipiente de un demonio, vestida con harapos de lo más repugnantes, peor que cualquier pedigüeño de las calles de una ciudad, casi un cadáver, pero no del todo. Soltó una risa corta y amarga.

Así que, temerosa de los horribles colmillos del lobo solitario, tan largos como su mano, esperó en el círculo de fuego a que llegase el amanecer. Este llegó erróneamente un millar de veces, pero al fin, casi cuando ya había perdido la esperanza, el auténtico sol se encendió con toda su fuerza y brilló en el borde del cielo.

19

Tal vez fuera el sobrecogimiento por el lobo, o quizá el trayecto la había debilitado al final más allá de la primera debilidad de su larga hambruna, el caso es que cuando el sol se elevó aquel decimoquinto día de soledad en esas tierras salvajes, también la enfermedad que había sido su compañera constante, la fiebre que tantos días llevaba intentando aplacar, se elevó sobre su cuerpo y se manifestó.

Poco a poco, las malas semillas que habían fluido por su sangre desde el asentamiento empezaron a aflorar en su piel.

Había visto gente morir de flujos de bilis, de flujos de heces, de flujos de sangre, de cólicos por las aguas salobres, de escorbuto, de enfermedades venéreas, de sífilis y bubas, de viruela mayor y viruela menor, de peste, de fiebres fecales y malaria, así como de fiebres tercianas y cotidianas y pestilentes, de tuberculosis, de hinchazón del cuerpo por beber agua sucia sin hervir y por beber agua demasiado salada, de un exceso de cólera y un exceso de sangre, y a causa de las flechas de los hombres del lugar o en la horca del verdugo. Había visto ladrones atados a un árbol para que se murieran de inanición, una muerte acelerada de un modo miserable por el ataque del frío y el hambre que los devoraba de dentro afuera. Lo peor fue cuando la pequeña Bess murió porque se negó a vivir. Y lo segundo peor, la vez que un hombre, enloquecido por el hambre constante que lo atormentaba, mató a su mujer y la puso en salazón y escondió sus miembros en las vigas de su casa. Al bebé que llevaba dentro la mujer no se lo comió, sino que lo tiró al río, y así fue como descubrieron su

asesinato. Lo atraparon y lo colgaron por los pulgares con aquel frío helador hasta que murió, convertido en un auténtico animal y mordiendo al primero que se detenía a rezar por su cuerpo azul y a observar su sufrimiento para su propia educación moral.

No transcurrió ni un solo día del invierno de la hambruna sin que murieran unas cuantas personas, y la chica había visto tantos moribundos que conocía muy bien los síntomas de la muerte.

Comprobó todas las partes de su cuerpo para descubrir qué clase de enfermedad era la que había empezado a padecer. Tenía esa llaga en la boca de la que habían brotado muchas más heridas. Tenía las heces negras y calientes, pero era probable que se debiera a las bayas que había ido comiendo; le dolían los pulmones y notaba un silbido, pero se tocó la garganta y se palpó las piernas y los brazos y no vio ningún bulto morado.

Pero cuando miró la piel desnuda de sus brazos y sus piernas, lo que sí vio fue la delatora rojez allí, y se llevó la mano a la cara y notó las nuevas pústulas alrededor de la boca.

Era la viruela, pues. Y eso era la discreta erupción roja de las primeras etapas.

Pensó en el hijo del caballero, en su cuerpo destrozado, tan picado de viruelas que incluso tenía pústulas en los dedos de los pies cuando le quitó las botas.

Esas botas, que de forma tan fiel la habían transportado todo aquel trecho.

Cerró los ojos y vio ante sí al soplador de vidrio, con una inmensa compasión en la cara.

Pero los abrió y se echó a reír, porque ese era un mal que conocía bien; lo había visto a menudo. En casa de la señora había habido un pobre mozo de cuadra cuyo cuerpo se había desfigurado para siempre después de pelear con la enfermedad: el muchacho había sobrevivido, pero iba renqueando, porque se le habían dañado tremendamente los genitales.

Y también el recién nacido del hospicio, con la cara tan devorada por las pústulas que ya no tenía ojos ni nariz ni labios, solo un agujero por

boca en medio de una maraña de ampollas.

Estaba desquiciada, se reía y no podía parar.

Dios mío, dijo en voz alta, ¿debería detener aquí mismo mi viaje? ¿Debería tumbarme al sol para morir?

Y escuchó el viento y los árboles y las bestias y las aves, pero no obtuvo respuesta hasta que su propia voz se elevó dura y terrible en pleno día. No, dijo en voz alta. Sigue.

A trompicones, continuó. La fiebre la machacaba. Formaba una tormenta en el centro de su cuello y en la parte baja de su espalda.

Se arrepintió de haber arrojado el bastón a los rápidos cuando huía de los hombres. Por suerte, encontró un palo de repuesto que la ayudó a caminar, y era bastante robusto, pero no tenía astucia ni encanto y no era un buen compañero.

Tal vez si seguía moviéndose, pensó, aún tuviera alguna oportunidad.

Tal vez pudiera alcanzar el norte donde estaban los franceses antes de que la viruela la dejara inmovilizada; le permitirían quedarse en un establo y le pondrían comida cerca, y la viruela se le pasaría y ella se curaría una vez más.

Aunque todavía le quedaba comida en el saco, era incapaz de comérsela. Había perdido el apetito junto con la mayor parte de su esperanza cuando notó las llagas en la boca y supo que estaba condenada.

Sus pasos se hicieron más lentos.

Ahora arrastraba los pies.

Arriba, arriba, por una colina interminable. Jadeó de dolor. Se apoyó en un árbol caído para recuperar el equilibrio.

En su mente flotaban retazos de canción, como si alguien los estuviera cantando cerca —puede que fuera su propia voz la que los cantaba—, y

de su cabeza salían flotando las canciones.

Arrastrando los pies, llegó a una arboleda iluminada por el sol y se detuvo maravillada.

Porque ahí, en el claro, estaba la mesa de la cocinera tal como había estado el último martes de Carnaval, antes de que la señora se casara con el clérigo y siguiera sus ambiciones al nuevo mundo y les arruinara la vida a todos.

La mesa estaba puesta con un mantel ribeteado de encaje, candelas que ardían con exuberancia en los candelabros plateados, un cochinillo que le sonreía con una manzana metida en la boca y la piel roja y crujiente y lista para desmenuzarse en cuanto la tocara un tenedor. Había un salmón enorme en un lecho de rodajas de limón y hojas de lechuga, había un cisne asado con la cabeza doblada hacia atrás, una trucha cubierta de miel, un plato de palomas, una apetitosa ensalada con cebollino, plantas aromáticas y aceite, y jamón y fruta confitada y aceitunas como un ornamento que brillaba en el centro de la mesa, igual que la diadema que relucía sobre la línea blanca de la ceja pintada de la señora. Había panes y queso y frutas y pasteles de carne y una bandada de pájaros de hojaldre con unos aturdidos ojos de grosella espinosa. Y en la cabecera de la mesa se asentaba la gloria suprema de la cocinera, un patíbulo en miniatura esculpido enteramente en mazapán, con todo lujo de detalles: los nobles y las damas y el pueblo llano en el público, los coches de caballos a la espera, gradas llenas de gente que quería ver el espectáculo, y diminutos vendedores de frutos secos y mujeres que vendían bacalao caliente y la fortaleza en un lateral. La obra más delicada que había salido de las manos de la cocinera eran los tres ladrones, modelados con gran pericia, que ya colgaban muertos del palo de la horca.

Ay, estaba allí, había regresado, si alargaba el brazo podía tocar esa naranja de ahí y observar cómo su carne jugosa salpicaba el aire con un fino zumo; el sol entraba por las ventanas e iluminaba las motas doradas de polvo en suspensión, y fuera, en la calle, los aprendices

corrían y se reían del choque de una carreta a la que habían hecho volcar, y arriba, en el cielo, se oía un frenesí de campanadas. Ahora la dulce y pequeña Bess estaba junto a la chica una vez más, olía a pis y a leche, hacía ruiditos y agarraba con gula un cuenco de higos y succionaba uno, que le chorreaba por la mano. Una vez más, la chica podía alargar el brazo y tocar la dulce suavidad del amor más querido de su corazón y abrazarla fuerte y aspirar el olor de su propia pequeña Bess hasta que esta, cansada de que la apretujara, le diera un manotazo en la cara, riendo, y luego colocara la lustrosa cabeza sobre el hombro de la chica. A hurtadillas, la pequeña Bess deslizó en la mano de la chica una menudencia, algo robado, una cuchara de plata con la que la señora removía su agua de rosas y a la que esta tenía mucho aprecio porque llevaba sus iniciales grabadas. La señora tocaba el laúd en un rincón y cantaba en voz baja. Y la pequeña Bess miró a la chica a la cara, de un modo que no solía gustarle, y le dedicó una sonrisa de labios mojados, y la chica sintió una emoción tan arrolladora en su interior que cualquier palabra que hubiera logrado articular habría sido insuficiente para describirla y cerró la mano para aceptarlo.

La visión se esfumó. Su mano asió el aire, el vacío. Los árboles hacían entrechocar las ramas; los árboles se reían de ella.

Caminó.

Pie de fuego tras pie de fuego.

El cuerpo entero en llamas. Encendido. Extático.

Un paso más. Un paso más.

Hasta el crepúsculo caminó. Se le cerraron los ojos, pero avanzó sin ver.

Fuera de ella se cernió la oscuridad de la noche.

Dentro notó una oscuridad fruto de la nada de dios.

En una ocasión abrió los ojos en un claro iluminado por la luna, con los árboles abrazados a su alrededor formando un ardiente bosque

vigilante; la tierra revuelta por la primavera desprendía un olor tierno en la noche plateada, y espesando el cielo con su luz más discreta estaba el aro casi disuelto de la luna.

En una ocasión abrió los ojos y se vio subiendo lentamente una colina. En el suelo había círculos temblorosos sobre los que la luz se colaba por entre ramas y hojas. Esos círculos eran hongos que brillaban con intensidad, unos hongos como puños pintados de rojo y naranja y amarillo con elegantes y altos tallos blancos, y hongos tan parecidos a las partes pudendas de los hombres descaradamente erectas que, pese a las penurias de su cuerpo, la chica se rio asombrada. Después rompió en pedazos los hongos a patadas.

En una ocasión abrió los ojos y se encontró con que estaba en lo alto de un precipicio, con las manos aplastadas contra la piedra, deslizándose paso a paso por un sendero tan estrecho que solo le cabía la mitad del pie y la otra mitad le colgaba en la honda oscuridad. Y se sorprendió tanto que chilló y sacudió el cuerpo y al hacerlo se le escapó un pie, y se aferró a la pared, pero solo encontró grava suelta bajo los dedos y ninguna rendija ni cornisa de la que agarrarse. Entonces el otro pie se le resbaló hacia un lado y acabó por soltarse del todo y empezó a caer; se dio un buen golpe en la cadera con una cornisa y se raspó el abdomen, las costillas, el mentón, la mejilla, la sien y los brazos abiertos, y las muñecas rebotaron contra la cornisa, pero no pudieron agarrarse, así que continuó precipitándose, cayendo a través de la oscuridad, y vio la cara picada y agujereada del precipicio que lentamente se echaba encima de ella como una cortina gris. Ignoraba cuánto tiempo había estado cayendo. Debía de haber dado vueltas en el aire, porque cuando impactó contra el suelo lo hizo de costado, en un montículo de tierra húmeda, y dentro de su cuerpo oyó un contundente crujido, luego siguió rodando hasta que la detuvo un pedrusco aterciopelado con dos palmos de musgo por lo menos. Y allí se durmió.

20

Ya estaba avanzada la mañana cuando se despertó.

Un insecto largo y verde caminaba ante sus ojos con pasos afeminados y manos de predicador.

El canto de los pájaros era ensordecedor.

Al respirar, le dolía en un costado.

Movió los dedos de las manos; movió los dedos de los pies. Manos y pies, brazos y piernas.

Se dio la vuelta y miró hacia arriba. El precipicio por el que había caído apenas era más alto que un hombre subido a un taburete. Había resbalado por una ladera cubierta de musgo. Una caída no muy prolongada, y después un aterrizaje más blando que el agua.

Y el musgo y los insectos y los pájaros le cantaron hasta que se durmió otra vez.

Cuando despertó de nuevo, se incorporó para recuperar la marcha, y ese flamante padecimiento, que en la ciudad que la vio nacer la habría hecho aullar como un bebé y meterse en la cama, aquí no fue más que una leve ola entre todo el oleaje de lo que sentía.

Venga, vamos, vamos, chica, se dijo en voz alta, enfadada. Sigue o muere donde estás.

Así que continuó, todavía más despacio, pero por lo menos

avanzando.

Arrastraba los pies, pero el cuerpo le pesaba tanto que incluso arrastrar los pies era un triunfo.

Llegó a un claro en lo alto de una colina. Se oía una música aguda, como un silbido o una gaita, por todas partes, y la música salía de su interior.

Desde donde estaba, el terreno se inclinaba peligrosamente hacia abajo tanto al este como al oeste, y advirtió que al bueno de su río se le unía otro río que desembocaba en él desde el sur. Observó ese momento de unión sumamente íntimo.

Mientras estaba allí de pie observando, unas gruesas nubes de lana llegaron impulsadas por el viento desde el norte y se extendieron por todo el distante cielo. Las contempló con deleite. Qué preciosas eran, qué elegantes y moradas. Tocó el retal achicharrado de la manta que llevaba alrededor del cuello y pensó en cuánto le gustaría que esa manta de nubes le abrigase la piel: parecía muy suave, daba la impresión de estar tejida con pelo oscuro y sedoso. Movió la mano para tirar de la nube y ponérsela en la cara. Se la imaginó cálida sobre la piel, como un velo que tapara el sol brillante donde ella estaba. La nube se acercaba rápido hacia la chica en dirección sur, y en su estela dejaba semejante sombra densa y negra que todos los árboles y el agua sobre los que caía la sombra quedaban sumidos en la noche de repente.

Pero el tejido de la nube se iba abriendo a tirones por la propia velocidad de su movimiento, y ahora había unos agujeros grandes en el algodón. A través de esos agujeros, el sol cegador metía sus largos dedos pálidos y tocaba el suelo, y los árboles que la luz elegía de pronto entre todos los demás se veían tan perfectos, tan inmaculados ejemplares de su especie, que la chica no sabía cómo era posible que no hubiese apreciado la maravillosa perfección de cada uno de esos árboles hasta aquel momento.

Perderse la profunda belleza del mundo es una falta moral, dijo la voz de su mente.

Sí, dijo ella en voz alta, porque ahora sí veía el pecado en toda su magnitud.

E incluso mientras miraba hacia la nube negra, las sombras más negras sobre la tierra, los rayos oblicuos de luz y los árboles iluminados, vio que la luz no era lo que ella creía que era. Cada rayo era una escalera de mano hecha con la luz del sol más potente, y en cada escalera había encaramados ángeles que no paraban de subir y bajar.

¡Qué diligentes eran los ángeles!

¡Cuánto se parecían a refulgentes hormigas divinas!

Un gozoso calor se extendió por su interior, irradió hacia fuera desde su corazón hasta los brazos y dedos de las manos y piernas y dedos de los pies e incluso inundó las llagas y la piel picada de viruelas cuando sus ojos vieron todos esos ángeles ajetreados.

Era como un bálsamo para ella. Era como un largo trago fresco tras una sed terrible.

Comprendió que los ocupados ángeles estaban allí por ella; habían ido a buscarla, así que debía apresurarse a unírseles.

Gritó: ¡Esperad, ya voy! Y echó a correr colina abajo, por una pendiente tan escarpada en algunos puntos que se convertía en precipicio, lo que la obligaba a rectificar y buscar una nueva vía por la que descender. Pero en otros puntos el camino era recto y empinado, y sus temblorosas piernas medio muertas apenas podían seguir el ritmo vertiginoso de su cuerpo en el descenso, y el saco le pesaba tanto en la cintura que se le metía como un rabo entre las piernas y la hacía tropezar.

Bajó la mirada para colocar los pies con más cuidado en una pendiente peligrosa y redujo un poco el ritmo.

Cuando alzó la vista, vio que la nube se había desplazado; los jirones de la manta de nube se habían cerrado, hasta el último; la manta era tupida, oscura y sin cicatrices, y cubría todo el cielo sobre ella.

Habían retirado las escaleras.

Los ángeles se habían ido.

Los ángeles la habían dejado sola en ese mundo con su desdicha y su enfermedad y su sufrimiento.

Soltó un gemido casi animal y se desplomó.

Todo lo que había de bueno en ella la abandonó, la resolución y la esperanza y la fe.

Toda la bondad huyó de ella.

En el vacío se vertió una densa desesperación, y todos los innumerables monstruos que había encerrado bajo llave en su mente.

Los ángeles habían desaparecido; comprendió que jamás había existido ningún ángel.

La luz era simplemente luz, desprovista de esperanza.

Había un gran vacío, e incluso las nubes en su densidad estaban despojadas.

La lluvia era fría y caía en gotas sobre la chica, que se tumbó bocarriba y dejó que la humedad tamborileara sobre su piel. Le temblaba tanto el cuerpo que pensó que se le romperían los miembros contra el terreno duro.

La tormenta no tardó en pasar. Estaba empapada, pero no tanto como para que la humedad la matara. Su enfermedad crecía, pero simplemente no lo bastante rápido para matarla. Su hambre era una bestia que acechaba en su interior, pero de momento tampoco la había matado.

La nada revelada en ella donde antaño había ardido la caliente llamita de dios tampoco la había matado.

Se sentó y el calor de la fiebre hizo que de la ropa empapada salieran lengüetazos de vapor pálido.

Del pelo le goteaba un agua helada por la columna.

Oh, dios mío, dijo, si no eres la nada, si puedes oír mis súplicas, por favor permite que tu maltrecha sierva muera aquí y ahora, donde yace.

Y esperó, con las manos extendidas, pero no cayó ningún relámpago. No murió.

Alrededor de su boca, la erupción se iba tornando más rabiosa y abultada; habían brotado ampollas grandes y palpitantes, ahora sí era la auténtica viruela.

Y entonces dijo: Oh, dios mío, aunque no existas, o si existes pero no quieres matarme ahora, entonces yo, que soy la más desdichada por seguir viva, yo, que con la mayor desgracia existo, tendré que ser quien me mate ahora.

Barajó sus posibilidades. Estaba al pie del barranco, y volver a ascender la empinada cuesta era ridículo, imposible. Ni siquiera a gatas lograría llegar a un punto desde el que poder tirarse. Y además, pensó, si se rompía la nuca sin matarse, su sufrimiento se multiplicaría por cien.

Miró el río que tenía ante sí, tranquilo y brillante e inocente ahora que se había ido la nube, y pensó en meter piedras en el saco y hundirse lo bastante lejos para no poder salir a respirar. Pero no sabía de dónde sacaría la fuerza para hacer nada de todo aquello.

Entonces, río abajo, una inmensa masa marrón apareció entre los árboles rumbo a la orilla.

Es un oso, le dijo la voz.

Un oso, dijo ella en alto. Desde luego.

Y detrás del oso iban dos oseznos mucho más pequeños, apenas unas crías, aún sin destetar y redondos y mullidos, que se sentaron sobre los cuartos traseros y observaron a su madre.

Le pareció maravilloso que, si la osa se la comía, una parte de ella entraría en el cuerpo de la osa, fluiría a través de su leche hacia los cuerpos de sus retoños, y los oseznos crecerían hasta convertirse en osos adultos y tendrían sus propias crías, y una pequeña parte de quien había sido la chica viviría en algún lugar dentro de la sangre y la carne y la grasa de todos ellos.

Sería la única clase de eternidad que habría para ella, porque nunca tendría hijos propios y nadie que aún continuara vivo la recordaría después de su muerte.

Se levantó y estuvo a punto de caerse, pero no lo hizo. Con el palo, empujó su pobre cuerpo hacia la osa. Cada pocos pasos se detenía para jadear y asegurarse de que el animal continuaba donde lo había visto por última vez.

Ya llego, imponente osa, le dijo. Quédate donde estás.

Se despertó sin saber siquiera que se había tumbado a dormir. Sobre gravilla.

No había dormido mucho, porque la osa y sus oseznos seguían allí.

Trató de ponerse de pie, pero sus pies ya no podían caminar. Curioso.

Arrástrate, chica, dijo la voz entonces con afecto. Ve a cuatro patas. Ya casi estás.

El saco atado a la cintura rozaba el suelo tras ella, como la cola de un castor.

La madre osa estaba pescando. Daba zarpazos en el agua y atrapaba los peces para sacarlos del río.

De vez en cuando, los oseznos chillaban con sus voces agudas. Se peleaban, se aburrían, metían las pezuñas en el agua. Eran casi como niños. Eran casi como la pequeña Bess.

La madre osa salió de los bajíos para alimentarlos y las crías

hociquearon en su amplia barriga y mamaron mientras ella se llevaba un pez a la boca con las patas y se lo comía.

La chica avanzó por el suelo tan despacio que los oseznos ya habían terminado de comer cuando por fin estuvo lo bastante cerca para verles la cara.

Al cabo de un rato, se le ocurrió comprobar si podía mantenerse de pie, y sí podía, aunque de forma temblorosa e insegura. Se acercó más a la osa y sus crías, tan despacio que era como si se deslizara sobre su propia grasa igual que un caracol.

La madre osa por fin detuvo el movimiento y empezó a mirar a la chica.

El hocico y el cráneo y los hombros negros formaron una terrible punta de flecha que apuntaba hacia ella.

Y el interior de la chica le dijo que huyera, pero no lo hizo; al revés, la chica se acercó todavía más.

Las crías soltaron unos gemidos de curiosidad y olfatearon el aire en dirección a la chica.

Tenían la barriga oronda y los ojos brillantes. Corrieron hacia ella, y con el morro y las pequeñas zarpas le tocaron los pies protegidos por las botas.

Eran demasiado jóvenes para conocer el salvajismo humano. Creían que era una amiga.

La chica era incapaz de pronunciar palabras con la boca, su boca no le obedecía, así que pronunció palabras con el corazón, y esas palabras decían que amaba a los oseznos; le recordaban a su queridísima Bess.

Aun con todo, la madre osa no se abalanzó con las zarpas como mazas, con los dientes, con sus garras diabólicas.

La chica se obligó a aproximarse todavía más, hasta que puso el cuerpo entre la madre y los cachorros.

Miró a la cara a la madre osa, que a su vez la miró a ella. Entonces, obviando el intenso dolor caliente de la cabeza, se inclinó y tocó a los oseznos con la mano.

En ese momento la madre osa sí que se irguió sobre las patas traseras. Chapoteó en la orilla y echó a andar con paso torpe, resoplando y entrechocando las letales fauces. La chica se cuadró delante de la osa. Soltó el palo. Abrió las manos. Extendió los brazos.

Hasta entonces había creído que sería lo bastante valiente para atreverse a mirar a la cara su tan ansiado fin, pero no era así.

Cerró los ojos. Contuvo la respiración. Esperó agradecida el zarpazo y las garras como cuchillos cruzándole la garganta y el fin de la respiración cuando le arrebataran el aliento.

Y entonces notó en la cara el aliento caliente de la osa, que olía a pescado, unos resoplidos salvajes y secos.

Adiós al ancho mundo que tanto he amado, dijo la chica dentro de su cabeza. Adiós, mi soplador de vidrio, mi pequeña Bess, siento que no exista una eternidad en la que volver a veros.

Pero no notó la implacable garra ni los dientes sobre la piel. El momento se dilató hasta romperse.

Cuando la chica abrió los ojos, vio que la madre osa la había rodeado. Volvía a estar a cuatro patas y guiaba a sus crías hacia la orilla del río. Donde las rocas eran altas, agarraba a cada uno de los oseznos por el pescuezo con cuidado y los levantaba. Luego, con la extraña gracia de sus pesadas extremidades, la osa continuó su camino y desapareció.

Así que no era más que un pedazo de carne miserable, reconoció la chica, su enfermedad era tan evidente que incluso una osa era capaz de percibirla; no valía la pena ni matarla.

Nada la libraría de la intensidad de sus sufrimientos.

Se desplomó sobre el pedrusco más cercano. Se llevó las manos a la cara y sollozó.

Y entonces se dejó caer en el suelo, carente de toda fuerza en las piernas y los brazos.

Desató el saco y se lo puso detrás de la cabeza a modo de almohada.

El duro metal que había dentro, el hacha y la taza de peltre y el

cuchillo, se le clavaban en la cabeza, pero no le importó.

Era un lugar agradable, aunque frío. El río era ancho y poco profundo. El agua tenía un precioso color pizarra. Las aves pescadoras caían como dardos sobre el agua y luego impulsaban el cuerpo hacia arriba de nuevo gozosas, caían y ascendían, y había cesado la lluvia y el sol de la tarde se derramaba denso y pálido y bueno sobre todos los seres.

La fiebre la recorrió por dentro, ella no se opuso, y la viruela fue devorando su cuerpo en un oscuro florecer. Esa cosa que acarreaba con sus propios huesos y su carne y contra la que luchaba sería mucho más letal que cualquier enemigo.

Ay, pensó, y por dentro quizá se riera con amargura ante la absurdidad, todo ese miedo desperdiciado tratando de encontrar al enemigo, cuando lo llevaba demasiado arraigado dentro de su propio pequeño ser.

21

No habría redención, porque ningún dios había demostrado su existencia para redimirla.

Un cero, un absceso, un inmenso y rebosante agujero.

Los hombres de su país siempre habían sentido esa nada en lo más profundo de su ser; notaban cómo se retorcía y daba tirones en el centro de su cuerpo, y creían que esa sensación era la eternidad. Iban creciendo retorcidos por dentro alrededor de esa nada; eran como las cicatrices sobre una herida anterior que las deformaba e, igual de enrevesados que estas, se convertían en seres terribles y asustados y estruendosos y hambrientos. Ese vacío les provocaba la necesidad de plantar las botas encima de todo lo que veían.

La chica presintió la muerte que corría en la distancia, se acercaba volando; no tardaría en cernirse sobre ella, y entonces moriría.

Un pequeño sueño, una pequeña hibernación, un pequeño gesto de cruzar las manos para descansar.

El fantasma del soplador de vidrio se colocó en las rocas cerca de ella; casi lo notaba tumbado junto a su cuerpo.

Y le vino a la cabeza el momento del día en que la pequeña Bess se despertaba, la delicada tracería de sus pestañas sobre las mejillas y las venitas como pequeños afluentes azules que cruzaban sus párpados

conforme el sol ganaba fuerza; y la niña suspiraba y abría los ojos, que tras el apático sueño recuperaban la atención. Entonces percibía el placer reflejado en ellos al ver a su propia persona. Qué privilegio era presenciar cómo se despertaba al nuevo día alguien a quien amabas, cómo se despertaba al gozo de ver tu cara.

Solo esa niña idiota en su sabiduría cristalina había sabido lo que ni los sabios ni los avispados sabrían jamás. No podía haber lucha en este mundo, solo sumisión.

22

Antes tenía una puerta en su interior que podía cerrar con llave para impedir que salieran los malos pensamientos.

En su enfermedad, la puerta se había abierto y la cerradura estaba rota.

Que haya dolor, y hubo dolor.

La rabia que sentía hacia el pastor la embargó, aborrecida, por arrastrar consigo a su mujer, a su hija, a la chica, solo por la avaricia de riquezas. Porque ni a la pequeña Bess ni a la sirvienta les habían preguntado siquiera si querían ir.

Pues ¿qué es una chica sino una vasija para contener los deseos de los hombres?

Aunque el clérigo, su nuevo señor, había sido muy apreciado entre los sirvientes al principio, al cabo de pocas semanas pasó a ser despreciado, luego odiado. Siempre tenía frío y necesitaba que le encendieran el fuego, costase lo que costase; siempre se quejaba de la falta de limpieza y de la relajación de los criados a la hora de atenderlo, y una vez se atrevió a tirarle un eperlano frito a la cara a una cocinera formidable porque no estaba lo bastante crujiente para su paladar. Luego, después de la disolución de la casa, todos lo odiaron de forma aún más profunda y auténtica. En la cocina se hizo popular una canción que contenía los infinitos malos destinos que los sirvientes deseaban que le acontecieran en el país salvaje: una flecha en la sien, la cabellera rubia arrancada, el cuerpo despeñado por un acantilado y abandonado con el cuello roto para que sufriera mientras las aves

carroñeras le picoteaban las entrañas, un cocodrilo saliendo del río entre vapor y fuego para atrapar al pastor con sus mandíbulas, o asado vivo por los hombres del lugar como un cochinillo en un banquete y con su tierna carne clara engullida con avidez. La chica, que tenía mucho talento para las tonadillas y odiaba con toda su alma al nuevo amo por robarle el amor de la señora, participaba a menudo en la composición de la letra.

A toda prisa, habían vendido la casa y el mal hijo de la señora, Kit, había montado su propio hogar, habían empaquetado los objetos de valor, habían comprado los artículos necesarios, habían donado el esplendoroso armario de la señora en un acto de magnífica generosidad a las compañías de teatro de sus amigos.

El delgado poeta que parecía un gorrión se frotaba la mejilla con el voluptuoso terciopelo de un vestido.

Entonces, juntas a bordo, las cuatro almas restantes de ese hogar se despidieron de la mugrienta ciudad llena de humo con sus paredes de piedra húmeda, que tantas habitaciones ocultas de elegancia admirable contenían en su interior.

La travesía fue brutal, y la pequeña Bess, tan boba y muda, apenas sobrevivió. Después, en cuanto puso el pie en la tierra salvaje de ese nuevo país, la pequeña Bess percibió la maldad del lugar y del proyecto inglés asociado a él, y a partir de ese momento se negó a comer. Se tumbó y apretó los dientes y se fue muriendo de hambre, aunque siguió viva durante aquellos angustiosos meses de invierno en que morían tantos que era imposible cavar hoyos en el suelo congelado a la velocidad necesaria para enterrarlos a todos.

La señora se había comido lo que por ley no tenía permitido poseer, la pintura blanca de plomo que antaño se ponía en la piel para aclarársela, el carmín para enrojecer sus labios y mejillas, el tinte de mora para las canas, hasta que de repente se convirtió en una arpía en el nuevo mundo, pues había devorado todos los trucos de juventud y belleza que habían encandilado a su segundo esposo. Y, durante un tiempo, entre los hombres estremecidos de terror corrió el rumor de que la señora era en el fondo una bruja, ya que la rapidez de su

transformación los dejó sin aliento, y todos sabían que las brujas eran viejas, con los ojos velados, pálidas, feas y llenas de arrugas. Y que la señora fuera una bruja explicaría la maldición de muerte y dolor y hambruna que había caído sobre los habitantes del fuerte. Pero su esposo el pastor se irguió como un dios airado y atajó todos los murmullos.

Nadie salvo la chica y la señora sabían cómo esa dulce cosita que era la pequeña Bess, esa criatura pura dentro de su mente, podía forzarse a morir de horror con una determinación de la que carecían hombres y mujeres mucho más inteligentes que ella, pues les faltaba coraje.

La chica estaba tumbada junto a la pequeña Bess cuando su último aliento vital se agotó con dulzura y la sirvienta notó en la piel el momento en que la pequeña Bess murió.

Durante un rato, fue ella la única sabedora de la muerte, y tembló tanto que los dientes le repicaban en la cabeza y se afligió tanto como una bestia muda de los campos.

No podía permitir que se llevaran a la pequeña Bess, pensó la chica. En ese lugar, los cuerpos corruptos de los muertos eran apilados de diez en diez a la espera de que se descongelara la tierra para poder enterrarlos, y las ratas campaban a sus anchas entre esos cadáveres hasta que, igual que los cerdos y las gallinas y las vacas y los caballos y los perros y los gatos y las aves cantoras y los insectos, habían sido devorados, incluso los gusanos que reptaban entre los muertos eran devorados. Y a toda prisa la chica lavó el cuerpo de su querida Bess, el cuello, las mejillas, las orejas, las blancas extremidades, la vistió con su mejor traje. Entonces se aventuró a salir, y con las manos desnudas rapiñó de las casas miserables la madera que luego quemó en el suelo con el fin de calentarlo lo suficiente para cavar un palmo de tierra derretida. Entonces encendió otra hoguera e invirtió muchas horas en derretir el hielo con fuego y cavar hasta conseguir crear una tumba no muy profunda para su niña.

En el crepúsculo azul de ese día, el último día que pasó entre su gente, la chica y la señora y el pastor salieron de casa con solemnidad, y el pastor rezó una oración sencilla para una criatura tan sencilla

como su pequeña Bess. Luego la bajaron a la tierra envuelta en su sudario blanco y todos lloraron, porque esa pequeña belleza auténtica había abandonado el mundo para siempre jamás.

La chica contempló la tierra que se tragaba a la pequeña Bess y se quedó devastada; entró en la casa y se metió en la cama que había compartido con su Bess y olió el aroma de su pelo en la almohada y deseó poder morir también a causa de un pensamiento. Pero la suya era una vitalidad demasiado animal y no fue capaz.

Sin embargo, por la noche se despertó al notar algo extraño en el ambiente y vio que las camas de los señores estaban vacías. Salió a hurtadillas y llegó al patio oculto en el que se hallaban en plena oscuridad, susurrando, y también los acompañaba el gobernador, y sus dos secuaces y cuatro soldados que vigilaban las puertas. Y parecía que habían tomado una decisión, pues salieron todos juntos en silencio y se dirigieron a donde acababan de enterrar a la pequeña Bess. Y al llegar allí, los soldados cogieron las palas y cavaron para sacar a la niña, y les fue fácil, porque la tierra todavía no se había endurecido. Cuando levantaron el cadáver, abrieron el sudario y surgió de nuevo la pálida y querida cara, que desprendía un brillo tenue a la luz de las antorchas, con el pelo de un reluciente dorado. Al cabo de un momento, el pelo recibió los copos de nieve y hielo que caían y se emblanqueció. Entonces un soldado dio un paso hacia la pequeña Bess y levantó un hacha por encima de la cabeza para partirle el cráneo, y la chica, que contemplaba horrorizada la estampa, supo sin que nadie se lo dijera que un cuerpo que no había muerto a causa de una enfermedad en ese lugar era un cuerpo que todavía albergaba carne buena. Y no pudo moverse; observó, petrificada, mientras empezaban a descuartizar a la niña.

Solo salió de su estupor cuando vio que la señora, todavía hundida hasta las rodillas en la tierra congelada, llorando de pena, alargaba las manos para recibir con avidez un pedazo de los sesos que estaban friendo en la sartén junto a la hoguera. Y al ver cómo esa mujer, la

única madre que la niña había tenido en este mundo, lloraba y a la vez extendía la mano con avaricia, la chica salió de su escondite y corrió hacia el vergonzoso círculo y con toda su fuerza golpeó a la señora hasta hacerla saltar por los aires; la chica gritó, pataleó y mordió, pero la acallaron arrojándola al suelo y poniéndole un pie en la cabeza, y se le llenó la boca de barro helado y ya no pudo respirar.

Se quedó allí pensando hasta que el soldado levantó la bota y la liberó de su peso, y veloz como un rayo, la chica se escabulló de debajo y se marchó; entró volando en la casa y en un abrir y cerrar de ojos, incluso a oscuras, recogió todas las cosas buenas y fieles que había considerado útiles, reunió todos los vestidos y medias de la pequeña Bess y suyos, las botas que le había robado al hijo muerto del caballero, la capa más gruesa de la señora, los guantes más cálidos, y metió en el resistente saco las dos mantas, la taza de peltre, el hacha y el pedernal. Encontró el cuchillo escondido entre los papeles del pastor y se lo guardó en el bolsillo, luego se colocó la máscara de seda endurecida que la señora se ponía en la cara los días de mucho sol para que la piel no se le tostara más, con un botón entre los dientes para aguantarla en su sitio, y con la cara tapada se sintió más fuerte.

Entre las hileras de moribundos y muertos corrió con la capucha puesta y la máscara cubriéndole la cara, y si aquellos que aún podían hacerlo hubieran levantado la cabeza, habrían visto al mismo ángel exterminador volando entre sus filas.

De vuelta otra vez al frío y la oscuridad sin luna, a la dura nieve helada, al lugar de la empalizada por el que solo alguien tan escuálido como ella podía pasar. La respiración apresada dentro de la máscara que le cubría el rostro le provocó un cosquilleo a causa del calor.

Pero entre las sombras la esperaba el pastor, con los labios recién engrasados, y le salió al paso y la agarró por la garganta y la levantó contra la madera rugosa de la empalizada, y no había nadie cerca que pudiera impedir que la matara. Se le cayó el botón de entre los dientes; la máscara se le escurrió del rostro. La piel caliente le ardió por el frío

repentino. Durante un largo instante estuvo suspendida de su mano, asfixiándose, y la muerte empezó a reptar como un puñado de arañas en los límites de su visión.

El pastor masculló en su cara: ¿No sabes que, al someterte a alguien como esclavo para obedecerle, te haces esclavo de aquel a quien obedeces, sea del pecado, que conduce a la muerte, sea de la obediencia, que conduce a la justicia?

Ella no podía pronunciar palabra, se le había nublado la vista casi por completo, pero al oír eso, palpó en el bolsillo con las últimas fuerzas que le quedaban y sacó el cuchillo, que extrajo de su funda, y se lo clavó en la barriga al pastor.

Ambos cayeron al suelo, la sangre caliente del clérigo y sus vísceras se desparramaron y el hombre gimió en voz alta y ella fue recobrando la respiración entre jadeos; luego recuperó del todo la conciencia, justo cuando unos pasos se aproximaban. Volvió a meterse el arma en el bolsillo y arrojó primero el saco y luego su cuerpo por el diminuto agujero de la empalizada. Después se levantó con dificultad y huyó de aquel maldito y nauseabundo lugar y corrió por entre el maíz ennegrecido para alejarse de su pecado y adentrarse en los terrores conocidos y los infinitamente mayores terrores desconocidos de aquella tierra salvaje.

Mientras yacía moribunda, sollozó, demasiado débil para evitar el regreso de la pesadilla, de esos momentos que había apartado y encerrado con llave detrás de la puerta durante toda su fuga.

Su pecado era el pecado del asesinato, y ese era un pecado casi tan malo como negar a dios, algo en lo que también había caído; pero, claro, estaba defendiendo su vida, porque el pastor la habría matado sin miramientos. En realidad, lo que la hacía llorar ahora, en sus últimas horas sobre la tierra, era el horror de lo que le habían hecho al cuerpo de su dulce y pequeña Bess.

Lo veía una y otra vez; la puerta ya no podía cerrarse y ella no podía apartar esa visión.

23

Oyó un aleteo, y henchida de esperanza, pensó en un serafín invisible que nadara a través del elemento del aire.

No obstante, cuando hizo un esfuerzo para abrir un ojo, vio a un buitre que se aposentaba junto a ella, con las alas desplegadas, escudriñándola con un destello divertido en la mirada.

Sí, pensó, está bien. Vieja ave carroñera, tráeme tu hedor a muerte.

Su mente se elevó en el aire como si hubiera emprendido el vuelo, y contempló el mundo en toda su verde extensión, los escarpados picos de las montañas despuntando en el cielo y las vastas superficies de los bosques y las venas de los ríos y los dientes de las olas blancas del océano que rechinaban sin cesar.

Y entonces, en el aire, hubo un único resplandor, una visión que extendía su vida inmensamente más allá de ese instante de muerte, tanto en las vastas superficies como en los granos más pequeños.

24

Dentro de la visión, vio un segundo ser, un ser imaginado, que abría los ojos.

El día había envejecido. El buitre se había acercado.

El ser de la visión la empujó a sentarse. El río lamía y relucía ante sus ojos. Arrastró el cuerpo entre inmensos dolores, durante horas, por las piedras del linde del bosque. La madre osa, al marcharse, había dejado abandonado un pez junto a la orilla, y todavía estaba fresco, gracias a la sombra de un tierno helecho nuevo. Se volcó sobre él. Lo comió a mordisquitos, crudo, no sabía a nada. Cada mordisco la agotaba. Masticó incluso las espinas.

El buitre se dio por vencido y se fue volando.

Comió hasta quedarse dormida acunando los restos del pez y se despertó bien entrada la tarde. Se arrastró para cubrir el linde del bosque y se adentró en el crepúsculo de sombras que había allí. Descubrió unos árboles derribados que al caer habían formado una uve, con un tupido musgo encima, y entre ellos colocó el cuerpo. Al calor de los árboles en putrefacción, se durmió.

Se quedó allí varios días, gateando por el bosque para defecar, para beber agua. La viruela seguía atacándola con una intensa fiebre. Todavía estaba demasiado débil para encender una hoguera, pero el sol

brillaba y calentaba el mundo, y tuvo suerte con el clima, pues no hubo lluvia que la enfriara y las noches eran templadas y la manta mantenía el frío a raya.

Su cuerpo fue saliendo poco a poco de la enfermedad, pero llevaba las dolencias pegadas a la piel. Notaba la cara como de granito, áspera y dura, al contacto con los dedos.

En esos días de fiebre y enfermedad, sus sueños eran terrores innumerables y solía despertarse gritando.

En un momento de claridad, encontró un lugar donde las piedras caídas en el río formaban una presa natural en la que quedaban atrapados los peces cuando los perseguía, y le bastaba con aguantar de pie, mareada por la debilidad, y caminar con las faldas extendidas sobre el agua como una red para atrapar los peces, luego se agachaba y los recogía con las manos. Comió peces incluso después de harta. Comía sin deleite, solo para engordar.

Al cabo de una semana había recuperado fuerzas suficientes para buscar un refugio mejor. Se desplazó río arriba, a ratos lo hacía a gatas. No muy lejos, a menos de una hora de movimiento, encontró una lengua de tierra que se elevaba como un dique alto sobre el río, próximo al agua y a los peces, pero protegido por tres lados. Allí se sentó sobre las piedras templadas por el sol y se sintió, si no a gusto, por lo menos no a punto de morir.

Estaba débil; estaba gravemente enferma. Pero el lugar mismo le decía que allí podría vivir.

Su suerte duró varios días cálidos y secos. Pescaba por la mañana y recogía las brillantes bayas recién nacidas en el bosque y dejaba la mayor parte de los frutos sobre las piedras planas para que se secaran al sol mientras ella descansaba a la sombra por las tardes. Cada día al atardecer, trabajaba en su choza, iba agrupando piedras que había seleccionado con cuidado, y luego las aglutinaba con una arcilla oscura que había sacado del lecho de un arroyo con el hacha y transportado en su saco. La casa que estaba construyendo era pequeña, el doble de la longitud de su cuerpo en ambas direcciones, con una única abertura que daba al río. No pudo hacer el techo muy alto, lo justo para poder

ponerse de pie dentro.

Y vio cómo en dos ciclos de la luna ese otro ser había ganado fuerza suficiente para, con algunos descansos, poder trepar a lo alto de la choza y atar ramas sueltas con las que fabricar un tejado tupido. Cubrió ese primer tejado con una mezcla de tierra y hierba que con las lluvias de finales de verano acabó convertida en un exuberante montículo verde, luego empezó a reforzar las paredes de piedra de la casa. Dejó un agujero abierto en el techo para que pudiera salir el humo de la hoguera. Tejió una puerta con ramas de sauce peladas y le pareció que sería insuficiente para los lobos y los gatos salvajes y los osos, así que la sujetó con sarmientos de vid a otras dos capas gruesas hechas también con ramas de sauce, hasta que obtuvo una barrera tupida por la que no se colaba ni el viento más atrevido.

Encontró una especie de caña que, cuando se frotaba contra una roca y se mojaba y se masajeaba, soltaba una espuma jabonosa; y con eso, se rascó la mugre del cuerpo y los harapos de ropa que le quedaban, y les sacudió el polvo con piedras y luego los puso a secar sobre las rocas calientes. Y desnuda entró en el agua del río y contuvo la respiración y se arrodilló y frotó la suciedad y quitó los numerosos insectos de su cuerpo. Entonces, aún desnuda, entró en su choza y frotó el suelo de piedra una y otra vez con la espuma jabonosa hasta que tuvo la impresión de que todos los bichos que había escondidos en las grietas se habían ido.

Hizo estanterías de piedras y palos, y amplió sus reservas de bayas secas, pescado desecado, setas y frutos secos, y lo cubrió todo con un tejido tupido para evitar que los ratones de campo entraran y se lo comieran todo. Probó trampas y cepos hasta que empezó a atrapar pequeñas bestias, luego ratas almizcleras y nutrias y ardillas. Empleó las pieles para hacer un sombrero y mitones y zapatillas, y les dio la vuelta para que la parte suave, la del pelaje, quedase por dentro.

Y así, las heridas y los huesos rotos de su cuerpo sanaron, y fue llenando sus días con una gran ocupación.

Fue entonces cuando, ya entrado el otoño, mientras el cielo se oscurecía ominoso por el invierno que acechaba, al ver su reflejo en una poza todavía fría, se descubrió avejentada, marchita, con el pelo blanco por las puntas a causa de las enfermedades pasadas. Le faltaban muchos dientes. Una bruja loca de sesenta años, eso parecía, y se rio de sí misma porque no había nadie a quien impresionar.

En invierno, el fuego de la choza era su mejor compañero, pues el fantasma del soplador de vidrio se había marchado para siempre. Les hablaba a las llamas durante las largas noches oscuras, los días grises. Iba hilvanando historias que contaba en voz alta con tanto detalle que tardaba días y noches en terminarlas. El fuego crepitaba y escupía y tosía, gruñía, suspiraba con la nieve que se colaba por el agujero del techo y siseaba con el calor. La humedad de su aliento soltaba el barro de arriba, que le caía encima a la chica en repentinos terrones que la sobresaltaban en plena oscuridad.

A veces la voz regresaba a su mente y debatía con ella.

Y en la visión, la primavera llegó de nuevo y la chica emergió a la fría luz, con la sensación de haber despertado del terror nocturno más largo de su vida. La locura la había atravesado y había dejado un germen de sí misma en su estela. Todavía estaba débil, nunca volvería a estar fuerte, pero sabía que podía hacer cualquier cosa si se movía con suficiente cautela. Trabajaba con paciencia y casi todos los días dedicaba un buen rato a descansar sobre una roca caliente, a pensar.

En ocasiones se paraba en mitad de sus labores y veía con embeleso qué hermoso era el mundo, qué exquisitas las montañas moradas que se elevaban a veces, un truco óptico, en el límite de su visión, qué jubilosos los pájaros azules que se perseguían como jirones en un cielo barrido por el viento.

La pureza de la felicidad fluía por ella y la dejaba cautivada.

Observó cómo, con sus ritmos largos y solitarios, ese otro ser vivía a solas en la espesura salvaje y el tiempo era olvidado.

Un invierno apenas tuvo qué comer. Otro invierno un ciervo murió de repente en el prado que había en lo alto de la colina y pudo arrastrar carne suficiente para toda la estación y hacerse un rudimentario vestido de piel.

Durante las largas noches oscuras de su soledad, con frecuencia pensaba en el medio hombre medio bestia que la había apedreado; por fin había llegado a adivinar algo similar a la verdad de su vida: debía de ser uno de los primeros españoles o ingleses que había escapado y que vivía más allá de los límites del pueblo powhatan, y la chica pensó que, sin duda, estos lo conocían, e incluso era probable que lo protegieran a cierta distancia, pues no podía imaginar que fueran a dejar que un hombre de los otros viviera en su tierra salvo que sintieran una especie de deber hacia él.

Porque sabía que conocían la existencia de ella en su choza de piedra; veía las huellas en el barro de las tierras próximas a donde estaba a veces, o las formas humanas que se movían donde se perdía su vista.

Una vez, alzó la mirada junto a la ribera del río y vio a una mujer de ese pueblo al otro lado, observándola. Y la chica la miró a la cara y, con un resplandor de la luz de la amistad en ella, levantó la mano. Pero la otra se dio la vuelta y desapareció y la chica no volvió a verla.

Así pues, sabía con certeza que si estaba viviendo allí era únicamente por la tolerancia de ellos; y si hasta entonces nunca se habían acercado a hablarle, era porque no deseaban mostrarse amistosos.

Y con frecuencia se preguntaba qué ocurriría si dejaran de tolerarla y quisieran librarse de su irritación, similar a un mosquito, en sus tierras, si de repente se despertara en mitad de la noche y viera cuerpos humanos en su pequeña choza.

Entonces moriría al menos mirando otro rostro humano, dijo en voz alta, y rio con amargura, pues hasta ese extremo llegaba su dolor, hasta el punto de recibir con los brazos abiertos algo así, pues por lo menos

volvería a conocer a un humano.

Y sabía que debía dar gracias por poder vivir sola; pues aunque tuviera el alma herida de tanto anhelo de amor y conversación humana, continuaba siendo una forastera allí; se había impuesto sobre ese lugar, y que ellos aceptaran su existencia ya era un don de gracia considerable.

Se sintió muy anciana y enferma durante el último año sola en la espesura salvaje. Había perdido la cuenta de su edad al llegar a los veinticinco o veintiséis años. No podía ser más joven de treinta y dos ni más vieja de cuarenta.

Tras tanto tiempo de soledad, vio que los árboles y las nubes y las montañas lejanas empezaban a albergar rostros humanos dentro de sus profundidades; el agua fría de su arroyo estaba llena de caras plateadas que se reían y le hacían muecas. Y no siempre sentía los vientos fríos de la soledad dentro de sí misma.

Observó la última primavera de aquella, su extensa y beata visión de una vida más allá de su momento real de muerte; observó las legiones de pájaros pálidos con sus cuellos rosados cuando aterrizaban y despojaban a los árboles de hojas y frutos, y emplastaban el suelo con sus excrementos blancos. Vio cómo se alejaban volando en nubes gigantes y ruidosas. Comprendió que ese nuevo fenómeno de sobreabundancia había nacido con la llegada de todavía más paisanos suyos al territorio. Había un nuevo desequilibrio, una extrañeza insostenible. A partir de entonces, habría un exceso desmesurado en algunas direcciones y una pobreza atroz en otras. Los pájaros morados que con tanta dulzura habían cantado y tan comunes eran cuando ella llegó al bosque se habían marchado ya casi por completo, tras su paso por allí en otoño.

Tenía una silla que había fabricado con sus propias manos un invierno, tallándola con el cuchillo a partir de un buen roble macizo, con un asiento de tiras de caña alisadas y entretejidas, hondo y cómodo, un asiento tan bueno como el del gobernador inglés del asentamiento, en otra vida. Arrastraba la silla al sol y se sentaba a contemplar el juego de la luz sobre las sombras y el movimiento de las nubes, y dejaba que las voces le hablaran sin cortapisas.

Las órdenes y las bromas de su señora, el balbuceo de la pequeña Bess, las ocurrencias de los pretendientes y los músicos y los poetas, los ininteligibles sonidos del idioma del soplador de vidrio susurrados en su oído.

Y fue entonces, en su visión de un final alternativo, cuando la más antigua y más extraña de las voces regresó a ella, aunque estaba segura de que era el eco de una conversación extinguida mucho tiempo atrás.

El fin está cerca, decía la voz. ¿Te arrepientes del rumbo que ha tomado tu vida renacida?

No, dijo ella tras pensarlo. Porque soy una mujer con buena suerte.

Y ¿te arrepientes de haber perdido a tu dios en la espesura salvaje?

No sé mucho de números, la verdad, pero sé que nada menos nada sigue siendo nada.

¿Lamentas dejar este lugar, que te ha permitido estos años de vida?

No, contestó, porque la plaga de los ingleses llegará también a este lugar remoto. Se expandirá por esta tierra y la infestará, y devorará a la gente que estaba aquí antes; la masacrará, la diezmará. El hambre que hay dentro del dios de mi gente solo puede saciarse con la dominación. Dominarán hasta que no quede nada, luego se comerán a sí mismos. Yo no pertenezco a ellos. No lo haré.

Y ¿hay algo que podrías haber hecho para cambiar el final de tu historia?

¿Yo, que nací siendo nada y soy nada? ¿Con este cuerpo insignificante y esta vida insignificante?

Podrías haber acudido a los otros, a las gentes de esta tierra, que han ayudado a hombres y mujeres y niños del fuerte y los han mantenido con vida.

Y pensó en eso, en la larga vida que habría podido tener entre la otra gente con sus costumbres y sus dioses y sus alimentos y su idioma, y sintió pena y rabia hacia sí misma, porque el miedo a los otros había superado el miedo a lo salvaje.

E incluso dentro de su visión, durante su larga muerte por la viruela y la fiebre y el agotamiento y el hambre en la ribera, con el buitre extendiendo las alas con expectación junto a su cuerpecillo ovillado, pensó en los hombres que la habían seguido hasta la cascada pocos días antes; pensó que tal vez no tuvieran malas intenciones, que tal vez habían visto su enfermedad y su locura y habían querido ayudarla.

Pero si la hubieran llevado con ellos a su aldea, todas las personas que la hubieran tocado habrían quedado marcadas de forma invisible con la enfermedad; un radiante rastro de enfermedad habría pasado de mano en mano, y habría sido ella quien, a través de ese tacto, llevara la muerte consigo a la aldea. Y la muerte se habría extendido entre la familia cercana y los viajeros lejanos, habrían muerto madres, habrían muerto criaturas, familias enteras habrían muerto en el suelo; ella habría sido una involuntaria prolongación del asentamiento, tan arrogante y tan sucio sobre el río James, de esos hombres que se hacían llamar hombres de dios mientras talaban árboles y los quemaban, mientras se apropiaban de los peces el aire limpio la tierra la caza. Su cuerpo habría sido cómplice, por mucho que su mente no hubiera querido que la muerte plantara su semilla entre quienes la tocaran. Así pues, aunque lloraba por el fin que tenía tan cerca, también se alegraba de que su propia enfermedad no hubiera sido la chispa que hubiera prendido a los demás y hecho arder la aldea entera.

No obstante, incluso en la visión, se descubrió anhelando tener otra alma con la que compartir la vida. Es frente a la resistencia de otras mentes como los pensamientos de una persona son arrancados de sus cómodas formas, y así empieza el verdadero acto de pensar. Y ojalá

hubiera tenido otro cuerpo que cubriera las necesidades de su cuerpo y a su vez aceptara sus amorosas asistencias. Una mano que tomar, un rostro que amar. Los seres humanos no están hechos para vivir solos.

Entonces todo se precipitó en esa última parte de la vida de su segundo ser, y el invierno final llegó como la sombra de una nube que tapa para siempre la faz del sol. El frío llegó corriendo de la montaña.

Y en un sueño, ella era una bestia antigua que avanzaba despacio por la tierra, hasta el último guijarro perfilado y amado por el ojo, y en el viento, olía todo lo que había ocurrido en cada lugar. Lo que podría haber sido seco y estéril no lo era, ahora lo sabía; la muerte tocaba todos los lugares que había tocado la mano del hombre; en cada puñado de muerte, había cientos de muertes empequeñecidas por el tiempo, algún animal que vertía la sangre de su corazón en la tierra, la muerte de un árbol joven arrancado y machacado con el resto de la tierra, la muerte de un gusano o un escarabajo o una larva, toda la muerte que vivía en el color marrón de la tierra, que era el marrón de lo que antaño había estado vivo. Mirara donde mirase, todo estaba plagado de muerte; toda la tierra contenía el fantasma de lo acaecido.

Vio todavía más allá. Vio los fantasmas de cuanto había existido antes y que también había vivido bajo los rayos del sol. Vio la fuerza silenciosa e invisible que daba vida a toda la creación.

En tiempos pensaba que en lo más profundo de todo había una nada en la que los hombres habían plantado a dios; pero ahora sabía que, todavía más hondo, dentro de esa nada había algo más, algo hecho de luz y calor.

Eran esa luz y ese calor los que perduraban, los que eran eternos. En el centro no había una nada, no. De la luz y el calor surgía toda la bondad.

Y entonces, en la visión, se descubrió de pie sobre el hielo y la nieve espesa en el negro aire nocturno, y no supo dónde estaba. Puso en

marcha sus piernas temblorosas y vio el resplandor del fuego que salía por las rendijas de su casa. En las manos congeladas estaba el hacha; a sus pies, un agujero mate por el agua. Había estado abriendo un agujero en el hielo para pescar a través de él, aunque era noche cerrada y el viento soplaba frío.

Con cuidado, se apartó del agujero arrastrando los pies y se dirigió al resplandor de su choza en la negrura. Pero tenía la cabeza aturdida, el hielo estaba resbaladizo, y el pie se le escurrió y notó que caía y tuvo el tiempo justo de saber, mientras su cuerpo se precipitaba por el aire cargado de nieve, que sus huesos eran demasiado frágiles y no aguantarían el impacto. Cuando el hielo la besó con fuerza en el pómulo, se quedó casi inconsciente. Peor que la caída fue el doloroso crujido de la cadera y el extraño peso que sentía en el costado. Deslizó una mano por el cuerpo hasta que dio con la empuñadura de madera del hacha, con la hoja enterrada entre las costillas. Su vieja amiga le había mordido. El calor se le escapaba del cuerpo en gigantes gotas mojadas. Las manos se le tiñeron de negro con esas gotas.

Sostuvo el hacha donde estaba, dentro de su cuerpo, con una mano, y con la palma de la otra mano y la rodilla buena, empezó a arrastrarse sobre el hielo hacia su casa. Cada pocos pasos se detenía a respirar. Le raspaba la garganta por el aire frío. Se le entumecieron la mano y la rodilla. Todas sus pertenencias eran instrumentos contundentes, y el único pensamiento de su mente era avanzar. Iba dejando un rastro negro en el hielo.

Logró subir la pendiente hasta la choza y se dio impulso para entrar. La puerta se cerró tras ella y el fuego ya casi se había apagado. La choza estaba fría, y con las últimas fuerzas que le quedaban, empujó un leño hacia las ascuas y se sentó hasta que se le pasó el mareo. Tenía la ropa tiesa de tanta sangre, y el ruido de su respiración llenaba la casucha y la volvía más pequeña.

Sabía que provocaría un dolor atroz a su cuerpo si tiraba del hacha para sacarla, pero la idea de tenerla dentro se había convertido en algo insoportable. Así pues, se tumbó sobre la cadera que no tenía rota, luego agarró el hacha con la mano y, con un movimiento rápido, tiró

de ella al mismo tiempo que, con la otra mano, se presionaba el costado con pieles limpias de animal. La noche cayó en sus ojos. Cuando volvió a abrirlos, el día entraba por el tiro de la chimenea y ella estaba tumbada sobre su propia sangre fría.

Era vieja y había vivido muchos días, se dijo en esa visión de una muerte distante. Arrastró el cuerpo hacia su lecho de pieles y se metió dentro y escondió la cabeza en su oscuridad para que la oscuridad se adentrara en ella.

Durmió, y en sueños sonreía porque iba viendo maravillas de destellos solares y agua y el cielo nocturno blanco de estrellas; volaba una vez más sin esfuerzo por encima de la tierra.

La pérdida de una estrella no apaga el fulgor de las constelaciones; no tenía fuerzas para recordar cuál de sus voces había dicho eso.

Y salió de esa visión alternativa de una falsa vida más longeva.

Estar sola y sobrevivir no es lo mismo que estar viva, lo sabía muy bien.

Y si en efecto lograba recuperarse y sanar, si podía ahuyentar al buitre de la muerte, no elegiría esa vida que le era mostrada, pese a que las bellezas del mundo no tuvieran límite y la gracia otorgada de poder contemplar más ejemplos de esa belleza habría sido un regalo asombroso. Pese a que hubiera satisfacción en el trabajo de su cuerpo y sus manos, pese a que la mera supervivencia ya fuese un triunfo, en ese momento comprendió que jamás elegiría por voluntad propia la larga soledad de semejante vida.

25

La fatigosa respiración de la chica se volvió más superficial.

Y entonces, el tiempo transcurrido entre una bocanada de aire y la siguiente se fue alargando.

Al cabo de poco, el buitre daría un salto para acercarse, luego otro más; inclinaría su pestilente cabeza a modo de bendición.

Los otros buitres bajarían planeando, descenderían sobre su figura con una lucha de alas, se abalanzarían sobre la piel y la carne de la chica. Y desde la tierra ascenderían los gusanos que entrarían en ella. Su cuerpo se convertía en un festín.

Unos días más tarde, un coyote se llevaría su cráneo. Lo que había sido su caja torácica, su columna, sería arrastrado hasta el musgoso linde del bosque y quedaría abandonado. Allí, entre las costillas, un retoño de roble asomaría la cabeza, y esa pequeña vida verde brotaría rápido con la fuerza de la primavera y la luz del verano, y en unos meses sería un arbolito cada vez más fuerte. Al llegar el invierno, el tronco se entrelazaría con sus huesos, tan alto como la propia chica erguida antaño, y en la primavera siguiente, los restos de sus huesos que no hubieran sido arrebatados por los animalillos se habrían mezclado con las raíces del árbol que algún día sería un imponente y anciano emperador del bosque, y el tronco crecería alrededor del hueso, y lo último que quedara de ella permanecería durante siglos dentro de esa madera viva, un recuerdo.

En los últimos instantes, la embargó una paz. Su visión de su segundo ser le había enseñado a morir.

Porque, a un palmo del rostro de la chica y de los intensísimos sufrimientos de su cuerpo, el mundo continuaba con su belleza inmensa y renovadora y del todo indiferente.

Y la tierra misma descubrió su brillante cara y ante ella se reveló con una letanía de maravillas:

La primavera que desplegaba su poder adormecido en el invierno, el gozo de vivir.

Y el tierno verde de la hierba nueva, el verde de la energía que estalla.

Y el oro de la hierba vieja del año anterior, el oro del sustento.

Y las piedras, con sus vidas tan lentas que a ojos de las impacientes criaturas móviles de vida animada parecían inmóviles, pero incluso las piedras, ahora lo entendía, se conocían y se apareaban, erupcionaban y se fracturaban, se frotaban hasta convertirse en polvo, piedra sobre piedra y piedra sobre agua y piedra sobre aire, de modo que en la larga escala de sus vidas las piedras experimentaban una increíble vitalidad por dentro.

Y el incesante remolino del agua en el río, cada gota promiscua en su combinación y recombinación, la risa descarada del agua en éxtasis mientras se deshacía a sí misma en el aire o corría de cabeza con las otras gotas, sus innumerables compañeras, hacia el mar.

Y el dulce calor que descendía por el elemento de los cielos y proyectaba sus cálidos rayos sobre la tierra, donde, al derretir el hielo y calentar el suelo franco, despertaba a los gusanos al frenesí de su diversa oscuridad, y con el movimiento de sus cuerpos estos creaban sus largos bordados de túneles huecos en la gruesa capa de tierra que había debajo de donde ella estaba tumbada, trayendo venas de aire vivo a la negrura profunda bajo la superficie, de modo que toda la tierra era una locura de túneles diminutos hechos por gusanos y lombrices.

Y el cielo con sus agitados azules y pálidos igual de eternos, y la solitaria nube como un montículo por el oeste, espumosa y delicada y batida y con plumas plateadas que se intensificaban hasta el violeta, cambiando en sutiles formaciones en su viaje hacia el este, y cuando la nube aumentó de tamaño al acercarse, la chica sintió incluso la necesidad de clavarla donde estaba, tan perfecta, igual que un niño con la crueldad de su corazón alimentada por la ciencia clava una polilla verde en una inmovilidad admirable con sus alfileres y sus tablas; o un pintor fija un momento de belleza para siempre con sus óleos y su lienzo y el arte de su sensibilidad; o un cazador con su magia negra rellena las bestias que ha aniquilado con crines de caballo y algodón, y así transforma la ferocidad de la naturaleza en estatuas mansas y sempiternas de mirada amenazadora y con colmillos.

Y esos dos vencejos que sobre su cabeza se dedicaban al cortejo y el apareamiento, que nunca cesaban de volar, caían en picado y luego subían por el aire más frío y más alto hasta salir casi del límite de su visión y convertirse en meras motas en el azul más alto; hasta que se juntaban y cesaban de aletear y bajaban unidos en espiral con la satisfacción de su lujuria; hasta que, casi a punto de estamparse contra las rocas, extendían las alas y aleteaban y se separaban y ascendían juntos hacia el cielo una vez más para volver a emborracharse con el cuerpo del otro; cuánto les envidiaba la energía que derrochaban, el blanco y caliente arrebato final del gozo más puro de sus cuerpecillos, el placer que dura toda la vida. Porque comprendió que la gloria del mundo era la gloria de tal libertad, de tal alegría.

Sol con tierra y agua con agua y bestia con bestia.

La única cosa hecha para estar sola es el buen sol, que brilla y da su incesante calor y luz, ese único gran creador que por sí mismo puede arder frente a la nada.

En la lengua notó entonces: el sabor de una naranja.

Una hormiga le subía por la frente y no tuvo fuerzas para quitársela. La chica resiguió el movimiento de las numerosas patitas por toda la extensión de su piel, y de ese modo, sintió que entraba en la hormiga, desde allí notó todos sus abultados poros de piel debajo, la delicadeza de la carne, la sal y el dulzor de la sangre.

Regocíjate, pequeña hormiga, pensó, en tu única vida, aunque se apague demasiado pronto.

Ese fue el último pensamiento que tuvo.

Y el momento final de la vida de la chica fue como el final de todas las vidas, ya sean importantes y célebres o pequeñas y desconocidas y olvidadas.

La pausa entre respiraciones se prolongó más y más, hasta que ya no hubo aliento alguno que pusiera fin a la pausa. Los órganos se apagaron, los intestinos, los pulmones, el corazón. Lo último en fenecer fue el cerebro, en un resplandor todo se agudizó y hubo relámpagos de colores maravillosos que superaban el rango de la visión humana.

Después, todo lo que había constituido a la chica a través de las mudas del tiempo salió de ella, y ese ser esencial de sí misma se trasladó al aire, y el viento que soplaba sobre su cuerpo postrado lo elevó hacia el mundo más ancho y alto. Había nacido como un bebé de la oscuridad de la nada; había despertado al primer aliento y al primer asombro. Como sucede con todas las personas que han caminado y caminarán sobre la tierra, regresó por fin a todo lo que había sido antes de la vida.

Pues allí no había nada, ni ángeles, ni arpas, ni puertas, ni fuegos abrasando a los pecadores por sus pecados, ni espíritus hambrientos vagando por la tierra y acechando desde el frío, fuera de la luz del fuego de los vivos. Solo estaba el viento, que se agitaba sin cesar sobre las copas oscuras de los pinos, sobre el rostro del agua, sobre los picos helados de las montañas, sobre las imponentes y vastas extensiones

doradas de la tierra henchida. El viento pasó, tal como pasa ahora, sobre todas las personas que se hallan tan abrumadas por las preocupaciones de sus propios cuerpos y sus propias necesidades que no se detienen un momento a sentir la bondad del aire mientras las roza. Así que siéntelo, tan suave, tan eterno, este viento sobre tu propia piel buena y viva.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profunda gratitud a las numerosas personas que han hecho posible este libro:

A los miembros del Instituto de Estudios Avanzados Radcliffe, la Fundación Guggenheim, la Fundación Civitella Ranieri y la Academia Estadounidense de Berlín.

A mis lectores: Laura van den Berg, Elliott Holt, Stephanie DeGooyer, Megan Mayhew Bergman, Hernán Díaz, Jami Attenberg, la doctora Joyce Chaplin, Alison Fairbrother, Patricia Liu, mis lectores de sensibilidad, y mi traductora al alemán, Stefanie Jacobs, por salvarme en el último momento.

A mis agentes, Bill Clegg y Marion Duvert, y a las otras personas maravillosas de la Clegg Agency: Simon Toop, MC Conners, Nikolaus Slackman, Rebecca Pittel, Kirsten Wolf, Laura Southern; así como a Kassie Evashevski de Anonymous Content.

A mi familia de Riverhead: Sarah McGrath, Jynne Dilling Martin, Claire McGinnis, Geoff Kloske, Helen Yentus, Delia Taylor, Grace Han, Lauren Peters-Collaer, Ashley Sutton, Melissa Solis, Caitlin Noonan, David Hough, Christina Caruccio, Nicole Wayland, Claire Vaccaro, Denise Boyd, Stephanie Hwang, Kitanna Hiromasa y la difunta Lucia Bernard.

A mi familia de Hutchinson Heinemann, en especial a Ailah Ahmed, Laura Brooke y Linda Mohamed.

A mi familia: Clay, Beckett y Heath.

Este libro está dedicado a mi hermana, Sarah True, quien ha pasado décadas poniendo su cuerpo al límite de la capacidad humana y quien, durante el proceso, ha convertido su alma en algo radiante.

Una novela de aventuras feminista, aclamada por la crítica, en traducción en ocho países y en la lista de libros más vendidos de *The New York Times*.



Una sirvienta escapa de un asentamiento inglés del siglo XVII y se adentra en el aún salvaje territorio norteamericano. Carece incluso de nombre, pero la guían su ingenio, su fe y la imperiosa voluntad de alejarse de un terrible e inexplicable suceso. Lo que encontrará en esa tierra hermosa y brutal sobrepasará los límites de su propia imaginación y hará que se tambaleen sus creencias y todo lo que había aprendido de la civilización. Un viaje poderoso y emocionante a lo desconocido y hacia la emancipación con el que Lauren Groff reflexiona sobre nuestra capacidad de adaptación y supervivencia al entorno.

La crítica ha dicho:

«Lauren Groff ha reinventado la novela de aventuras. [...] Maneja las palabras con la precisión de un cirujano y la pasión de un maestro, sin sacrificar nunca el oficio por el arte ni viceversa».
Bethanne Patrick, *Los Angeles Times*

«Un page-turner con motor propio [...]. En cuanto te sumerges en sus ritmos, se convierte en un viaje absorbente y gratificante

***Vogue* («Uno de los libros más esperados del 2023»)**

«Conozco pocos escritores cuyas frases sean tan bellas y propulsivas. La protagonista encarna un vertiginoso impulso hacia delante, al igual que su escritura».

Fiona Mozley, *The New York Times Book Review*

«Magnífico [...]. El entorno cobra vida en una prosa que vive y respira en cada página».

The Boston Globe

«Una emocionante aventura histórica [cuyos] temas existenciales —la crudeza de la vida, los inestimables mecanismos internos de la naturaleza, el impulso de seguir adelante— son de intensa actualidad».

Shannon Carlin, *Time* («Uno de los libros más esperados del otoño de 2023»)

«Una aventura trepidante, de ritmo rápido y fluido. [...] [Resulta] imposible dejar de leer. [...] Descarnado, despiadado y transcendente, este es el mejor libro que he leído en todo el año. Un verdadero triunfo».

Vox

«Groff ha escrito el Evangelio».

The Atlantic

«Absolutamente envolvente».

Booklist

«Una de nuestras mejores escritoras vivas».

Hernán Díaz

«Este viaje de Groff a un tiempo y un lugar distantes está impulsado por un vibrante motor de lenguaje y ritmo. [...] La escritura resulta inspirada y su fuerza imaginativa es casi mística».
Kirkus Reviews

«Recuerda a las famosas historias de hombres que sobreviven solos en la naturaleza, como las de Hemingway, McCarthy o incluso Gary Paulsen, [...] pero con una joven como protagonista de esta historia de supervivencia, [lo cual] es algo más que feminismo superficial».
Andrew Limbong, *NPR*

«Lauren Groff es una de las mejores novelistas de nuestra época. Su escritura es de una belleza abrasadora, delicada y poderosa al mismo tiempo. [...] *La tierra más salvaje* te atrapa primero con ternura y después se niega a soltarte. Exquisita, desgarradora y absolutamente fascinante».
Andrea Wulf (autora de *La invención de la naturaleza*)

«La forma de representar la naturaleza salvaje, con toda su belleza y crueldad, es magnífica, al igual que el retrato psicológico de su incansable protagonista».
***Literary Hub* («Una de las mejores novelas del otoño»)**

«Un auténtico triunfo».
Publishers Weekly

«Una aventura ambientada durante la colonización de Norteamérica sobre una sirvienta a la fuga. Como Robinson Crusoe, pero con más gusanos».
Chris Hewitt, *Star Tribune*

Lauren Groff nació y creció en Cooperstown (Nueva York) y en la actualidad vive en Gainesville (Florida). Ha publicado las novelas *Los monstruos de Templeton*, finalista del Orange Prize for New Writers en 2008, *Arcadia* (2012), mejor libro del año por varios medios, *En manos de las furias* (Lumen, 2016), seleccionada como la novela del año por numerosos medios y por Barack Obama, y *Matrix* (Lumen, 2022), considerada una de las mejores novelas del año por *The Times*, así como los libros de relatos *Delicate Edible Birds* (2009) y *Florida* (Lumen, 2019), finalista del National Book Award y uno de los mejores libros del año según *The New Yorker* y *Time Magazine*. Ha recibido el Paul Bowles Prize, el PEN/O. Henry Award y el Pushcart Prize, y ha sido finalista del National Book Critics Circle Award, el Kirkus Prize y el LA Times Book Prize. Sus relatos se han publicado en *The New Yorker* y en cinco antologías de los mejores relatos norteamericanos. En 2017 fue elegida por *Granta* como una de las mejores novelistas estadounidenses contemporáneas. *La tierra más salvaje* es su última novela.



Título original: *The Vaster Wilds*

Primera edición: enero de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial, a partir del diseño original de Henry Petrides
Ilustración de portada © Joe McLaren

ISBN: 978-84-663-7575-7

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
X: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit

Índice